

El vino del estío



Ray Bradbury



En tres prodigiosos meses de 1928, Douglas Spaulding observa, escucha y saborea las sorpresas rituales de un verano especial: el descubrimiento de la vida y la muerte, el último tranvía, la limpieza de las alfombras, la aparición de las hamacas en los porches, la cosecha del vino del estío... pero también máquinas extraordinarias y magia misterios: la Máquina de la Felicidad, que casi destruye la felicidad de su inventor; la Máquina Verde, que pasea a dos viejas señoras por las calles del pueblo; la Máquina del Tiempo en el cuerpo de un viejo coronel; la terrible y fabulosa Madame Tarot....



eBooks con estilo

Ray Bradbury

El vino del estío

ePUB v1.1

Bercebus 14.06.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *The Dandelion Wine*.

Ray Bradbury, 1957.

Traducción: Francisco Abelenda

Diseño/retoque portada: Orkelyon

Editor original: Bercebus

ePub base v2.0

I

Era una madrugada tranquila. La oscuridad cubría el pueblo y se estaba bien en cama. El verano henchía el aire, el viento soplaba adecuadamente, el aliento del mundo era largo, tibio y lento. Bastaba levantarse y asomarse a la ventana para saber que éste era realmente el tiempo primero de la libertad y la vida, que ésta era la madrugada primera del estío.

Douglas Spaulding, de doce años, abrió los ojos y dejó que el verano lo meciera perezosamente en su corriente nocturna. Acostado, sintió que cabalgaba en los elevados vientos de junio, con el alto poder que le daba el cuarto abovedado de un tercer piso, en el edificio mayor del pueblo. De noche, cuando los árboles eran una única ola, lanzaba su mirada, como la luz de un faro, sobre enjambres de olmos y robles y arces. Ahora...

—Oh... —susurró Douglas.

Todo un verano que atravesaría el calendario, día a día. Como la diosa Siva en los libros de viaje, vio unas manos que iban y venían, recogiendo manzanas ácidas, duraznos, y ciruelas de medianoche. Se vestiría de árboles y arbustos y ríos. Se helaría, alegremente; en la puerta escarchada de la casa de los helados. Se tostaría, felizmente, con diez mil pollos, en el horno de la abuela.

Pero ahora lo esperaba una tarea familiar.

Una noche, todas las semanas, dejaba a sus padres y su hermanito Tom, que dormían en la casita de al lado, y subía aquí, por la oscura escalera de caracol, a la cúpula de los abuelos, y en esta torre de brujo podía dormir con

truenos y visiones, y despertar antes del cristalino tintineo de las botellas de leche, y celebrar su ritual mágico.

De pie, ante la ventana abierta en la oscuridad, Douglas aspiró profundamente, y sopló.

Las luces de la calle se apagaron como velas en una torta negra. Sopló otra vez y otra vez, y las estrellas empezaron a desvanecerse.

Sonrió. Apuntó con el dedo.

Allí, y aquí. Ahora aquí, y aquí.

Las luces de las casas parpadearon lentamente y unos cuadrados amarillos se recortaron en la pálida tierra matinal. Un rocío de ventanas se encendió de pronto, a lo lejos, en el campo del alba.

—Bostezad todos. Todos arriba.

El caserón se movió en el piso bajo.

—¡Abuelo, saca los dientes del vaso!

Esperó un momento.

—¡Abuela, bisabuela, freíd las tortas!

El aroma caliente de la manteca subió por los callados pasillos y visitó a los pensionistas, los tíos, los primos.

—Calle donde viven los viejos, ¡despierta! Señorita Helen Loomis, Coronel Freeleigh, Señorita Bentley, ¡tosan, despierten, tomen sus píldoras, muévanse! Señor Jonas,

¡enganche su caballo, saque su carro!

Las casas descoloridas en la barranca del pueblo abrieron unos taciturnos ojos de dragón.

Pronto dos viejas resbalarían en la Máquina Verde por las avenidas matinales, saludando a todos los perros.

—Señor Tridden, ¡busque su carreta!

Pronto, echando chispas azules, el tranvía del pueblo navegaría por las calles de márgenes de ladrillos.

—¿Listos, John Huff, Charlie Woodman? —murmuró Douglas a la calle de los niños—. ¿Listas? —les dijo a las húmedas pelotas de béisbol en los prados, a las hamacas que colgaban vacías de los árboles.

—Mamá, papá, Tom, despertad.

Los relojes despertadores sonaron débilmente. El reloj de la alcaldía retumbó sobre el pueblo. Los pájaros saltaron de los árboles, como una red echada al aire, cantando.

Douglas, director de una orquesta, apuntó al cielo del este.

El sol empezó a levantarse.

Douglas cruzó los brazos y sonrió con una sonrisa de mago. Sí, señor, pensó, todos saltan, todos corren cuando grito. Será una estación maravillosa.

Castañeteó los dedos por última vez.

Las puertas se abrieron de par en par. La gente salió de las casas.

Empezaba el verano de 1928.

II

Al cruzar el jardín, Douglas Spaulding rompió una tela de araña con la cara. Una línea aérea, invisible y única, le tocó la frente y se quebró en silencio.

Así, con el más sutil de los accidentes, Douglas supo que aquel día sería distinto. Sería también distinto porque, como explicaba su padre mientras lo llevaba con su hermano Tom, de diez años, fuera del pueblo, había días que eran sólo un aroma, y el mundo entero entraba y salía por la nariz. Y otros, dijo después, eran días de oír las trompas y trinos del universo. Algunos días eran buenos para gustar, y otros para tocar, y otros para todos los sentidos a la vez. Y ese día, asintió Douglas, olía como si una huerta enorme y anónima hubiera crecido de noche más allá de las colinas, cubriendo el mundo con su cálida frescura.

El aire olía a lluvia, pero no había nubes. De pronto un hombre cualquiera podía reír en los bosques, pero reinaba el silencio.

Douglas miró la tierra que pasaba. No había olor a huertas, no se sentía ninguna lluvia, pues faltaban los manzanos y las nubes. Y aquel desconocido que reía en los bosques...

Y sin embargo —Douglas se estremeció—, éste era un día especial. El coche se detuvo en el centro mismo del bosque.

—Muy bien, chicos, y tranquilos.

Tom y Douglas habían estado dándose codazos.

—Si, señor.

Los niños descendieron llevando los azules baldes de latón del camino sucio y solitario al olor de la lluvia caída.

—Buscad abejas —dijo el padre—. Las abejas rondan las uvas como los chicos las cocinas.

Douglas alzó rápidamente los ojos.

—Estás a un millón de kilómetros —dijo el padre—. Despierta. Camina con nosotros.

—Sí, señor.

Y caminaron por el bosque, el padre muy alto, Douglas a su sombra, y Tom, muy pequeño, trotando al amparo de Douglas. Llegaron a una pequeña elevación y miraron adelante. Aquí, aquí, ¿veis?, señaló el padre. Aquí los grandes y tranquilos vientos del verano vivían y se paseaban en las profundidades verdes, como ballenas fantasmales, invisibles.

Douglas miró rápidamente, no vio nada, y se sintió burlado. Su padre, como el abuelo, vivía de adivinanzas. Pero... Pero sin embargo... Douglas hizo una pausa y escuchó.

Sí, algo va a ocurrir, se dijo, ¡lo sé!

—Helecho medicinal. —El padre caminaba y el balde de latón golpeaba como una campana en su puño—. Sentidla. —Pasó el pie por la tierra—. Un millón de años de hojas caídas. Pensad, cuántos otoños.

—Formidable —dijo Tom—. Camino sin hacer ruido, como los pieles rojas.

Douglas sintió que la tierra húmeda escuchaba, esperaba. ¡Estamos rodeados!, pensó.

¡Ocurrirá! ¿Qué? Se detuvo. Salgan ustedes, ¡salgan!, gritó en silencio.

Tom y papá se paseaban ante él, por la tierra callada.

—El encaje más fino es éste —decía papá quedamente.

Y señalaba con la mano mostrando cómo los árboles se entretejían con el cielo, o cómo el cielo se entretejía con los árboles, no lo sabía. Pero ahí está, sonrió, y el tejido sigue creciendo, verde y azul. Si os fijáis veréis la susurrante lanzadera del bosque. Papá hablaba cómodamente de esto y aquello, la palabra fácil. Todo era más fácil aún porque de cuando en cuando se reía de sí mismo. Le gustaba escuchar el silencio, decía, si el silencio

puede escucharse. Uno puede oír entonces la caída del polen de las flores silvestres, en el aire donde se fríen las abejas. Dios, ¡el aire donde se fríen las abejas! ¡Escuchad! ¡El torrente de un canto de pájaros más allá de esos árboles!

Ahora, pensó Douglas, ¡ahí viene! ¡Corre! ¡No lo veo! ¡Corre! ¡Está casi sobre mí!

—¡Moras! —dijo papá—. Tenemos suerte, ¡mirad!

—¡No! —jadeó Douglas.

Pero Tom y papá se inclinaron y hundieron las manos en el matorral, rompiendo el encanto.

El vagabundo terrible, el corredor magnífico, el saltarín, el que estremecía las almas, se desvaneció.

Douglas, perdido y vacío, cayó de rodillas. Vio que los dedos se le hundían en una sombra verde y salían manchados, como si los hubiese metido en una herida del bosque.

—¡Hora de almorzar, muchachos!

Con los baldes casi llenos de moras y frutillas silvestres, seguidos por abejas que eran, no más, no menos, dijo el padre, que el canturreo del mundo, se sentaron en un leño musgoso masticando sandwiches y tratando de oír el bosque. Douglas sintió que su padre lo miraba en divertido silencio. El padre empezó a decir algo, pero se metió en la boca otro trozo de sandwich y disertó sobre él:

—Los sandwiches al aire libre ya no son sandwiches. No saben como entre cuatro paredes,

¿notasteis? Tienen más gusto. Saben a menta y savia de pino. Abren maravillosamente el apetito.

La lengua de Douglas titubeó sobre el pan y el jamón. No... no... era sólo un sandwich.

Tom masticó y movió la cabeza afirmativamente.

—¡Es cierto, papá!

Casi ocurrió, pensó Douglas. No sé qué era, pero era grande, caramba, ¡era grande! ¿Dónde está ahora? ¡Detrás de esa mata! ¡No, detrás de mí! No, aquí, casi aquí.

Douglas se tocó secretamente el estómago.

Si espero, volverá. No me hará daño. Sé, de algún modo, que no está aquí para hacerme daño. ¿Para qué entonces? ¿Para qué?

—¿Sabes cuántos partidos de béisbol jugamos este año, el año pasado, el otro? —dijo Tom a propósito de nada.

Douglas miró los labios de Tom que se movían rápidamente.

—¡Anótalo! ¡Mil quinientos sesenta y ocho partidos! ¿Cuántas veces me cepillé los dientes en diez años? ¡Seis mil! ¿Cuántas me lavé las manos? Quince mil. Dormí: cuatro mil veces, sin contar las siestas. Comí seiscientos duraznos, ochocientas manzanas. Peras, doscientas.

No me gustan las peras. Nombra algo, te daré la estadística.

Las cosas que he hecho en diez años suman un billón de millones.

Ahora, pensó Douglas, se acerca otra vez. ¿Por qué? ¿Porque habla Tom? ¿Pero por qué Tom? Tom que charla, con la boca llena de sandwich. Papá ahí, atento como un gato montés en el leño, y Tom que deja que las palabras le suban a la boca como burbujas de agua gaseosa.

—Libros que he leído: cuatrocientos. Películas que he visto: cuarenta de Buck Jones, treinta de Jack Hoxby, cuarenta y cinco de Tom Mix, treinta y nueve de Hoot Gibson, ciento noventa y dos cómicas del gato Félix, diez de Douglas Fairbanks, ocho veces El Fantasma de la Opera, de Lon Chaney, cuatro de Milton Sillse, y una de amor de Adolphe Menjou. Pasé noventa horas en el baño del cine esperando que terminara la de amor para ver El gato y el canario o El murciélago donde todos se agarran de todos y gritan durante dos horas.

Durante ese tiempo sumé cuatrocientos caramelos, setecientos helados.

Tom siguió sin detenerse otros cinco minutos, y al fin el padre dijo:

—¿Cuántas frutillas has recogido hasta ahora, Tom?

—¡Doscientas cincuenta! —dijo Tom instantáneamente.

El padre se rió y terminaron el almuerzo y fueron otra vez a la sombra, a recoger moras y minúsculas frutillas. Se inclinaban, los tres, y las manos iban y venían, y los baldes pesaban cada vez más. Douglas retenía el aliento, y pensaba: Sí, sí, ¡se acerca otra vez! ¡Lo siento en la nuca, casi! No mires. Trabaja. Recoge, llena el balde. Si miras, lo asustarás. ¡No lo pierdas! ¿Pero

cómo, cómo podrás traerlo a este lado, y verlo, de frente? ¿Cómo?

—Tengo un copo de nieve en una caja de fósforos —dijo Tom, sonriéndole al guante morado de la mano.

¡Cállate!, quería gritar Douglas; Pero no, si gritaba despertaría los ecos, y aquello se iría.

Y, espera... cuanto más hablaba Tom, más se acercaba. No temía a Tom. Tom lo atraía con su aliento. ¡Era parte de Tom!

—Fue en febrero —dijo Tom, y se rió entre dientes—. Alcé una caja de fósforos en la tormenta, esperé a que entrara un copo, la cerré, fui corriendo a la casa, ¡y metí la caja en la heladera!

Cerca, muy cerca, Douglas clavó los ojos en los labios temblorosos de Tom. Quería escapar, correr. Una ola enorme se alzaba detrás del bosque. En seguida caería sobre ellos, aplastándolos para ...

—Sí, señor —murmuraba Tom recogiendo moras—. Soy el único en Illinois que tiene un copo de nieve en verano. Precioso, como un diamante, sí. Mañana abriré la caja. Douglas, tú podrás mirar, también...

Cualquier otro día, Douglas hubiera golpeado, negado, reído. Pero ahora, con aquello ya muy cerca, solo podía asentir cerrando los ojos.

Tom, preocupado, dejó de recoger frutillas y se volvió para mirar a su hermano.

Douglas, doblado sobre sí mismo, era un blanco ideal. Tom saltó, aullando, y cayó. Los dos rodaron, golpeándose.

¡No! Douglas cerró con fuerza la mente. ¡No!, pero de pronto... Sí, todo estaba bien. ¡Sí! La confusión; el contacto de los cuerpos, los vuelcos y caídas no habían alejado la ola marina.

Y la ola rompía, en ese mismo instante, avanzando y arrastrándolos a lo largo de la playa de hierbas, por el bosque. Douglas sintió en la boca el golpe de unos nudillos y luego el sabor herrumbroso de la sangre tibia. Agarró a Tom, lo inmovilizó, y se quedaron así tendidos en la tierra, los corazones agitados, las narices siseantes. Y al fin, lentamente, temiendo no encontrar nada, Douglas abrió un ojo.

Y todo, absolutamente todo, estaba allí.

El mundo, como el iris gigante de un mundo aún más gigantesco, que

también acababa de abrirse, agrandándose para abarcarlo todo, le devolvía la mirada. Douglas supo que había saltado sobre él y ya no se iría.

Estoy vivo, pensó.

La temblaron los dedos, brillantes de sangre, como los jirones de una extraña bandera, recién encontrada y nunca vista, y se preguntó a qué país debería agradecer el homenaje.

Reteniendo a Tom, pero sin saber que estaba allí, se tocó esa sangre como si pudiera pelarla, sostenerla, darla vuelta. Luego soltó a Tom y se acostó de espaldas con la mano en alto, y en su cabeza los ojos miraron como centinelas por las troneras de un raro castillo a lo largo de un puente, su brazo, los dedos donde el brillante penacho de sangre temblaba a la luz.

—¿Estás bien, Douglas? —preguntó Tom

La voz venía de un pozo de moho verde, de algún lugar sumergido, secreto, alejado.

La hierba murmuraba bajo el cuerpo de Douglas; Bajó el brazo, con su vaina de pelusa, y sintió, muy lejos, allá, los dedos que crujían en los zapatos. El viento suspiró en los caracoles de las orejas. El mundo se deslizó brillantemente por la superficie vidriosa de los ojos, como imágenes centelleantes en una esfera de cristal. Las flores eran de sol y encendidos puntos celestes, esparcidas por el bosque. Los pájaros aleteaban como piedras que golpeasen la superficie del vasto e invertido estanque del cielo. El aire pasaba con violencia entre los dientes, entrando como hielo, saliendo como llamas. Los insectos conmovían al aire con una claridad eléctrica. Diez mil cabellos crecieron un millonésimo de centímetro en la cabeza de Douglas. Oyó los corazones gemelos que le golpeaban los oídos, el tercer corazón que le golpeaba la garganta, los dos corazones que latían en las muñecas, el corazón real en el pecho. La piel se le abrió en un millón de poros.

—¡Estoy realmente vivo!, pensó. ¡Nunca lo supe, y si lo supe no recuerdo!

Aulló en silencio una docena de veces. Piénsalo, ¡piénsalo! ¡Doce años y ahora lo descubro!

Este raro reloj, este brillante mecanismo dorado que debe marchar durante años, dejado bajo un árbol, encontrado en una pelea.

—Doug, ¿qué te pasa?

Douglas aulló, agarró a Tom, y rodó con él.

—¡Doug, estás loco!

—¡Loco!

Rodaron loma abajo, el sol en las bocas, en los ojos como vidrio hecho trizas, boqueando como truchas en la playa, riéndose hasta gritar.

—Doug, ¿estás loco?

—¡No, no, no, no, no!

Douglas, con los ojos cerrados, vio unas manchas de leopardo en la oscuridad.

—¡Tom! —Luego, en voz baja—: Tom... ¿saben todos en el mundo... que están vivos?

—Claro. ¡Diablos, sí!

Los leopardos trotaron en silencio por tierras más oscuras adonde los ojos no podían seguirlos.

Espero que sí —susurró Douglas—. Oh, seguro que sí.

Douglas abrió los ojos. El padre se alzaba sobre él, en el cielo de hojas verdes, riéndose, con las manos en la cintura. Se encontró con su mirada. Despertó. Papá sabía. Todo estaba planeado. ¡Nos trajo aquí a propósito, para que me pasara esto! Lo sabía, lo sabe todo. Y

ahora sabe que sé.

Una mano bajó y lo alzó. Tambaleándose, junto a Tom y su padre, todavía magullado y estrujado, preocupado y angustiado, cruzó tiernamente los brazos extrañamente huesudos, y se pasó satisfecho la lengua por los labios. Luego miró a su padre y a Tom.

—llevaré los baldes —dijo—. Esta vez quiero llevarlo todo.

Le pasaron los baldes con sonrisas enigmáticas.

Douglas se tambaleó un poco. Las manos sostenían los pesados jarabes del bosque. Quiero sentirlo todo, pensó. Permitid que me canse, ahora. No debo olvidar. Estoy vivo, sé que estoy vivo. No debo olvidar esta noche o mañana o pasado mañana.

Las abejas lo siguieron, y el aroma del verano amarillo y las moras lo siguió mientras se alejaba con su pesada carga, embriagado, con los dedos

maravillosamente encallecidos, entumecidos los brazos, trastabillando. El padre lo tomó por el hombro.

—No —murmuró Douglas—, estoy bien. No es nada...

Pasó media hora antes que en las hierbas, las raíces, las piedras, la corteza del leño enmohecido, se borrarán las marcas que habían dejado sus brazos, sus piernas, su espalda.

Mientras lo pensaba, lo olvidaba, lo dejaba atrás, su hermano y su padre le seguían permitiendo que los guiara a través del bosque, hacia la increíble carretera por donde volverían al pueblo...

III

El pueblo, luego, más tarde...

Y otra cosecha.

El abuelo de pie en el amplio porche, como un capitán que otea la calma vasta e inmóvil de una estación muerta. Interrogaba el viento, y el cielo inalcanzable, y el césped desde donde Douglas y Tom lo interrogaban a él.

—Abuelo, ¿están listas? ¿Ya?

El abuelo se pellizcó la barbilla.

—Quinientas, mil, dos mil, por lo menos. Si, sí, una provisión excelente, recójanlas con rapidez, recójanlas todas. ¡Diez centavos por cada saco llevado a la prensa!

¡Oh!

Los muchachos se inclinaron, sonriendo. Recogieron las flores doradas. Las flores que inundaban el mundo, llevaban el campo a las calles de ladrillos, llamaban suavemente a las ventanas de los sótanos, y se movían difundiendo el resplandor y el centelleo del sol fundido.

—Todos los años —dijo el abuelo—, crecen a tontas y a locas; las dejo. Orgullosas como leones en un corral, Míralas, y te harán un agujero en la retina. Una flor común, una maleza que nadie ve, sí. Pero para nosotros algo noble, el diente de león.

Así, cuidadosamente cortados, en sacos, llevaron abajo los dientes de león. El sótano oscuro se iluminó con su llegada. La prensa del vino esperaba, abierta y fría. Cayó una ola de flores, y la prensa apretó la cosecha.

—Un poco más... así...

La marea de oro, la esencia de ese hermoso y delicado mes, que salía ahora por la abertura inferior, corrió a las tinajas, a desprenderse de sus fermentos, encerrarse en las batidoras, y alinearse en centelleantes botellas a la sombra del sótano.

IV

El vino de diente de león.

Las palabras sabían a verano. El vino era verano encerrado y taponado. Y ahora que Douglas sabía, realmente sabía, que estaba vivo, y se movía en el mundo para verlo y tocarlo, convenía que algo de este nuevo conocimiento, algo de este especial día de vendimia, fuera apartado y sellado, y abierto luego un día de enero, cuando nevara rápidamente y el sol estuviese oculto desde semanas o meses atrás, y el milagro, en parte olvidado, necesitara renovarse. Sería aquel un verano de insospechables maravillas, y Douglas quería que lo conservaran y ordeñaran. En cualquier momento bajaría de puntillas a ese húmedo crepúsculo y acercaría las puntas de los dedos.

Y allí, hilera sobre hilera, con el color suave de las flores que se abren a la mañana, con la luz del sol de junio tras una débil película de polvo, estaría el vino. Y al mirar el día invernal a través de la botella... la nieve se fundiría en pastos, en los árboles vivirían otra vez pájaros, hojas, y capullos, como un continente de mariposas que se alzara al viento. Y el cielo acerado sería azul.

Ten el estío en la mano, sírvete un poco de estío, un vasito nada más por supuesto, un sorbito para niños; cambia la estación en tus venas llevándote el vaso a los labios y empinando el estío.

—Listo. Ahora, ¡el barril de lluvia!

Nada podía reemplazar esas aguas puras, convocadas en lagos lejanos y dulces campos de hierbas cubiertas de rocío en la mañana temprana. Aguas alzadas al cielo, llevadas como ropa lavada a lo largo de mil kilómetros,

cepilladas con el viento, electrificadas con altos voltajes, y condensadas en un aire frío. Aguas que caen en lluvias, y traen el cielo en sus cristales. Con algo del viento del este y del oeste, y del viento del norte y el sur, el agua se hace lluvia, y la lluvia, en la hora de los ritos, se hace vino.

Douglas corrió con el cucharón. Lo hundió en el tonel de agua de lluvia.

—¡Allá vamos!

El agua era seda en la cuchara; seda clara, débilmente azul. Dulcificaba los labios, la garganta, el corazón. Había que llevarla en cucharones y baldes al sótano, y allí se volcaría en avenidas, en corrientes montañosas, sobre la florida cosecha.

Hasta la abuela, cuando nieve girase en rápidos torbellinos, mareando el mundo, cegando ventanas, robando el aliento a las bocas jadeantes, hasta la abuela, un día de febrero, desaparecería en el sótano.

Arriba, en la casa grande, habría toses, estornudos, ronqueras, gemidos, fiebres infantiles, gargantas rojas como carne cruda, narices como cerezas en conserva, microbios en todas partes.

Entonces, saliendo del sótano como una diosa de junio, la abuela vendría, con algo oculto pero obvio bajo el chal tejido. Lo llevaría a las miserables habitaciones de abajo y arriba, y su aroma y claridad llenarían las copas, y se bebería de un trago. Las medicinas de otro tiempo, el sol balsámico de las ociosas tardes de agosto, el débil ruido de los carros de hielo por las calles de ladrillo, el susurro de los plateados cohetes, y las fuentes de las cortadoras de césped sobre países de hormigas, todo, todo en un vaso.

Sí, hasta la abuela escaparía al sótano del invierno para una aventura de junio. Se quedaría allá abajo, sola y callada, como el abuelo, o el padre, o el tío Bert, o algún pensionista, y comulgaría con las últimas huellas de un tiempo de picnics y cálidas lluvias, y campos perfumados de trigo, el maíz nuevo y el heno de cabeza inclinada.

Hasta la abuela repetiría y repetiría las palabras doradas y hermosas, como si estuviese diciéndolas en ese mismo momento, cuando las flores estaban aún en la prensa, como serían repetidas todos los años, todos los blancos inviernos del tiempo. Las diría y las diría, y serían en sus labios como una sonrisa, como un repentino rayo de sol en la sombra.

El vino del estío. El vino del estío. El vino del estío.

V

Uno no los oía venir. Uno apenas los oía irse. Las hierbas se doblaban, y se erguían otra vez.

Pasaban como sombras de nubes, loma abajo... los niños del verano, corriendo.

Douglas se había quedado atrás. Jadeando, se detuvo al borde de la hondonada, a orillas del abismo donde el viento soplaba suavemente. Aquí las orejas se alzaban como orejas de ciervo, y se olfateaba un peligro de un billón de años de antigüedad. Aquí el pueblo, dividido, se abría en mitades. Aquí cesaba la civilización. Aquí sólo crecía la tierra, y había un millón de muertes y renacimientos en una hora.

Y aquí los senderos, trazados o aún no trazados, que hablaban de los deseos de los niños en camino, siempre en camino, de ser hombres.

Douglas se volvió. Esta senda era una enorme serpiente de polvo que llegaba al invernadero donde vivía un invierno de días amarillos. Esta otra corría hacia las arenas de alto horno de la costa del lago de julio. Esa, hacia los árboles donde crecían los niños como manzanas amargas y ácidas, entre las hojas. Esa, al huerto de los perales, las viñas, los melones que dormían al sol como gatos de caparazón de tortuga. Aquel sendero, abandonado, y zigzagueante, ¡hacia la escuela! Este, recto como una flecha, a las matines de cowboys de los sábados. Y éste, junto a las aguas del arroyo, al desierto, más allá del pueblo.

Douglas entornó los ojos.

¿Quién sabía dónde empezaba el pueblo, o el desierto? ¿Quién sabía quién era dueño de qué, o de qué era dueño cada uno? Había siempre, y para siempre, un indefinido campo de batalla, y en cierta estación uno de los bandos se apoderaba de una avenida, una cañada, un prado, un árbol, un matorral. Algo venía desde el mar continental de flores y hierbas, desde lejos, desde alguna granja solitaria, con el impulso de las estaciones. Cada noche el desierto, los prados, el campo lejano fluían arroyo abajo por la cañada e inundaban el pueblo con un aroma de agua y pastos; el pueblo deshabitado, y muerto, y vuelto a la tierra. Y cada mañana la cañada se acercaba un poco más al pueblo y amenazaba. devorar los garajes como botes que hacen agua, viejos automóviles abandonados a las escamosas misericordias de la lluvia y la futura herrumbre.

—¡Eh, eh! —John Huff y Charlie Woodman corrieron cruzando el misterio de la cañada y el pueblo y el tiempo—. ¡Eh!

Douglas caminó lentamente sendero abajo. En la cañada, sí, uno veía las dos caras de la vida, el mundo del hombre y el mundo natural. El pueblo era, al fin y al cabo, un enorme navío donde algunos sobrevivientes se agitaban echando afuera las hierbas, sacando la herrumbre. De cuando en cuando un bote salvavidas, minúsculo, desprendido del buque madre, salía al encuentro del huracán silencioso, navegando calladas olas de hormigas, hundiéndose en la cañada y oyendo las langostas que golpeaban como papeles secos los tibios matorrales, defendiéndose de los ruidos con polvo de arañas, y al fin, en un desprendimiento de piedras y alquitrán, derrumbándose como un altar en una hoguera, mientras una tormenta de truenos y rayos azules fotografiaba instantáneamente el triunfo del desierto.

Era esto entonces (el triunfo del hombre que se libraba del abrazo de la tierra, y la tierra que lo abrazaba otra vez, año tras año) lo que atraía a Douglas. Las ciudades nunca ganaban, existían meramente en un calmo peligro, equipadas con cortadoras de césped, polvos insecticidas y tijeras de podar, nadando sin desfallecer, como dicen que nada la civilización, pero con casas preparadas para hundirse en verdes mareas, sumergirse para siempre, con el último hombre, y desplantadoras y segadoras transformadas en cereales cáscaras de herrumbe.

El pueblo. El desierto. Las casas. La hondonada. Douglas parpadeó. Pero cómo relacionar los dos mundos cuando...

Bajó la vista.

El primer rito del verano, la cosecha de dientes de león, la iniciación del vino, habían terminado.

Ahora el segundo rito esperaba que él, Douglas...

—Doug... ven... ¡Doug...!

Los chicos que corrían se desvanecieron.

—Estoy vivo —dijo Douglas—. ¿Pero para qué? Están más vivos que yo. ¿Cómo es eso? ¿Cómo?

Y de pie, solitario, conoció la respuesta, mirándose fijamente los pies inmóviles.

VI

Tarde, aquella noche, saliendo del cine con sus padres y su hermano Tom, Douglas vio los zapatos de tenis en el brillante escaparate. Apartó rápidamente los ojos, pero unas manos le tomaron los tobillos, le alzaron los pies. Corrió. La tierra giró sobre sí misma. Los toldos de las tiendas agitaron ruidosamente las alas de lona; El padre, la madre y el hermano caminaban en silencio a ambos lados. Douglas caminó de espaldas, mirando los zapatos de tenis en el escaparate nocturno que había quedado atrás.

—Era una linda película —dijo la madre.

—Era... —murmuró Douglas.

Era el mes de junio y un poco tarde para comprar los zapatos especiales, tan silenciosos como una lluvia estival en la acera. Junio y la tierra de desordenado poder, y todo, en todas partes, en movimiento. La hierba venía aún desde el campo, rodeaba las aceras, varaba las casas. En cualquier momento el pueblo zozobraría, se hundiría sin dejar una huella en malezas y tréboles. Y aquí Douglas, inmóvil, atrapado en el cemento muerto y las calles de ladrillos rojos.

—!Papá! —estalló—. Allá atrás, en aquel escaparate, aquellos Zapatos Esponjosos Pieslivianos...

El padre ni siquiera se volvió.

—¿Y si me dijeras por qué necesitas zapatos nuevos?

—Bueno...

Era para sentirse como todos los veranos, cuando uno se saca los zapatos

por primera vez y corre por la hierba. Era como sacar los pies de las mantas tibias del invierno y enfriarlos en el viento que entra por la ventana abierta, y meterlos otra vez bajo las mantas: dos bolas de nieve. Como todos los años, cuando uno vadea por primera vez las lentas aguas del arroyo y los pies aparecen un centímetro más adelante, aguas abajo, que la parte real de uno sobre el agua.

—Papá —dijo Douglas—, no sé cómo explicarlo.

De algún modo la gente que fabricaba zapatos de tenis sabía qué querían y necesitaban los niños. Ponían malvavisco y alambres en las suelas, y tejían el resto con hierbas blanqueadas y cocinadas al sol. En alguna parte, en la arcilla blanda de los zapatos, se escondían los delgados y duros tendones del ciervo. La gente que los hacía debía de haber visto muchos vientos en los árboles, y muchos ríos que bajaban a los lagos. En los zapatos estaba siempre el estío.

Douglas intentó poner todo esto en palabras.

—Si —dijo papá—, ¿pero qué ocurre con los zapatos del año pasado? ¿No están aún en el ropero?

Bueno, Douglas compadecía a los chicos que vivían en California donde se usaban zapatos de tenis todo el año, y no se sabía qué era sacarse el invierno de los pies, despojarse de los zapatos de hierro y cuero cubiertos de nieve y lluvia, y correr un día entero con los pies desnudos, y luego ponerse los primeros zapatos de tenis de la estación, mejores aún que los pies desnudos. Había magia en un nuevo par de zapatos. La magia moriría a principios de setiembre; pero ahora, a fines de junio, había aún mucha magia, y zapatos como éstos podían hacerlo saltar a uno sobre casas, ríos y árboles. Y si uno quería, podía saltar también sobre cercas, y aceras, y perros.

—¿No entiendes? —dijo Douglas—. No puedo usar ese par. —Pues los zapatos viejos habían muerto interiormente. Habían estado bien cuando había empezado a usarlos, el año anterior. Pero al terminar el verano, uno siempre descubría, uno siempre sabía, que con ellos no se podía saltar realmente sobre casas y ríos y árboles, y los zapatos morían entonces. Pero éste era otro año, y Douglas sentía que esta vez, con este nuevo par de zapatos, podía hacer cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa.

Subieron los escalones de la casa.

—Ahórrate ese dinero. —dijo papá—. En cinco o seis semanas.

—¡El verano habrá terminado!

Se apagaron las luces, Tom se durmió y Douglas quedó mirándose los pies, allá abajo, muy lejos, en el otro extremo de la cama, a la luz de la luna, libres de los pesados zapatones de hierro, libres de los despojos del invierno.

—Razones. Tengo que inventar razones para los zapatos.

Bueno, como todos sabían, en las lomas alrededor del pueblo corrían los amigos enojando a las vacas, haciendo de barómetros, tomando sol, deshojándose como calendarios cada día para tomar más sol. Si uno quería alcanzarlos debía correr más que los zorros o las ardillas.

En cuanto al pueblo, hervía de enemigos irritados por el calor, que recordaban todos los argumentos en favor del invierno, y todos los insultos. ¡Haz amigos, aparta enemigos! Esa era la divisa de los Zapatos Esponjosos Pieslivianos. ¿El mundo corre con demasiada rapidez? ¿Quieres alcanzarlo? ¿Quieres estar preparado y alerta? ¡Pieslivianos, entonces!

¡Pieslivianos!

Alzó la alcancía y oyó el débil tintineo, el peso alegre de las monedas. Sea lo que sea, pensó, tienes que resolverlo a tu modo. Busquemos, mientras pasa la noche, el sendero de la selva.

Abajo, en el pueblo, las luces de las tiendas se apagaron una a una. Un viento entró por la ventana. Era como un río, aguas abajo, y sus pies querían ir con él.

Oyó en sueños un conejo que corría, corría, corría entre las hierbas tibias y altas.

VII

El viejo señor Sanderson atravesó la zapatería como debe de atravesar su tienda un vendedor de animales domésticos: tocando levemente las jaulas con bestias de todo el mundo. Acarició los zapatos del escaparate, y algunos eran para él como gatos, y otros como perros. Tocó cuidadosamente todos los pares, ajustó los lazos, arregló las lengüetas.

Luego se detuvo en el centro mismo de la alfombra, y miró, satisfecho, alrededor.

Se oyó el ruido creciente de un trueno.

Un segundo antes no había nadie en la puerta del Emporio de los Zapatos. Un segundo después, la figura de Douglas Spaulding se alzaba allí torpemente, clavados los ojos en sus zapatos de cuero, como si no pudiera levantar esas cosas pesadas. Los zapatos se habían detenido, y el trueno se había detenido. Ahora, con dolorosa lentitud, atreviéndose a mirar el dinero que llevaba en la mano entreabierta, Douglas dejó atrás la brillante luz solar del mediodía del sábado. Ordenó cuidadosamente en el mostrador las pilas de distintas monedas, como alguien que estuviese jugando al ajedrez, preocupado por la movida siguiente, que podía llevarlo al sol o hundirlo en las sombras.

—¡No digas nada! —exclamó el señor Sanderson.

Douglas se detuvo, petrificado.

—Primero, sé qué quieres comprar —dijo el señor Sanderson—. Segundo, te he visto todas las tardes ante mi escaparate. ¿Crees que no veo?

Te equivocas. Tercero, para darle su nombre completo.. quieres los zapatos de Tenis Esponjosos Pieslivianos Corona Real.

¡MENTOL PARA SUS PIES! Cuarto, quieres crédito.

—¡No! —gritó Douglas, jadeando, como si hubiese corrido en sueños toda la noche—. Algo mejor que un crédito. Pero antes, señor Sanderson, hágame un favor. ¿Cuándo se puso por última vez un par de Zapatos Pieslivianos?

El róstro del señor Sanderson se oscureció.

—Oh, diez, veinte, quizá treinta años atrás. ¿Por qué?

—Señor Sanderson. ¿No cree que los clientes se merecen, señor, que pruebe por lo menos los zapatos de tenis de la casa, un minuto, y sepa así cómo quedan? La gente se olvida si deja de probar cosas. El hombre de la tienda de cigarros fuma cigarros, ¿no es así? El caramelero disfruta de su propia mercadería, creo. Así que...

—Habrás advertido —dijo el viejo— que llevo zapatos.

—¡Pero no zapatos de tenis, señor! ¿Cómo va a venderlos si no lo entusiasman, y cómo van a entusiasmarlo si no los conoce?

El señor Sanderson retrocedió un poco, como manteniéndose a la distancia de la pasión del niño, y se llevó la mano a la barbilla.

—Bueno...

—Señor Sanderson —dijo Douglas—, usted me vende algo y yo le vendo algo, del mismo valor.

—¿No hay trato si no me pruebo un par de zapatillas? —dijo el viejo.

—¡No, señor!

El viejo suspiró. Un minuto después, sentado, jadeando suavemente, se ataba el par de zapatos de tenis. Parecían ahora, en los pies delgados y largos, bajo las oscuras botamangas del traje oscuro, distintos y ajenos. El señor Sanderson se puso de pie.

—¿Cómo le sientan? —preguntó el niño.

—Cómo me sientan, pregunta. Magníficamente.

El viejo buscó la silla.

Douglas extendió la mano.

—¡Por favor! Señor Sanderson, sería usted tan amable.... ¿Se balancearía

un poco, hacia adelante y atrás, daría unas vueltas, unos saltitos, mientras le digo el resto? Es así: le doy mi dinero, usted me da los zapatos. Falta un dólar. Pero, señor Sanderson, pero... ¿sabe usted qué ocurrirá cuando me ponga los zapatos?

—¿Qué?

—¡Pum! ¡llevaré paquetes, recogeré paquetes, traeré café, barreré los pisos, correré al telégrafo, el correo, la biblioteca! Verá usted doce Douglas, que salen y entran, salen y entran, cada minuto. ¿Siente esos zapatos, señor Sanderson, siente qué ligero me harán?

¿Siente esos muelles?. ¿Siente cómo con qué suavidad le toman los pies y no dejan estarse quieto? ¿Siente con qué rapidez haré tantas cosas y usted no tendrá que molestarse? ¡Podrá quedarse aquí, al fresco de la tienda, mientras voy saltando por el pueblo! ¡Pero no soy yo realmente, sino los zapatos! ¡Van como locos por las avenidas, cortando camino, y de vuelta! ¡allá van!

El torrente de palabras sacudía al señor Sanderson. Douglas hablaba y él se hundía en los zapatos, flexionaba los dedos, arqueaba los pies, movía los tobillos. Se balanceaba suavemente, secretamente, hacia adelante y hacia atrás, como mecido por la brisa que venía de la calle. Los zapatos de tenis se imponían silencio a sí mismos, hundiéndose en la alfombra, hundiéndose en las hierbas de la jungla, en una arcilla gredosa y elástica. Dio un saltito solemne en la masa espumosa, en la tierra complaciente y servicial.

Las emociones le corrieron por la cara como oscilantes luces de color. Abrió un poco la boca.

Poco a poco fue tranquilizándose y deteniéndose, y la voz del chico se apagó, y los dos se miraron en un silencio tremendo y natural.

Unas pocas personas se movían por la acera, al sol cálido.

El hombre y el chico seguían inmóviles; el chico resplandeciente, el hombre con la revelación pintada en la cara.

—Muchacho —dijo el viejo al fin—, ¿aceptarías dentro de cinco años un puesto de vendedor en este emporio?

—Dios, gracias, señor Sanderson, pero aún no sé qué sere.

—Lo que quieras, hijo —dijo el viejo—. Nadie podrá detenerte.

El viejo cruzó ligeramente la tienda hasta la pared de diez mil cajas,

volvió con un par de zapatos para el chico, y escribió en un papel mientras Douglas se ataba los zapatos, se ponía de pie, y esperaba.

El hombre le alcanzó el papel.

—Una docena de cosas que harás para mí esta tarde. Cuando termines, estás despedido.

—¡Gracias, señor Sanderson!

Douglas se alejó de un salto.

—¡Un momento! —gritó el viejo.

Douglas frenó y se volvió.

El señor Sanderson se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo te sientan?

El muchacho se miró los pies sumergidos en ríos, en trigales, en el viento que ya se lo llevaba fuera del pueblo. Miró luego al viejo, con los ojos brillantes, moviendo los labios, pero sin hablar.

—¿Antílopes? —dijo el viejo, mirando primero la cara del chico y luego los zapatos—.

¿Gacelas?

Douglas pensó un instante, titubeó, y afirmó con un movimiento de cabeza. Casi inmediatamente dio media vuelta y desapareció. El sonido de los zapatos de tenis se apagó en el calor de la jungla.

El señor Sanderson se detuvo en el umbral bañado por el sol, escuchando. De mucho tiempo atrás, cuando soñaba como un niño, llegó el recuerdo. Hermosas criaturas que saltaban en el aire, que desaparecían detrás de la malezas, bajo los árboles, lejos, dejando sólo un débil eco de pisadas.

—Antílopes —dijo el señor Sanderson—. Gacelas.

Se inclinó a recoger los abandonados zapatos invernales del chico, pesados con lluvias olvidadas y nieves hace tiempo fundidas. Saliendo del sol deslumbrante, caminando suavemente, ligeramente, lentamente, se volvió hacia el mundo civilizado...

VIII

Sacó una libreta de tapa gris amarillenta. Sacó un lápiz amarillo. Abrió la libreta. Pasó la lengua por la punta del lápiz.

—Tom —dijo—, tú y tus estadísticas me habéis dado una idea. Llevaré cuenta de las cosas.

Por ejemplo, ¿notaste que todos los veranos repetimos cosas del verano anterior?

—¿Como qué, Doug?

—Como hacer vino, como comprar zapatos tenis, como lanzar el primer cohete del año, como hacer limonada, como clavarnos astillas en los pies, como recoger moras silvestres.

Todos los años lo mismo. Esto es la mitad del verano, Tom.

—¿Y la otra mitad?

—Cosas que hacemos por primera vez.

—¿Como comer aceitunas?

—Más importantes. Como descubrir que el abuelo o papá quizá no lo saben todo.

—¡Saben lo que se puede saber! ¡No lo olvides!

—Tom, no discutas. Ya lo he anotado bajo DESCUBRIMIENTOS. Pero no es un crimen. He descubierto eso, también.

—¿Qué otras locuras tienes ahí?

—Estoy vivo.

—¡Eh, eso es viejo!

—Pensarlo, notarlo, es nuevo. Uno hace cosas sin pensar. De pronto miras y ves qué estás haciendo, y es la primera vez, realmente. Voy a dividir el verano en dos partes. La primera parte de esta libreta se titula: RITOS Y CEREMONIAS. La primera cerveza agria del año. La primera vez que uno corre con los pies desnudos por la hierba. El primer baño en el lago. La primera sandía. El primer mosquito. La primera cosecha de dientes de león. Aquí, como dije, están los DESCUBRIMIENTOS Y REVELACIONES, o quizá ILUMINACIONES (una palabra hermosa), o quizá INTUICIONES. En fin, haces algo viejo y familiar, como embotellar vino, y lo pones bajo RITOS Y CEREMONIAS. Y luego piensas, y pones lo que piensas, aunque sea una locura, bajo DESCUBRIMIENTOS Y REVELACIONES. Mira lo que puse del vino: Cada vez que lo embotellas, guardas un buen pedazo de 1928. ¿Qué te parece, Tom?

—No pude seguirte.

—Te mostraré otra cosa. Bajo CEREMONIAS: Primera paliza de papá en el verano de 1928

la mañana del 24 de junio. Y en REVELACIONES escribí: "Los mayores y los chicos siempre pelean porque son de raza distinta" y "Las paralelas nunca se encuentran", ¡Fúmate eso, Tom!

—¡Doug, es cierto, es cierto! Por eso no nos entendemos con mamá y papá. ¡Dificultades, siempre dificultades, del desayuno a la cena! ¡Doug, eres un genio!

—Cada vez que hagas algo repetido en estos meses, dímelo. Piensa luego, y dime eso también. Cuando llegue setiembre, sumaremos las cosas del verano y veremos qué descubrimos.

—Tengo una estadística para ti, ahora mismo, Doug. Toma el lápiz. Hay cinco billones de árboles en el mundo. Debajo de cada árbol hay una sombra, ¿no es cierto? Bueno, ¿por qué hay noches? Te lo diré: ¡sombras que salen de debajo de cinco billones de árboles!

¡Piénsalo! Sombras que corren por el aire, que emborronan las aguas, podrías decir. Si pudiéramos descubrir un modo de guardar esos cinco malditos billones de sombras bajo los árboles, podríamos quedarnos levantados la mitad de la noche, Doug, ¡pues no habría noche! Ahí tienes,

algo viejo, algo nuevo.

—Es algo viejo y nuevo, realmente. —Douglas pasó la lengua por el lápiz, con ese nombre, Ticonderoga, que tanto le gustaba—: Dilo otra vez.

—Sombras bajo cinco billones de árboles...

IX

Sí, el verano era ritos, celebrados en el momento y el sitio indicados. El rito de la limonada y el té frío, el rito del vino, los pies calzados, o descalzos, y al fin, con una silenciosa dignidad, el rito de la hamaca en el porche.

En el tercer día de verano, a la tarde, el abuelo salió de la casa y contempló serenamente las dos anillas en el cielo raso del porche. Acercándose a la baranda, donde se alineaban las macetas de geranios, como Ahab cuando estudiaba el día apacible y el cielo apacible, alzó el dedo húmedo estudiando el viento, y se arremangó la chaqueta para ver cómo se sentía uno en mangas de camisa en las últimas horas de la tarde. Respondió al saludo de otros capitanes en otros porches florecidos, que habían salido a observar la dulce y terrestre corriente del clima, olvidados de las mujeres que gorjeaban o protestaban detrás de las oscuras puertas.

—Muy bien, Douglas, pongámosla.

La encontraron en el garaje, polvorienta, y la llevaron como la torrecilla de un elefante, a los silenciosos festivales de las noches de verano, y el abuelo la encadenó a las anillas del cielo raso.

Douglas, más liviano, fue el primero en sentarse en la hamaca. Poco después, el abuelo instalaba su peso pontifical junto al niño. Se miraron sonriendo, asintiendo con movimientos de cabeza, mientras se balaceaban silenciosamente hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás.

Diez minutos más tarde, la abuela aparecía con baldes de agua y escobas para lavar y barrer el porche. Se trajeron otras sillas.

—Es siempre agradable sentarse a la tarde —dijo el abuelo—, antes que los mosquitos empiecen a picar.

Alrededor de las siete, si uno se asomaba a la ventana del comedor y escuchaba, podía oír un ruido de sillas que se apartaban de las mesas, y a alguien que tocaba un piano de dentadura amarilla. Se encendían fósforos; y los primeros platos burbujaban en la espuma, y se alineaban en los estantes. En algún sitio, débilmente, tocaba un fonógrafo. Y luego, a medida que avanzaba la noche, casa tras casa, en las calles crepusculares, bajo los robles y los olmos inmensos, en los porches sombríos; aparecía poco a poco la gente, como esas figuras de los barómetros.

El tío Bert, quizá el abuelo, luego el padre, y algunos de los primos. Los hombres saldrían primero a la noche de melaza, echando humo, dejando atrás las voces de las mujeres, que en las tibias cocinas ordenaban otra vez el universo. Luego las primeras voces de los hombres, y los niños en los gastados escalones o las barandas de madera desde donde en algún momento algo caería, un niño o una maceta de geranios.

Al fin, como fantasmas que habían esperado un momento detrás de las puertas de alambre, aparecerían la madre, la abuela, la bisabuela, y los hombres se moverían y ofrecerían sus asientos. Las mujeres traerían abanicos, periódicos doblados, hojas de bambú, pañuelos perfumados, y mientras hablaban moverían el aire sobre las caras.

Nadie recordaba al otro día de qué habían hablado. A nadie le importaba mucho. Sólo importaba que los sonidos iban y venían sobre los helechos delicados que bordeaban el porche; sólo importaba que la oscuridad era como un agua negra vertida sobre las casas, y que los cigarrillos brillaban, y las conversaciones seguían y seguían. La charla de las mujeres se alzaba perturbando los primeros mosquitos, que bailaban frenéticamente en el aire. Las voces de los hombres se metían entre las viejas maderas de las casas. Si uno cerraba los ojos y apoyaba la cabeza contra el piso, podía oír esas voces como un terremoto distante, incesante.

Douglas se tendió de espaldas en las secas planchas del porche. Las voces, que parecían eternas, lo alegraban y tranquilizaban. Eran voces que fluían sobre él en una corriente de murmullos, y le rozaban los párpados, y le

entraban en los oídos somnolientos, continuamente. Las mecedoras chirriaban como grillos, los grillos chirriaban como mecedoras, y en el mohoso tonel de agua de lluvia nacía otra generación de mosquitos que serviría de tema de conversación en futuros e innumerables veranos.

Sentarse en el porche en las noches de verano era algo tan agradable, tan fácil, tan tranquilizador, que parecía imprescindible. Una sucesión de ritos exactos y antiguos: el encendido de las pipas, las pálidas manos que movían agujas de tejer en la oscuridad; la consumición de los bizcochos Eskimo, envueltos en papel plateado; el ir y venir de las gentes. Durante algún tiempo, en las primeras horas de la noche, todos hacían visitas; los vecinos de abajo, las gentes de enfrente, la señorita Fern y la señorita Roberta que pasaban zumbando en su auto eléctrico, y llevaban de paseo a Tom o Douglas alrededor de la manzana, y luego subían a sentarse y abanicarse las acaloradas mejillas, o el señor Jones, el trapero, que luego de dejar su carro y su caballo en el callejón, subía los escalones listo para estallar en palabras, animado, como si nadie hubiese dicho nunca lo que él decía, y de algún modo así era. Y por último, los niños, que habían jugado a hurtadillas un último escondite, o pateado una lata, jadeando, encendidos, volvían débiles y silenciosos como bumerangs a la hierba blanda, y se hundían junto a la charla charla del porche que los aplastaba suavemente...

Oh, la alegría de tenderse en la noche de helechos y la noche de hierbas y la noche de voces susurrantes y somnolientas que tejían la oscuridad. Los mayores habían olvidado que Douglas estaba allí, tan quieto, tan callado, oyendo los planes que elaboraban para él y sus propios destinos... Y las voces cantaban, erraban, en nubes de humo de cigarrillo iluminadas por la luna, mientras las luciérnagas, como tardías y animadas flores de manzano, golpeaban débilmente las luces lejanas de la calle, y las voces entraban en los años del futuro...

X

Frente a la tienda de cigarros los hombres se habían reunido esa noche para quemar dirigibles, hundir buques de guerra, volar edificios, y, ni más ni menos, saborear las bacterias de sus bocas de porcelana que un día los detendrían, bruscamente. Nubes de anonadamiento se enroscaban y subían en el humo de los cigarros envolviendo una nerviosa figura que parecía escuchar el ruido de palas y azadas y las entonaciones de

"cenizas a las cenizas, polvo al polvo". La figura era Leo Auffmann, el joyero del pueblo, que abriendo los ojos oscuros y acuosos, alzó al fin las manos infantiles y gritó consternado:

—¡Deteneos! ¡En nombre de Dios, salid de ese cementerio!

—Leo, qué razón tienes —dijo el abuelo Spaulding, que daba su paseo nocturno con sus nietos Douglas y Tom—. Leo, sólo tú podrías silenciar a estos comentaristas de la muerte.

Inventa algo que anime el futuro, redondo, infinitamente alegre. Has inventado velocípedos, has arreglado la máquina de monedas, has manejado el proyector del cine, ¿no es así?

—Claro —dijo Douglas—, ¡invente la máquina de la felicidad!

Los hombres se rieron.

—No se rían —dijo Leo Auffmann—. ¿Acaso hoy las máquinas no nos hacen llorar? ¡Sí! Cada vez que el hombre y la máquina parece que van a entenderse... ¡bum! Alguien añade un engranaje y los aeroplanos nos tiran bombas, los coches nos arrojan a los precipicios. ¿Les parece mal el pedido?

No, no.

Leo Auffmann se acercó al borde de la acera, tocó su bicicleta como si fuese un animal, y la voz se le fue apagando.

—¿Qué puedo perder? —murmuró—. ¿un poco de pellejo en las puntas de los dedos, algunos kilos de metal, unas horas de sueño? ¡Lo haré, y vosotros me ayudaréis!

—Leo —dijo el abuelo—, no quisimos decir...

Pero Leo Auffmann se había ido, pedaleando a través de la tibia noche de verano, dejando una estela de voz que decía:

—...lo haré...

—Dios —dijo Tom, boquiabierto—, apuesto a que lo hará.

XI

Observando cómo se alejaba por las calles de ladrillos de la noche, uno podía ver que Leo Auffmann era un hombre que se dejaba ir, que disfrutaba del leve ruido de los cardos entre las hierbas cálidas, cuando el viento soplaba como un horno, o del siseo de las líneas eléctricas en los postes mojados por la lluvia. Era un hombre que meditaba complacido —las noches de insomnio— en el gran reloj del universo, que iba deteniéndose o se daba cuerda a sí mismo. ¿Quién lo sabía? Muchas noches, mientras escuchaba, decidía primero una cosa y luego otra.

Los golpes de la vida, pensaba, pedaleando, ¿cuáles son? Nacer, crecer, envejecer, morir. El primero parecía inevitable. Pero... ¿y los otros tres?

Las ruedas de la Máquina de la Felicidad le daban vueltas, con rayos dorados, en el cielo raso de la cabeza. Una máquina que ayudaría a las metamorfosis de la infancia. Y en los años en que la sombra de uno se dibuja claramente sobre el campo, como cuando se yace en cama de noche y el corazón ha latido billones de veces, su invento permitiría que un hombre dormitara en las hojas caídas como los niños en otoño, que cómodamente acostados en los secos montones se alegran de ser parte de la muerte del mundo.

—¡Papá!

Sus seis hijos, Saul, Marshall, Joseph, Rebeca, Ruth, Naomi, de todas las edades desde los cinco a los quince, corrieron por el césped y le tomaron la bicicleta, tocándolo todos a la vez.

—Te esperábamos. ¡Hay helado!

Acercándose al porche, Leo Auffmann pudo sentir la sonrisa de su mujer, allí en la oscuridad.

Durante cinco minutos comieron en un cómodo silencio, luego, alzando una cucharada de helado coloreado por la luna, como si fuese a saborear cuidadosamente el máximo secreto del universo, Leo Auffmann dijo:

—¿Lena? ¿Qué pensarías si trato de inventar una máquina de la felicidad?

—¿Pasa algo malo? —preguntó Lena rápidamente.

XII

El abuelo volvió con Tom y Douglas. A mitad de camino, Charlie Woodman y John Huff y otros niños pasaron corriendo como un enjambre de meteoros, y con una fuerza de gravedad tan intensa que arrancaron a Douglas del abuelo y Tom y lo llevaron hacia la hondonada.

—¡No tardes, hijo!

—No... no...

Los niños se perdieron en la oscuridad.

Tom y el abuelo hicieron el resto del camino en silencio. Pero cuando entraban en la casa, Tom dijo:

—¡Una máquina de la felicidad, qué bueno!

—No abras la boca —dijo el abuelo.

El reloj del ayuntamiento dio las ocho.

El reloj del ayuntamiento dio las nueve y estaba haciéndose tarde y era realmente de noche en esta callejuela de pueblo de un extenso Estado, en el gran continente de un planeta que se lanzaba al pozo del espacio hacia alguna parte o ninguna parte. Tom sentía cada kilómetro de la larga caída. Sentado junto a la puerta de alambre miraba aquella negrura vertiginosa que parecía tan inocente, como si no se moviera. Sólo cuando uno cerraba los ojos, acostado, podía sentir que el mundo giraba bajo la cama y cavaba en los oídos con un mar negro, que venía y rompía en acantilados invisibles.

Se sentía el olor de la lluvia. Detrás, mamá planchaba y con una botella de corcho agujereado rociaba las ropas duras y secas.

Una tienda estaba aún abierta, en la otra manzana. La de la señora Singer. Al fin, justo cuando era tiempo de que la señora Singer cerrase la tienda, mamá cedió y le dijo a Tom:

—Corre y trae un poco de helado y fíjate que lo envuelvan bien.

Tom preguntó si podía pedir un poco de chocolate, pues no le gustaba la vainilla, y mamá estuvo de acuerdo. Descalzo, con el dinero en la mano apretada, Tom corrió por la tibia acera de cemento, bajo los manzanos y los olmos. Había tanto silencio en el pueblo que sobre los cálidos árboles que sostenían las estrellas sólo se oía el chirrido de los grillos.

Los pies delgados golpeaban el pavimento. Tom cruzó la calle y encontró a la señora Singer que andaba pesadamente por la tienda cantando melodías en idisch.

—¿Una pinta de helado? —dijo la mujer—. ¿Con chocolate arriba? ¡Sí!

Tom observó cómo la mujer manipulaba la tapa de metal de la refrigeradora, llenando el vaso de cartón con helado y "¡chocolate arriba, sí!". Le dio el dinero, recibió el frío paquete, se lo pasó por la frente y las mejillas, riéndose, y volvió saltando a su casa. Detrás de él las luces de la tiendecita solitaria parpadearon, apagándose. Sólo brillaba un farol en la esquina, y se le ocurrió que todo el pueblo se había ido a dormir.

Abrió la puerta de alambre. Mamá todavía planchaba. Parecía acalorada e irritada, pero sonrió como siempre.

—¿Cuándo volverá papá de la reunión? —preguntó Tom.

—A eso de las once y media —replicó mamá. Llevó el helado a la cocina y lo dividió. Le dio a Tom su chocolate, se sirvió un poco, y apartó el resto—. Para cuando vengán Douglas y tu padre.

Callaron un rato, disfrutando del helado: el corazón de la profunda y silenciosa noche de estío. Su madre y él mismo y la noche alrededor de la casita en la callejuela. Tom lamía cuidadosamente la cuchara antes de hundirla nuevamente en el helado, y mamá apartó la tabla de planchar y dejó enfriar la plancha caliente y se sentó en el sofá junto al fonógrafo y dijo:

—Señor, qué día sofocante. La tierra absorbió todo el calor y lo suelta ahora. Costará dormir.

Se quedaron escuchando la noche, aplastados por ventanas y puertas y un

completo silencio, pues la radio necesitaba una nueva batería, y habían oído todos los discos del cuarteto Knickerbocker y Al Jolson y los Two Black Crows hasta el cansancio. De modo que Tom, sentado en el piso de madera, miró la oscura oscuridad, apretando la nariz contra la cortina de alambre hasta que se le grabaron en la punta unos cuadraditos negros.

—¿Dónde estará Doug? Son casi las nueve y media.

—Llegará pronto —dijo Tom.

Doug no tardaría.

Siguió a su madre para ayudarle a lavar los platos. Todos los sonidos, el entrecuchar de platos y cucharas, parecían amplificarse en la noche tibia. Silenciosamente, pasaron al vestíbulo, sacaron los almohadones del sofá, lo abrieron y lo transformaron en una cama doble. Mamá hizo la cama, preparando las almohadas. Luego, cuando Tom se desabrochaba ya la camisa, exclamó:

—Espera un momento, Tom.

—¿Por qué?

—Porque yo lo digo.

—Estás rara, mamá.

Mamá se sentó un momento, se incorporó, fue a la puerta y llamó. Tom escuchó el repetido llamado:

—¡Douglas! ¡Douglas! ¡Oh, Doug! ¡Douglasssss!

El llamado flotó en la cálida oscuridad del verano y no volvió. Los ecos no lo atendieron.

Douglas, Douglas, Douglas.

¡Douglas!

Y Tom, sentado otra vez en el piso, sintió un frío que no era del helado, ni del invierno, y tampoco parte del calor del verano. Advirtió que mamá apartaba los ojos, parpadeaba titubeando, nerviosa.

Al fin mamá abrió la puerta de alambre. Salió a la noche, descendió los escalones hasta la acera, bajo el arbusto de lilas. Tom escuchó el sonido de sus pasos.

Y el llamado otra vez.

Silencio.

La madre llamó dos veces más. Tom no se movió. En cualquier momento Douglas respondería desde un extremo de la calle larga y estrecha:

—¡Sí, mamá! ¡Sí, mamá! ¡Eh!

Pero Doug no respondía. Y durante dos minutos Tom miró la cama preparada, la radio silenciosa, el fonógrafo silencioso, la lámpara con sus abalorios de cristal que brillaban calladamente, la alfombra con sus arabescos escarlatas y purpúreos. Apretó un dedo del pie contra la cama. ¿Le dolería? Le dolió.

La puerta de alambre se abrió chirriando y mamá dijo:

—Vamos, Tom. Daremos un paseo.

—¿A dónde?

Tom le tomó la mano. Bajaron juntos por la calle St. James. Bajo los pies el cemento estaba tibio aún, y los grillos cantaban más alto en la oscuridad cada vez más oscura. Llegaron a la esquina, doblaron y caminaron hacia la hondonada del oeste.

De alguna parte salió un coche que pasó a lo lejos, lanzando a un lado y a otro la luz de sus faros. Había una tal ausencia de vida, luz, y actividad. Aquí y allá, detrás, brillaban unos débiles cuadrados de luz. Pero la mayor parte de las casas ya dormía en sombras, y había unos pocos porches sin luz donde se charlaba en voz baja. Uno oía a veces al pasar el crujido de una mecedora.

—Me gustaría que tu padre estuviese en casa —dijo mamá. La manzana apretaba la mano pequeña de Tom—. Espera a que tenga a mano a ese chico. El Solitario anda por ahí otra vez. Matando gente. Nadie puede estar seguro. No se sabe dónde o cuándo aparecerá el Solitario. Cuando Douglas llegue recibirá una paliza que lo dejará medio muerto.

Habían caminado otra cuadra y estaban ahora junto a la sagrada silueta de la iglesia bautista alemana, en la esquina de las calles Chapel y Glen Rock. Detrás de la iglesia, a un centenar de metros, nacía la cañada. Tom podía olerla. Era un olor sombrío y húmedo, de hojas podridas, verde y espeso. Era una ancha cañada que cortaba en zigzag el pueblo. Una jungla en el día, un lugar al que no había que acercarse de noche, decía mamá a menudo.

La cercanía de la iglesia bautista podía haber animado a Tom; pero no fue así, pues el edificio estaba a oscuras, y parecía frío e inútil, como un montón

de ruinas a orillas de la cañada.

Tom tenía sólo diez años. Sabía poco de la muerte, el miedo, o el terror. Le muerte era una efigie de cera en un ataúd cuando Tom tenía seis años, era el bisabuelo, como un gran buitres caído en su jaula, callado, llevado, un bisabuelo que ya nunca le diría cómo ser bueno, y que nos haría breves comentarios sobre política. Le muerte era su hermanita una mañana de sus siete años, cuando despertó, miró en la cuna, y vio que ella lo miraba con unos ojos ciegos, helados, azules y fijos hasta que vinieron los hombres a llevársela en una canastita. La muerte era un día, cuatro semanas más tarde, cuando se detuvo junto a la alta silla de su hermana y comprendió de pronto que nunca estaría otra vez en la casa, haciéndolo reír y llorar, y poniéndolo celoso. La muerte era el Solitario, invisible, que iba de un lado a otro y acechaba detrás de los árboles, esperando en el campo para venir al pueblo, una o dos veces al año, a estas calles, a estos lugares donde había tan poca luz, y matar a una, dos o tres mujeres en los últimos tres años. Eso era la muerte..

Pero esto era más que la muerte. En esta noche de verano, muy por debajo de las estrellas estaban todas las cosas que se podían sentir o ver u oír en la vida, cayendo juntas y ahogándolo a uno.

—Dejaron la acera y caminaron por un sendero empedrado, rodeado de malezas, donde los grillos entonaban un coro agudo y tamborileante. Tom siguió obedientemente, detrás de la audaz, hermosa y alta mamá... defensora del universo. Juntos, así, se acercaron a los límites de la civilización, los alcanzaron, y se detuvieron.

La cañada.

Aquí y ahora, abajo, en aquel pozo de salvaje negrura había algo que Tom nunca conocería o entendería. Criaturas anónimas que vivían a la sombra de los árboles, en el olor de la podredumbre.

Y él y su madre estaban solos.

La mano de la madre tembló.

Tom sintió el temblor... ¿Por qué? Ella era más grande, más fuerte, más inteligente que él,

¿no? ¿Sentía ella, también, aquella amenaza intangible, aquello que

asomaba en la sombra, aquella malignidad agazapada? Entonces, ¿no traían fuerzas los años? ¿No había un refugio seguro en la vida? ¿No había ciudadela carnal capaz de resistir los confusos asaltos de las medianoches? Las dudas asaltaron a Tom. Sintió otra vez el helado en la garganta, el estómago, la espalda y los miembros. Se sintió de pronto tan frío como un viento escapado del mes de diciembre.

Comprendió que todos los hombres eran así, que todos eran seres únicos y solitarios. Una unidad, una unidad entre otros, siempre con miedo. Como aquí, ahora. ¿Si gritara, si aullara pidiendo auxilio, importaría realmente?

La negrura podía alcanzarlos rápidamente, una negrura devoradora. En un titánico y helado momento todo habría terminado. Mucho antes del alba, mucho antes que la policía sondeara con sus linternas el oscuro y perturbado sendero, mucho antes que los hombres de mentes temblorosas pudieran arrojar una piedra. Aunque estuvieran a menos de quinientos metros, y pudiera contar realmente con ellos, en tres segundos una oscura marea se alzaría para arrancarle diez años y...

El impacto esencial de la soledad de la vida sacudió el cuerpo tembloroso de Tom. Mamá estaba sola, también. Ella no contaba con la santidad del matrimonio, la protección del amor familiar, la constitución de los Estados Unidos, o la policía del pueblo. No contaba con nada, en ese instante, sino con su propio corazón. Y allí nada encontraría, sólo una repugnancia indomable, y miedo. En ese instante su problema era un problema individual que requería una solución individual. Debía aceptar su soledad, y aceptarla además como punto de partida.

Tom tragó saliva dificultosamente, y se agarró a su madre. Oh, Señor, no permitas que ella muera, pensó. No nos hagas nada. Papá volverá de la reunión dentro de una hora y sí encuentra la casa vacía.

La madre avanzó por el sendero hacia la jungla primigenia. Tom habló con voz temblorosa.

—Mamá, Doug está bien. Doug está bien. Está bien. ¡Doug está bien!

La voz de la madre era alta, tirante.

—Siempre viene. Le digo que no, pero esos malditos chicos vienen de todos modos. Una noche de éstas vendrá y no volverá...

No volverá. Eso podía significar cualquier cosa. Vagabundos. Criminales. Oscuridad.

Accidentes. Y sobre todo... ¡muerte!

Solo en el universo.

Había millones de pueblos como éste en el mundo. Todos tan oscuros, tan solitarios, tan apartados, tan sorprendidos y estremecidos. El sonido de los violines en tono menor de las cañas era la música del pueblo, sin luces, con muchas sombras. Oh, la vasta y devoradora soledad de esas sombras. Sus secretas y húmedas cañadas. La vida allí, de noche, era un horror, y la cordura, el matrimonio, los niños, la felicidad, todo era asaltado, simultáneamente, por un ogro llamado Muerte.

La madre alzó la voz en la sombra.

—¡Doug! ¡Douglas!

De pronto, advirtieron que algo ocurría.

Los grillos habían callado.

El silencio era total.

Nunca había sentido Tom un silencio parecido. Un silencio tan completo. ¿Por qué habían enmudecido los grillos? ¿Por qué? Nunca se habían detenido antes. Nunca.

Salvo que...

Algo iba a ocurrir.

Era como si toda la cañada hubiese endurecido sus negras fibras, sacando fuerza de los dormidos campos vecinos, en un alrededor de kilómetros y kilómetros. Todo el silencio del bosque, las cañadas y colinas empapadas de rocío donde los perros alzaban la cabeza a la luna, era traído hacia un punto. En diez segundos algo ocurriría, algo ocurriría. Los grillos callaban; las estrellas estaban muy bajas. Enjambres de estrellas, calientes y luminosas.

Creciendo, creciendo, el silencio. Creciendo, creciendo, la tensión. Oh, todo estaba tan oscuro, tan alejado. Oh, Dios.

Y en seguida, del otro lado de la cañada:

—¡Sí, mamá! ¡Voy, mamá!

Y luego el rápido resbalar de unos zapatos de tenis, barranca abajo, hacia el fondo de la cañada, y tres chicos aparecieron dando saltos, riéndose entre

dientes...

Las estrellas se alzaron como los duros cuernos de diez millones de caracoles.

¡Los grillos cantaron!

La oscuridad retrocedió, sorprendida, enojada. Se echó hacia atrás, ya sin apetito. La habían interrumpido bruscamente cuando iba a alimentarse. Y a medida que la sombra retrocedía como una ola en la playa, tres niños salían de ella, riéndose.

—¡Hola, mamá! ¡Hola, Tom! ¡Eh!

Oía como Douglas, sí. Sudor y hierbas y olor de árboles y ramas y arroyos.

—Joven, vas a recibir una paliza —declamó mamá, que había apartado instantáneamente su miedo.

Tom supo que ella nunca se lo diría a nadie. Lo llevaría en el corazón, sin embargo, mucho tiempo, donde siempre había estado.

Volvieron a la casa. Tom se alegraba de que Douglas estuviese vivo. Se alegraba realmente.

Durante un momento había pensado...

Lejos, en el campo iluminado por la luna, un tren corría valle abajo, cruzando un viaducto, silbando como algo perdido, metálico, anónimo y rápido. Tom se acostó, temblando, junto a Douglas, escuchando el silbido del tren, y pensando en un primo que había vivido en el campo, donde el tren corría ahora, y que había muerto de neumonía una noche, hacía muchos, muchos años...

Sintió el olor de Douglas junto a él. Era algo mágico. Dejó de temblar.

—Sólo sé dos cosas realmente, Doug —murmuró.

—¿Qué?

—La oscuridad horrible de la noche es una.

—¿Y la otra?

—La cañada de noche no podrá aparecer en la máquina de la felicidad del señor Auffmann, si la inventa alguna vez.

Douglas pensó un rato.

—Sí, tienes razón.

Dejaron de hablar. Escucharon, y de pronto oyeron unas pisadas que venían por la calle, bajo los árboles, frente a la casa ahora, en la acera. Desde su cama, mamá habló serenamente.

—Es vuestro padre.

Era el padre.

XIII

En medio de la noche, en el porche, Leo Auffmann escribía una lista que no podía ver, exclamando: —¡Ah! —o— ¡Esto también! cuando recordaba algún elemento importante. Luego la puerta de alambre golpeó suavemente, como una polilla.

—¿Lena? —murmuró Leo Auffmann.

La mujer se sentó junto a él en la hamaca, en camisón, no delgada como las muchachas sin amor a los diecisiete, no gorda como las mujeres sin amor a los cincuenta, sino redonda, firme, como las mujeres de cualquier edad, pensó él, cuando no hay problemas.

Lena era un milagro. Su cuerpo, como el de él, pensaba siempre por ella, pero de modo diferente, dando forma a los niños, o adelantándose para cambiar el aire de cualquier habitación de acuerdo con el humor de su marido. No pensaba mucho tiempo, en apariencia.

El pensamiento y la acción pasaban de la cabeza a la mano, y viceversa, en un circuito suave y natural que Leo Auffmann no podía, y no intentaba, reproducir.

—Esa máquina —dijo al fin la mujer—, no la necesitamos.

—No —dijo él—, pero a veces tenemos que inventar para otros. He pensado qué podría poner en ella. ¿Películas? ¿Radios? ¿Lentes estereoscópicas? Todo a la vez probablemente, de modo que un hombre, acariciando la máquina, pueda decir: "Sí, señor. Esto es la felicidad."

Sí, pensó Leo Auffmann, hacer un aparato que a pesar de los pies

húmedos, la sinusitis, las camas arrugadas, y esas horas de las tres—de—la—mañana cuando los monstruos le devoran el alma a uno, fabrique felicidad, como aquel mágico molino de sal que arrojado al océano fabricó sal eternamente, y transformó el mar en salmuera. ¿Quién no sudaría sangre para inventar una máquina parecida?, le preguntó Leo Auffmann al mundo, al pueblo, a su mujer.

En la hamaca del porche, a su lado, el silencio de Lena era una opinión.

Leo Auffmann, también silencioso, con la cabeza echada hacia atrás, escuchó las hojas de los olmos que siseaban al viento.

No lo olvides, se dijo a sí mismo. Este sonido debe estar también en la máquina.

Un minuto más tarde la hamaca del porche, el porche, se alzaban vacíos en la oscuridad.

XIV

El abuelo sonrió en sueños.

Sintiendo la sonrisa, y preguntándose por qué, despertó. Se quedó callado, escuchando, y descubrió la razón de la sonrisa.

Pues oyó un sonido que era mucho más importante que el de los pájaros o el rumor de las hojas nuevas. Una vez al año despertaba de este modo y se quedaba esperando el sonido que señalaba el comienzo oficial del verano. Y comenzaba en una mañana como ésta, cuando un pensionista, un sobrino, un primo, un hijo o un nieto salían al jardín y se movían en cuadrángulos cada vez más pequeños hacia el norte, el este, el sur y el oeste por el dulce césped del verano, en un repiqueteo de metales giratorios. Capullos de trébol, los pocos dientes de león no cosechados aún, hormigas, palos, pedruscos, restos de buscapiés y cohetes del último cuatro de julio, pero principalmente hierba verde, una fuente sobre la chirriante cortadora. Una fuente suave y fresca. El abuelo la imaginó haciéndole cosquillas en las piernas, rociándole el rostro encendido, llenándole las narices con el aroma inmemorial de una nueva estación, con la promesa de que, sí, todos vivirían otros doce meses.

Bendita sea la cortadora, pensó. ¿Quién fue el tonto que hizo empezar el año el primero de enero? No, un hombre debería vigilar las hierbas en un millón de ciudades de Illinois, Ohio, Iowa, y una mañana, cuando esas hierbas pareciesen suficientemente largas, en vez de sirenas y bocinas y gritos, estallarían una enorme y agitada sinfonía de cortadoras de césped que cubrirían de briznas frescas los extensos prados. En vez de confetti y

serpentinadas, la gente se echaría a la cara pedacitos de hierba en el día que señalaría realmente ¡el comienzo!

Emitió un bufido burlándose de su largo discurso, fue a la ventana y se asomó a la luz suave del sol, y, ciertamente, allí estaba un pensionista, un periodista joven llamado Forrester, terminando una hilera.

—¡Buenos días, señor Spaulding!

—¡Acabe con ellas, Bill! —gritó animadamente el abuelo, y pronto bajaba las escaleras y devoraba el desayuno de la abuela, con la ventana abierta de par en par, acompañado por el crujiente zumbido de la cortadora.

—Te da confianza —dijo el abuelo—. Esa cortadora. ¡Escúchala!

—No la usaremos mucho tiempo. —La abuela ordenó una hilera de bizcochos de trigo—. Hay una nueva clase de pasto. Bill Forrester lo está poniendo ahora. No necesita cortarse. No sé cómo se llama, pero crece un poco, y después ya no más.

El abuelo clavó los ojos en la mujer.

—Me parece una broma bastante tonta.

—Vé y mira tú mismo —dijo la abuela—. Fue idea de Bill Forrester. El césped nuevo espera a un lado de la casa. Haces unos agujeritos aquí y allí y pones el césped nuevo. A fin de año el césped nuevo ha matado al viejo, y tú vendes la cortadora.

El abuelo dejó la silla, cruzó el vestíbulo y salió a la puerta de calle en diez segundos.

Bill Forrester dejó la máquina y se acercó, sonriendo, frunciendo los ojos al sol.

—Es cierto —dijo—. Compré el césped ayer. Y, como estoy de vacaciones, decidí plantarlo.

—¿Pero por qué no me consultó? ¡Es mi césped! —gritó el abuelo.

—Pensé que le gustaría, señor Spaulding.

—Bueno, no creo que me guste. Veamos ese condenado pasto suyo.

Se detuvieron junto a los almácigos de hierba nueva. El abuelo los tocó con la punta del zapato.

—Parece la hierba de antes. ¿Está seguro de que algún estafador no lo pescó a usted medio dormido?

—Lo he visto crecer en California. Hasta aquí de alto, y no más. Si sobrevive al clima, el año que viene podremos ahorrarnos el trabajo semanal de cortarlo.

—Esa es la dificultad con su generación —dijo el abuelo—. Bill, usted me avergüenza, usted, un periodista. Todas las cosas que pueden saborearse en la vida, ustedes las anulan. Ahorre tiempo, ahorre trabajo, dicen. —Pateó los almácigos irrespetuosamente—. Bill, cuando tenga usted mis años, descubrirá que las cosas pequeñas, las alegrías pequeñas, cuentan más que las grandes. Un paseo en una mañana de primavera es preferible a un viaje de cien kilómetros en un coche que corre a los saltos. ¿Sabe por qué? Porque en el paseo hay aromas, cosas que crecen. Hay tiempo de buscar y encontrar. Ya sé. Ustedes buscan ahora lo grande, y quizá tengan razón. Pero como hombre que trabaja en un periódico debería fijarse usted en las uvas tanto como en los melones. Usted admira los esqueletos, y yo las huellas digitales. Muchas cosas lo aburren a usted, y yo me pregunto si no se debe a que nunca aprendió a usarlas. Si de ustedes dependiera, emitirían una ley que aboliría todas las tareas menudas, las cosas menudas. Se quedarían sólo con las grandes cosas, y tendrían entonces que pasarse las horas ideando algo que hacer para no volverse locos. ¿Por qué no aprenden de la naturaleza? Cortar el césped y arrancar zarzas puede ser un modo de vida, hijo.

Bill Forrester lo miraba sonriendo.

—Ya sé —dijo el abuelo—. Hablo demasiado.

—Lo oigo con gusto.

—La conferencia continúa, entonces. Un matorral de lilas es mejor que una orquídea. Y los dientes de león y la hierba común son todavía mejores. ¿Por qué? Porque lo doblan a usted, y lo alejan de toda la gente y el pueblo por un rato, y lo hacen sudar, y le recuerdan que tiene nariz. Y cuando usted se dedica realmente a eso, es usted mismo un rato. Usted empieza a pensar. La jardinería es la excusa más a mano para ser un filósofo. Nadie sospecha, nadie acusa, nadie sabe, pero ahí está usted, Platón entre las peonías. Sócrates cultivando su propia cicuta. Un hombre que lleva un saco de abono por el campo es como Atlas con el mundo al hombro. Como dijo una vez el caballero Samuel Spaulding: "Cava en la tierra, cava en el alma." Haga girar

esas hojas de la cortadora, Bill, y pásese bajo el rocío de la fuente de la juventud. Fin de la conferencia. Además, es bueno comer de cuando en cuando unos dientes de león.

—¿Cuándo cenó usted por última vez dientes de león, señor?

—¡No interesa ahora!

Bill pateó ligeramente un almácigo y movió afirmativamente la cabeza.

—Algo más sobre este césped. No lo dije todo. Crece tan apretado que mata tréboles y dientes de león.

—¡Cielo santo! ¡Eso quiere decir que no habrá vino el año próximo! ¡Ha perdido la cabeza, hijo! Escuche, ¿cuánto le costó todo esto?

—Un dólar el almácigo. Compré diez almácigos como sorpresa.

El abuelo buscó en su bolsillo, sacó su vieja y ancha billetera, abrió el cierre de plata, y sacó tres billetes de cinco dólares.

—Bill, ha ganado usted cinco dólares con este negocio. Quiero que lleve esta carga de césped antirroántico a la cañada, el basural, donde quiera. Pero le ruego civil y humildemente no plantarlo en mi jardín. Sus motivos son irreprochables, pero mis motivos, me parece, pues estoy alcanzando los años más delicados, merecen prioridad.

—Sí, señor.

Bill se guardó los billetes de mala gana.

—Bill, usted plantará este césped nuevo otro año. El año que siga a mi muerte. Entonces podrá poner el jardín cabeza abajo, si así lo desea. ¿Puede esperar cinco años a que el viejo orador se retire?

—Maldición, claro que sí.

—Hay algo de inefable en la cortadora. Para mí es el más hermoso sonido del mundo, el sonido más fresco de la estación, el sonido del verano, y lo echaré horriblemente de menos si no la oigo, y echaré de menos, también, el olor de la hierba cortada.

Bill se inclinó para recoger un almácigo.

—Me voy a la cañada.

—Es usted un joven comprensivo y llegará a ser un brillante y sensible periodista —dijo el abuelo, ayudándolo—. ¡Yo se lo profetizo!

Pasó la mañana, llegó el mediodía, el abuelo se retiró a leer un poco de

Whittier, y se durmió. Cuando despertó a las tres, el sol entraba por las ventanas, brillante y fresco. Se sobresaltó al oír el viejo sonido, familiar y memorable.

—Pero cómo —dijo—, ¿alguien usa la cortadora! ¿Pero si cortaron el césped esta mañana!

Escuchó otra vez.. Y sí, allí estaba, el interminable murmullo que iba y venía, iba y venía.

Se asomó a la ventana y abrió la boca.

—Cómo, es Bill. ¡Bill Forrester! ¿El sol le ha hecho daño? ¡Está cortando el césped otra vez!

Bill alzó los ojos, sonrió con una blanca sonrisa, y saludó con la mano.

—¡Ya sé! ¡Me pareció que faltaban algunos pedazos!

Y el abuelo volvió a la cama por otros cinco minutos, y sonrió complacido. Bill Forrester cortó el césped hacia el norte, luego hacia el sur, y al fin, bajo una fuente de rocío verde, hacia el este.

XV

El domingo a la mañana Leo Auffmann caminó lentamente por el garaje, esperando que alguna madera, un rollo de alambre, un martillo o tenaza se alzara gritando "¡Empieza aquí!" Pero nada saltó, nada pidió empezar.

¿Una Máquina de la Felicidad, se preguntó, ha de ser algo que se pueda llevar en el bolsillo?

¿O —continuó—, algo que lo lleve a uno en su bolsillo?

—Por lo menos —dijo en voz alta—, ¡tiene que ser brillante!

Puso una lata de pintura anaranjada en el centro del banco de trabajo, tomó un diccionario, y entró en la casa.

—¿Lena? —miró el diccionario—. ¿Te sientes "complacida, contenta, alegre, deleitada"? ¿Te sientes "dichosa, afortunada"? ¿Las cosas son para ti "agradables y convenientes",

"satisfactorias y cómodas"?

Lena dejó de cortar las verduras y entornó los ojos.

—Leeme la lista otra vez, por favor —dijo.

El hombre cerró el libro.

—Siempre piensas una hora antes de contestar. Te pido que me digas simplemente sí o no.

¿No estás alegre, contenta, satisfecha?

Las vacas están satisfechas, y los bebés y los viejos en la segunda infancia contentos, Dios los ampare —dijo Lena—. En cuanto a alegre, Leo, mira cómo me río frotando el vertedero...

Leo Auffmann la miró de cerca y sonrió.

—Lena, es cierto. Un hombre no se da cuenta. Quizá podamos salir el mes próximo.

—¡No me quejo! —gritó la mujer—. No soy de esas que aparecen con una lista diciendo

"Muérdete la lengua". Leo, ¿te preguntas acaso por qué te late el corazón toda la noche?

¡No! En seguida preguntarás, ¿qué es el matrimonio? ¿Quién lo sabe, Leo? No preguntes.

Un hombre que empieza a pensar cómo funcionan, cómo marchan las cosas, cae del trapecio en el circo, se ahoga preguntándose cómo trabajan los músculos del pecho. Come, duerme, respira, Leo, ¡y deja de mirarme como si yo fuese una novedad en la casa!

Lena Auffmann calló. Olió el aire.

—¡Oh, Dios mío, mira lo que has hecho!

Abrió rápidamente la puerta del horno. Una gran humareda llenó la cocina.

—¡La felicidad! —gimió—. ¡Y por primera vez en seis meses tenemos una pelea! ¡La felicidad, y por primera vez en veinte años no cenaremos pastel sino carbón!

Cuando el aire se aclaró, Leo Auffmann había desaparecido.

El terrible estrépito, el choque del hombre y la inspiración, el desorden de metal, madera, martillo, clavos, escuadras, destornilladores, continuó durante muchos días. En una ocasión, derrotado, Leo Auffmann vagó por las calles, nervioso, aprensivo. Le temblaba la cabeza cuando oía una leve risa lejana, se inclinaba a oír los chistes de los niños, intentando averiguar por qué se reían. De noche, se instalaba en los porches de los vecinos, escuchando cómo los viejos pesaban y medían la existencia, y ante cada explosión de alegría, Leo Auffmann se sentía vivificado, como un general que se ha visto asaltado por las fuerzas de las tinieblas y ha conseguido al fin afirmar su estrategia. Regresaba a su casa, animado y triunfante, hasta que llegaba al garaje y se encontraba con las herramientas muertas y la madera inanimada. Entonces la cara brillante se le cubría de una palidez de hongo, y para disimular su

fracaso golpeaba y aplastaba las partes de la máquina, como si así les diera sentido. Al fin la máquina empezó a tomar forma, y luego de diez días con sus noches, temblando de fatiga, hambriento, tambaleándose, como herido por un rayo, Leo Auffmann entró en la casa.

Los niños, que habían estado gritándose horriblemente unos a otros, callaron, como si hubiesen sonado las campanas del reloj y hubiera entrado la Muerte Roja.

—La Máquina de la Felicidad —susurró Leo Auffmann— está lista.

—Leo Auffmann —dijo su mujer— ha perdido siete kilos. No ha hablado con sus hijos en dos semanas. Están nerviosos, se pelean, ¡escúchenlos! Su mujer está nerviosa, ha aumentado cinco kilos, necesita ropa nueva, ¡miren! Sí, la máquina está lista. ¿Y la felicidad? ¿Quién puede decirlo? Leo, deja de fabricar ese reloj. Nunca encontrarás un cuclillo bastante grande. El hombre no está hecho para eso. No es algo contra Dios, no; pero parece algo contra Leo Auffmann. Otra semana como ésta, ¡y lo enterraremos en su máquina!

Pero Leo Auffmann estaba demasiado ocupado viendo cómo el cuarto caía rápidamente hacia arriba.

¡Qué interesante!, pensó, acostado en el piso.

La oscuridad se cerró sobre él en un gran parpadeo mientras alguien gritaba algo de la Máquina de la Felicidad, tres veces.

A la mañana siguiente, abrió los ojos y vio docenas de pájaros que aleteaban rizando el aire, como piedras de colores arrojadas a una corriente increíblemente clara, golpeando con suavidad el techo de lata del garaje.

Unos perros callejeros entraron uno a uno en el patio y miraron por la puerta del garaje, gimiendo débilmente. Cuatro muchachos, dos chicas y algunos hombres titubearon en la acera, y siguieron su camino bajo los cerezos.

Leo Auffmann, escuchando, comprendió qué había atraído a todos al patio.

El sonido de la Máquina de la Felicidad.

Era un sonido que podía salir de la cocina de un gigante en un día de verano. Había muchos zumbidos, altos y bajos, repetidos, y cambiantes. Un enjambre de zumbadoras abejas doradas, grandes como tazas de té, cocinaban

allí comidas increíbles. La gigante, canturreando entre dientes, vasta como el estío, se asomaría a la puerta, con un rostro de luna y durazno, y miraría con calma los perros sonrientes, los niños de pelo de maíz, y los hombres de pelo de harina.

—Un momento —dijo Leo Auffmann— Yo no encendí la máquina.
¡Saul!

Saul, de pie en el patio, alzó los ojos.

—Saul, ¿la encendiste?

—¡Me dijiste que la calentara hace media hora!

—¡Oh, Saul, me olvidé! Estoy un poco dormido.

Se dejó caer en la cama.

Su mujer, que traía el desayuno, se detuvo mirando el garaje.

—Dime —preguntó dulcemente—, esa máquina, ¿hará bebés? ¿Los viejos de setenta volverán a los veinte? ¿Y qué es la muerte cuando estás escondido ahí dentro, con toda esa felicidad?

—¡Escondido!

—Si mueres de fatiga, ¿qué deberé hacer hoy? ¿Meterme en esa gran caja y ser feliz? Y

dime, Leo, ¿qué vida llevamos? Sabes cómo es nuestra casa. A las siete de la mañana, desayuno, los chicos; todos os habéis ido a las ocho y media, y yo me quedo lavando y cocinando, y remendando calcetines, o arrancando malezas, o corro a la tienda, o repaso la platería. ¿Quién se queja? Te recuerdo cómo marcha la casa, Leo, qué pasa en ella.

Contéstame. ¿Cómo metiste todo eso en la máquina?

—¡No es así!

—Lo lamento. No he tenido tiempo de mirar.

Y la mujer besó a su marido en la mejilla, y él se quedó oliendo la brisa que brotaba de la máquina, allá abajo, y que traía el olor de las castañas asadas en las calles otoñales de un París que nunca había conocido...

Un gato se movió sin ser visto entre perros y niños hipnotizados y ronroneó junto a la puerta del garaje, donde unas olas de nieve rompían rítmicamente en una costa lejana.

Mañana, pensó Leo Auffmann, probaremos la máquina. Todos nosotros,

juntos.

Abrió los ojos en medio de la noche y supo que algo lo había despertado. Lejos, en otro cuarto, lloraba alguien.

Leo Auffmann se levantó.

—¿Saul?

Saul lloraba con la cabeza hundida en la almohada.

—No... no... —gemía—. Basta.. basta...

—Saul, ¿tuviste una pesadilla? Cuéntame, hijo.

Pero el chico no dejaba de llorar.

Y sentado en la cama de Saul, a Leo Auffmann se le ocurrió mirar por la ventana. Las puertas del garaje estaban abiertas.

Sintió un frío en la nuca.

Saul se durmió otra vez, estremeciéndose, y su padre fue abajo y salió al garaje donde, conteniendo el aliento, estiró la mano.

En la noche fresca, el metal de la Máquina de la Felicidad estaba demasiado caliente.

Así que, pensó, Saul estuvo aquí esta noche.

¿Por qué? ¿Saul no era feliz, necesitaba la máquina? No, era feliz, pero quería aferrarse a la felicidad. ¿Puede acusarse a un niño que aprecia inteligentemente su situación y quiere conservarla? No. Y sin embargo.

Arriba, de pronto, algo blanco había salido por la ventana de Saul. El corazón de Leo Auffmann golpeó como un trueno. En seguida comprendió. La cortina había salido al aire de la noche. Pero parecía algo tan íntimo, tan tembloroso... como si el alma del niño hubiese escapado del cuarto. Y Leo Auffmann extendió los brazos como si quisiese recoger la cortina y meterla otra vez en la casa somnolienta.

Helado, estremeciéndose, volvió a la casa y subió al dormitorio de Saul. Allí tomó la cortina, la metió en el cuarto, y cerró la ventana para que aquella cosa pálida no volviera a escapar.

Luego se sentó en la cama y puso la mano en el hombro del niño.

—¿Historia De Dos Ciudades? Mío. ¿Tienda De Antigüedades? Ja, éste es de Leo Auffmann.

¡Grandes Esperanzas! Antes era mío, ¡pero que Grandes Esperanzas sea

de él ahora!

—¿Qué es esto? —preguntó Leo Auffmann, entrando.

—¡El reparto de los bienes! —dijo su mujer—. Cuando un padre asusta a su hijo de noche es hora de repartirse las cosas. Abran paso, señor Casa Desierta, Tienda de Antigüedades. En todos estos libros ningún hombre de ciencia loco vive como Leo Auffmann, ninguno.

—¿Te vas y no has probado la máquina? —protestó él—. Pruébala una vez, desempaquetarás tus cosas, ¡te quedarás!

—Tom Swift y su aniquilador eléctrico... ¿De quién es éste? —preguntó Lena—. ¿Debo adivinarlo?

Resoplando, le dio Tom Swift a Leo Auffmann.

Más tarde todos los libros, platos, trajes, sábanas, habían sido apilados, uno aquí, uno allí, cuatro aquí, cuatro allí, diez aquí, diez allí. Lena Auffmann, mareada de contar, tuvo que sentarse.

—Muy bien —jadeó—. Antes que me vaya, Leo, pruébame que no das pesadillas a hijos inocentes.

Leo Auffmann guió silenciosamente a su mujer en la luz crepuscular. Lena se detuvo ante la caja anaranjada de dos metros y medio de alto.

—¿Esto es la felicidad? —dijo—. ¿Qué botón debo apretar para sentirme alegre, contenta, agradecida, y satisfecha?

Los chicos se habían reunido alrededor.

—Mamá —dijo Saul—. No entres.

—Tengo que saber por qué protesto, Saul. —Lena entró en la máquina; se sentó, y miró a su marido, sacudiendo la cabeza—. No soy yo quien necesita esto, sino tú, con esos nervios arruinados.

—¡Por favor! —dijo él—. Ya verás.

Cerró la puerta.

—¡Aprieta el botón! —le gritó a su mujer invisible.

Se oyó un clic. La máquina se estremeció suavemente, como un enorme perro dormido.

—¡Papá! —dijo Saul, preocupado.

—Escuchad —dijo Leo Auffmann.

Al principio no hubo nada. Sólo el temblor de las ruedas y engranajes

secretos de la máquina.

—¿Mamá está bien? —preguntó Naomi.

—¡Muy bien, muy bien! Un momento... ahora, ¡ya!

Y pudo oírse que dentro de la máquina Lena Auffmann decía: —¡Oh!—. Y luego —¡Ah!—, con voz de sorpresa. —¡Mirad! —dijo la mujer oculta—. ¡París! —Y más tarde—: ¡Londres! ¡Y allá va Roma! ¡Las Pirámides! ¡La Esfinge!

—La Esfinge, ¿habéis oído, niños?

Leo Auffmann murmuraba y reía.

—¡Perfume! —gritó sorprendida Lena Auffmann. En alguna parte un fonógrafo tocó El Danubio azul, débilmente.

—¡Música! ¡Estoy bailando!

—Cree que está bailando —confió Leo Auffmann al mundo.

—¡Asombroso! —dijo la mujer invisible.

Leo Auffmann enrojeció.

—¡Qué mujer comprensiva!

Y entonces, dentro de la Máquina de la Felicidad, Lena Auffmann se echó a llorar.

La sonrisa del inventor se desvaneció.

—Está llorando —dijo Naomi.

—¡No es posible!

—Sin embargo llora —dijo Saul.

—¡Pero no puede llorar! —Leo Auffmann, parpadeando, puso su oreja contra la máquina—. Pero... si... como un bebé.

Abrió la puerta.

Allí estaba su mujer, con lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—Espera —dijo—. Déjame terminar.

Lloró otro poco.

Leo Auffmann, aturdido, apagó la máquina.

—¡Oh, qué cosa más triste! —gimió Lena—. Me siento mal, terriblemente mal —salió de la máquina—. Primero...

—¿Qué tiene de malo París?

—Nunca pensé que estaría en París algún día. Pero de pronto ahora me

has hecho pensar:

¡París! Y de pronto quise estar en París, ¡y supe que no estaba!

—Es casi como si fuese cierto.

—No. Sentada ahí, comprendí. Pensé, ¡no es cierto!

—No llores, mamá.

Lena miró a su marido con ojos grandes, oscuros húmedos.

—Me hiciste bailar. No bailamos desde hace veinte años.

—¡Te llevaré a bailar mañana a la noche!

—¡No, no! No es importante, no tiene que ser importante. Pero tu máquina dice que es importante. Y lo creí. Ya se me pasará, Leo. Déjame llorar un rato.

—¿Y qué otra cosa?

—¿Otra cosa? La máquina me dijo: "Eres joven." Y no lo soy. ¡Miente, esta Máquina de la Tristeza!

—¿Tristeza por qué?

La mujer estaba ahora más tranquila.

—Leo, cometiste un error. Olvidaste que en algún momento, algún día; uno tendría que salir de aquí e ir a lavar platos y hacer camas. Cuando estás adentro, sí, la puesta de sol parece ser eterna, el aire huele bien, la temperatura es agradable. Todo lo que quieres que dure, dura. Pero afuera, los chicos esperan el almuerzo, las ropas necesitan botones. Y

seamos francos, Leo. ¿Cuánto tiempo puedes mirar una puesta de sol? ¿Quién quiere que una puesta de sol no acabe nunca? ¿Quién desea una temperatura perfecta? ¿Quién desea que el aire huela siempre bien? Al cabo de un tiempo, ¿quién lo notará? Si la puesta de sol dura un minuto o dos, mejor. Luego, pasemos a otra cosa. La gente es así, Leo. ¿Cómo has podido olvidarlo?

—¿Lo he olvidado?

—Las puestas de sol son hermosas porque sólo ocurren una vez y desaparecen.

—Pero, Lena, eso es triste.

—No, triste es si la puesta de sol se queda ahí y uno se aburre. En verdad, has cometido dos errores. Has detenido las cosas rápidas. Has traído cosas

lejanas al patio, un sitio que no les corresponde, donde dicen: "No. Nunca viajarás, Lena Auffmann. ¡Nunca verás París!

¡Nunca visitarás Roma!" Pero lo he sabido siempre, ¿por qué decírmelo entonces? Mejor olvidarse y dejarlo así, Leo, dejarlo así, ¿eh?

Leo Auffmann buscó apoyo en la máquina. Se quemó la mano y la apartó sorprendido.

—¿Y entonces, Lena? —preguntó.

—No soy quien debe decirlo. Sólo sé que mientras esto esté aquí, querré irme, o Saul querrá irse, como lo hizo anoche, cuando vino y se sentó aquí dentro y vio todos esos sitios tan lejanos. Y lloraremos cada vez, y no seremos una familia unida.

—No entiendo —dijo él— cómo he podido equivocarme tanto. Déjame ver si es cierto —se metió en la máquina—. ¿No os iréis?

La mujer sacudió la cabeza.

—Esperaremos, Leo.

El hombre cerró la puerta. En la cálida sombra, titubeó, apretó el botón, y estaba ya abandonándose al color y la música cuando oyó que alguien gritaba.

—¡Fuego, papá! ¡La máquina se quema!

Alguien sacudía la puerta. Leo saltó, se golpeó la cabeza, y cayó cuando la puerta se abría.

Los chicos lo arrastraron afuera. Oyó a sus espaldas una explosión apagada. Se volvió y gritó, jadeando:

—¡Saul, llama a los bomberos!

Lena Auffmann tomó a Saul por el brazo.

—Saul —dijo—, espera.

Hubo una llamarada, se oyó otra ahogada explosión. Cuando la máquina ardía ya muy bien, Lena Auffmann movió la cabeza afirmativamente.

—Muy bien, Saul —dijo—. Llama a los bomberos.

Todos vinieron a ver el fuego. Allí estaban el abuelo Spaulding, y Douglas, y Tom, y la mayor parte de los vecinos, y algunos viejos del otro lado de la cañada, y todos los niños de seis manzanas a la redonda. Y los niños de Leo Auffmann estaban en primera fila, mirando con orgullo las

hermosas llamas que saltaban desde el techo del garaje.

El abuelo Spaulding miró el globo de humo que subía al cielo y dijo suavemente:

—Leo, ¿qué fue? ¿Tu Máquina de la Felicidad?

Algún día —respondió Leo Auffmann— comprenderé y le explicaré.

Lena Auffmann, de pie, a la sombra, miraba a los bomberos que corrían por el patio. El garaje, rugiendo, cayó sobre sí mismo.

—Leo —dijo—, no tardarás un año en comprender. Mira alrededor. Piensa. Tranquilízate un poco. Luego ven a hablarme. Estaré en la casa, poniendo los libros en los estantes, y las ropas en los armarios, preparando la cena. Se está haciendo tarde, mira qué oscuro.

Vamos, niños, ayudad a mama.

Cuando los bomberos y los vecinos se fueron, Leo Auffmann se quedó con el abuelo Spaulding y Douglas y Tom, mirando pensativo las ruinas humeantes. Movié pie sobre las cenizas húmedas y dijo lentamente lo que tenía que decir.

—Lo primero que se aprende en la vida es que uno tonto. Lo último que se aprende en la vida es que se sigue siéndolo. ¡Leo Auffmann está ciego! ¿Quieren ver la real Máquina de la Felicidad? La patentaron hace un par de miles de años y todavía funciona, no siempre bien, no, pero todavía funciona. Ha estado aquí todo el tiempo.

—Pero el fuego... —dijo Douglas.

—Sí, el fuego, el garaje. Como dijo Lena, no tardé un año en entender. Lo que ardió en el garaje no cuenta.

Subieron juntos los escalones del porche.

—Aquí —susurró Leo Auffmann—, por la ventana. Silencio, y la verán.

Titubeando, el abuelo, Douglas y Tom miraron por la ancha ventana.

Y allí, en los cálidos charcos de las lámparas, pudieron ver lo que Leo Auffmann quería que viesan. Allí estaban Saul y Marshall jugando al ajedrez en la mesa de café. En el comedor, Rebeca arreglaba la platería. Naomi cortaba muñequitos de papel, Ruth pintaba acuarelas, Joseph hacía correr su tren eléctrico. A través de la puerta de la cocina se podía ver a Lena Auffmann que sacaba una fuente de carne asada del horno humeante. Todas

las manos, todas las cabezas, todas las bocas, hacían algún movimiento, grande o pequeño. Uno podía oír las voces lejanas detrás del vidrio. Uno podía oír que alguien cantaba con una voz alta y dulce. Uno podía oler el pan en el horno, y uno sabía que era pan verdadero que cubrirían luego con manteca verdadera. Todo estaba allí, funcionando.

El abuelo, Douglas y Tom se volvieron para mirar a Leo Auffmann, que observaba serenamente la escena detrás del vidrio, con la luz rosada reflejada en las mejillas.

—Sí —murmuró—. Está ahí. —Y miró ya con dulce pena, ya con repentina alegría, y al fin con tranquila aceptación mientras las partes de la casa se mezclaban, se movían, se posaban, y corrían otra vez—. La Máquina de la Felicidad —dijo—. La Máquina de la Felicidad.

Un instante después había desaparecido.

El abuelo, Douglas y Tom lo vieron adentro, moviéndose, arreglando algo aquí, eliminando algo allá, ocupado con todas aquellas piezas móviles, cálidas, maravillosas, infinitamente delicadas, eternamente misteriosas.

Y el abuelo, Douglas y Tom descendieron sonriendo los escalones y se perdieron en la fresca noche de verano.

XVI

Dos veces al año sacaban al patio las grandes y aleteantes alfombras, y las dejaban sobre la hierba, donde parecían desconocidas, fuera de lugar. Luego la abuela y mamá traían unas cosas similares a los respaldos de las adornadas sillas que había en la droguería. Todos alzaban los abanicos de alambre, de modo que parecían —Tom, Douglas, la abuela, la bisabuela y mamá— un grupo de brujas con sus parientes, de pie sobre unos polvorientos dibujos de la vieja Armenia. Luego, a una señal de la bisabuela, un parpadeo o un movimiento de los labios, se alzaban los instrumentos, los alambres musicales golpeaban las alfombras.

¡Toma! ¡Y toma! —decía la bisabuela—. Afuera las moscas; muchachos, ¡muerte a los bichos!

—Oh, mamá —le decía la abuela a su madre.

Todos se reían. La tormenta de polvo crecía alrededor, ahogando las risas.

Lloviznas de hilos, mareas de arena, copos dorados de tabaco de pipa aleteaban, se estremecían en el aire que estallaba y restallaba. Deteniéndose, los muchachos miraban las huellas de sus zapatos y los zapatos de los mayores, marcadas un billón de veces en la urdimbre y la trama de alfombra, que se limpiaba ahora mientras la marea de los golpes barría una y otra vez la costa oriental.

—¡Aquí tu marido derramó el café!

La abuela golpeó la alfombra.

—¡Aquí se te cayó la crema!

La bisabuela alzó un torbellino de polvo.

—¡Mirad estas marcas de arrastrar los pies, chicos, chicos!

—¡Bisabuela, mira la tinta de tu pluma!

—¡Bah! Mi tinta es púrpura. Esa es azul común.

¡Pum!

—Mirad el camino que va desde La puerta de la sala a la puerta de la cocina. Comida. Por aquí iban los leones al pozo de agua. Movamos la alfombra. Que las pisadas vayan para otro lado.

—Mejor aún, que los hombres no entren en la casa.

¡Pum, pum!

Habían colgado ahora las alfombras en los alambres de la ropa para terminar el trabajo.

Tom miró los intrincados espirales y lazos, las flores, las figuras misteriosas, los entrelazados dibujos.

—Tom, no te quedes ahí. ¡Golpea, muchacho!

—Es divertido ver cosas —dijo Tom.

Douglas alzó los ojos, desconfiado.

—¿Qué ves?

—Todo el pueblo, gente, casas. ¡Mira nuestra casa! —¡Pum!— ¡La calle!
—¡Pum!— ¡Esa parte negra es la cañada! —¡Pum!— ¡Aquí está la escuela!
—¡Pum!— Esta caricatura eres tú, Doug. —¡Pum!— Aquí están la bisabuela, la abuela, mamá. —¡Pum!— ¿Cuántos años tiene esta alfombra?

—Quince.

—Quince años de pisoteos. Veo todos los zapatos —jadeó Tom.

—Calma, muchacho, no delires —dijo la bisabuela.

—¡Veo todo lo que pasó en casa estos años! —¡Pum!— Todo el pasado, sí, pero también el futuro. Basta cerrar un poco los ojos y mirar los dibujos, y veo por donde caminaremos y correremos mañana.

Douglas dejó de golpear.

—¿Qué más ves en la alfombra?

—Hilos sobre todo —dijo la bisabuela—. Poco queda además del esqueleto. Mira la trama.

—¡Es cierto! —dijo Tom misteriosamente—. Hilos para aquí, hilos para

allá. Lo veo todo.

Demonios horribles. Pecadores. Mal tiempo. Buen tiempo. Picnics. Banquetes. Festivales de frutillas.

Paseó el abanico de alambre por toda la alfombra, solemnemente.

—La alfombra de una verdadera casa de huéspedes —dijo la abuela, con el rostro encendido por el esfuerzo.

—Está todo ahí, como una pelusa. Tuerce un poco la cabeza, Doug; cierra casi un ojo. Es mejor de noche, claro, adentro, con la alfombra en el piso y la luz de la lampara ¡hay muchas sombras entonces, claras y oscuras, y miras como corren los hilos, pasas la mano por una piel velluda. Huele como el desierto. Calor y arena, como dentro del ataúd de una momia, quizá. ¡Mira esa mancha roja, es la Máquina de la Felicidad que arde!

—El tomate de un sandwich, sin duda —dijo la madre.

—No, es la Máquina de la Felicidad —dijo Tom, y le entristeció verla arder allí.

Había contado con Leo Auffmann para que pusiese las cosas en orden, para que todos sonrieran, para que alzara hasta el sol el pequeño giróscopo que sentía a veces en su pecho, para que lo hiciera subir cada vez que la tierra se hundía en el espacio desconocido y la oscuridad. Pero ahora... allí estaba la locura de Auffmann: carbones y cenizas.

¡Pum! ¡Pum! Douglas golpeó.

—Mirad ¡ahí va el coche verde! ¡Señorita Fern! ¡Señorita Roberta! —dijo Tom—. ¡Honk!

¡Honk!

¡Pum!

Todos rieron.

—Ahí van los hilos de tu vida, Doug, anudándose. Demasiadas manzanas verdes. ¡Pepinillos en la cama!

—¿Dónde, dónde? —gritó Douglas, mirando.

—Aquí, el año que viene; aquí, dentro de dos años, y aquí, ¡dentro de tres, cuatro, cinco años!

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! El abanico de alambre silbó como una serpiente en el día ennegecedor.

—¡Y aquí para ganarles a todos!

Douglas sacudió la alfombra con tanta fuerza que el polvo de cinco mil siglos brotó del golpeado tejido, deteniéndose en el aire un terrible momento. Douglas entrecerraba todavía los ojos para ver la trama, la urdimbre, los temblorosos dibujos, cuando la cascada de polvo armenio cayó rugiendo silenciosamente sobre él, alrededor, enterrándolo para siempre ante los ojos de los otros...

XVII

La anciana señora Bentley nunca supo cómo había comenzado aquella relación con los niños. Los veía a menudo, como polillas y monos, en las tiendas, entre los repollos y las colgantes bananas, y ella les sonreía, y ellos le sonreían. La señora observaba cómo dejaban sus huellas en la nieve invernal, o se llenaban los pulmones con el humo de otoño, o se adormecían en las brisas de los manzanos primaverales, pero no la asustaban. En cuanto a ella, tenía su casa en perfecto orden, con todo en su lugar, ros pisos bien barridos, los alimentos en herméticas latas, los alfileres en almohadillas, y la parafernalia del pasado en los cajones de la cómoda, en el dormitorio.

La señora Bentley era una conservadora. Conservaba billetes viejos y programas de teatros, cintas, encajes, todos los marbetes y muestras de la existencia.

—Tengo una pila de discos —decía a menudo—. Aquí está Caruso. Fue en 1916, en Nueva York; yo tenía sesenta años, y John vivía aún. Aquí está Luna de junio, 1924. Poco después, me parece, de que John muriera.

Aquella era la mayor pena de su vida. Lo que a ella más le hubiera gustado tocar y escuchar y mirar, y que no había conservado. John estaba lejos, en un campo de hierbas, sellado, fechado y escondido, y no quedaba de él más que el alto sombrero de seda y el bastón y su traje mejor en el ropero. Las polillas habían devorado tantas cosas.

Pero había guardado lo que había podido. Los vestidos de flores rosadas envolvían bolas de naftalina y platos de cristal tallado de su infancia en los

vastos y negros baúles. Había traído todo al mudarse a este pueblo, hacía cinco años. Su marido había tenido bienes de renta en muchos lugares, y, como una pieza de ajedrez de marfil amarillo, ella había ido de aquí para allá, vendiéndolos todos, y ahora estaba en este pueblo extraño, con sólo sus baúles y sus muebles, oscuros y feos, que la rodeaban como criaturas de un zoo primordial.

La historia con los chicos comenzó en medio del verano. La señora Bentley salió a regar la madre selva del porche y se encontró con dos niñas de color y un niño tendidos en la hierba, disfrutando de sus inmensos cosquilleos.

La señora Bentley les sonrió con su cara de máscara amarilla, y en ese mismo momento apareció en la esquina, como una banda de duendes, un carro de helados. Del carro brotaban melodías de hielo, con sonidos claros y quebradizos, como si un experto tocara unas copas de cristal, convocando a todos. Los niños se incorporaron y volvieron las cabezas como girasoles que miran el sol.

—¿Quieren helados? ¡Eh! —les dijo entonces la señora Bentley.

El carro de helados se detuvo, y la anciana cambió algunas monedas por recuerdos de la original Edad del Hielo. Los chicos le dieron las gracias con nieve en la boca, lanzándole ojeadas que iban de los zapatos abotinados a la blanca cabeza.

—¿Quiere un mordisco? —dijo el niño.

—No, niño. Soy bastante vieja y bastante fría. El día más caluroso no puede derretirme —rió la señora Bentley.

Los niños llevaron arriba los glaciares en miniatura y se sentaron alineados en el porche sombrío.

—Yo soy Alice, ésta es Jane, y éste es Tom Spaulding.

—Qué bien. Y yo soy la señora Bentley. Me llaman Helen.

Los chicos le clavaron los ojos.

—¿No creen que me llamen Helen? —dijo la vieja.

—No sabía que las señoras viejas tuvieran nombres —dijo Tom, parpadeando.

La señora Bentley se rió secamente.

—Tom quiere decir que uno nunca oye esos nombres —dijo Jane.

—Mi querida, cuando seas tan vieja como yo tampoco te llamarán Jane. La vejez es algo espantosamente formal. Siempre somos "señoras". A la gente no le gusta llamarte "Helen".

Les parece una descortesía.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Alice.

La señora Bentley sonrió.

—Recuerdo el pterodáctico.

—Sí, ¿pero cuántos años?

—Setenta y dos.

Los niños chuparon largamente sus helados, deliberando.

—Son años —dijo Tom.

—Pues me siento como cuando tenía vuestra edad —dijo la vieja.

—¿Nuestra edad?

—Sí. Una vez fui una niñita como tú, Jane, y tú, Alice. Los niños callaron.

—¿Qué pasa?

Jane se puso de pie.

—Nada.

—Oh, no os iréis tan pronto, espero. No habéis terminado el helado...

¿Pasa algo?

—Mi madre dice que no se debe mentir.

—Claro que no, es muy feo —acordó la señora Bentley.

—Y no hay que escuchar a los que mienten.

—¿Y quién te mintió, Jane?

Jane miró a la vieja y apartó nerviosamente los ojos.

—Usted —dijo.

—¿Yo? —La señora Bentley se rió llevándose la garra marchita al pecho encogido—. ¿Cuándo?

—Cuando habló de su edad, y dijo que fue una niñita.

La señora Bentley se endureció.

—Pero lo fui, hace muchos años. Una niñita como tú.

—Vamos, Alice, Tom.

—Un momento —dijo la señora Bentley—. ¿No me creéis?

—No sé —dijo Jane—. No.

—¡Pero que ridículo! Es perfectamente lógico. Todos fuimos jóvenes una vez.

—No usted —susurró Jane, los ojos bajos, casi para sí misma.

El palito de su helado había caído en un estanque de vainilla, en el piso del porche.

—Pero por supuesto, yo tuve ocho, nueve, diez años, como todos vosotros.

Las niñas lanzaron una risita breve, rápidamente contenida.

Los ojos de la señora Bentley relampaguearon.

—Bueno, no puedo perder la mañana discutiendo con niños. Yo también tuve diez años y fui tan tonta como vosotros.

Las dos niñas se rieron. Tom se movió intranquilo.

—Está burlándose de nosotras —dijo Jane con una risita—. Nunca tuvo realmente diez años,

¿no es cierto, señora Bentley?

—¡Fuera de aquí! —gritó la mujer de pronto, pues no soportaba ya las miradas de los niños—. No tolero esas risas.

—Y no se llama Helen realmente.

¡Claro que me llamo Helen!

—Adiós —dijeron las dos niñas, alejándose por el jardín, bajo océanos de sombra. Tom las siguió lentamente—. ¡Gracias por los helados!

—¡Una vez jugué a la rayuela! —gritó la señora Bentley, pero los niños se habían ido.

La señora Bentley pasó el resto del día golpeando teteras, preparando ruidosamente un magro almuerzo y yendo de vez en cuando a la puerta de calle esperando pescar a aquellos demonios insolentes en algunas de sus risueñas excursiones. Pero, y si aparecieran, ¿qué les diría? ¿Y por qué preocuparse?

—¡Qué idea! —le dijo la señora Bentley a su mellada y floreada taza de té—. Nadie dudó jamás de que no haya sido una niña. Qué cosa horrible y tonta. No me importa ser vieja, pero no me gusta que me quiten mi infancia.

Los niños corrían bajo los árboles cavernosos, llevando la juventud de la señora Bentley, invisible como el aire, en los dedos helados.

Luego de la cena, sin ningún motivo, la anciana se miró las manos, con la insensata certeza de que se movían como un par de guantes fantasmales en una sesión de espiritismo, y guardaban algunas cosas en un pañuelo perfumado. Luego salió a la puerta y se quedó allí, tiesamente, media hora.

De pronto los chicos pasaron volando, como aves nocturnas, y la voz de la señora Bentley hizo que se detuvieran, con suaves aleteos.

—¿Sí, señora Bentley?

—¡Suban al porche! —ordenó la anciana, y las chicas subieron los escalones seguidas por Tom.

—¿Sí, señora Bentley?

Hacían resonar aquel "señora" como los acordes bajos de un piano, pesadamente, como si fuese su nombre.

—Quiero mostrarles algunos tesoros.

La señora Bentley abrió el pañuelo perfumado y buscó adentro como si ella misma fuera a sorprenderse. Sacó un peine, muy pequeño y delicado, con el borde adornado de piedras de colores.

—Usé este peine cuando tenía nueve años —dijo la mujer.

Jane lo miró por un lado y por otro, y dijo:

—Qué bonito.

—¡Veamos otras cosas! —dijo Alice.

—Y éste es un anillito que usé cuando tenía ocho años —dijo la señora Bentley—. Ya no me sirve. Si miras por aquí verás la torre de Pisa lista para caer.

—¡Miremos cómo se tuerce!

Y las chicas se lo pasaron una a otra hasta que Jane se lo puso en un dedo.

—Pero cómo, ¡es de mi tamaño! —exclamó.

—¡Y el peine parece para mi cabeza! —jadeó Alice.

La señora Bentley sacó unas piedrecitas.

—Mirad —dijo—, una vez jugé con ellas.

Las tiró. Las piedrecitas formaron una constelación en el piso del porche.

—¡Y algo más!

La anciana sacó su carta de triunfo: una fotografía postal de ella misma cuando tenía siete años, con un vestido como una mariposa dorada, y rizos amarillos, y ojos de cristal azul, y labios enfurruñados y angélicos.

—¿Quién es esta niñita? —preguntó Alice.

—¡Soy yo!

Las dos niñitas miraron atentamente la postal.

—Pero no se parece a usted —dijo Jane simplemente—. Cualquiera puede conseguir una fotografía como ésta en cualquier parte.

Las niñas miraron un rato a la anciana.

—¿Otras fotografías, señora Bentley? —preguntó Alice—. ¿De usted, más tarde? ¿Una de los quince, y una de los veinte, y otra de los cuarenta y los cincuenta?

Las niñas se rieron.

—¡No tengo que mostraros nada! —dijo la señora Bentley.

—Entonces no tenemos por qué creerle —replicó Jane.

—¡Pero este retrato prueba que digo la verdad!

—Es una niñita como nosotras. Alguien se la prestó.

—¡Estuve casada!

—¿Dónde está el señor Bentley?

—Se fue hace mucho tiempo. Si estuviera aquí os diría qué joven y hermosa era yo cuando tenía veintidós.

—Pero no está aquí, y no puede decirlo.

—Tengo un certificado de matrimonio.

—Pudieron habérselo prestado también. Sólo creeríamos que fue joven alguna vez —y Jane cerró los ojos como para subrayar qué segura estaba de sí misma— si alguien nos dijera que la conoció a usted cuando tenía diez años.

—Miles de personas me vieron, pero están muertas, niña tonta, o enfermas, y en otros pueblos. No conozco un alma aquí. Llegué hace cinco años, y nadie me vio de joven.

—Bueno, ahí tiene usted —Jane guiñó un ojo a sus amigos—. Nadie la vio.

—¡Escucha! —La señora Bentley tomó a la niña por la muñeca— Tienes

que creer en estas cosas. Algún día serás vieja como yo. La gente te dirá lo mismo. "Oh, no", dirán, "estos buitres no fueron nunca ruiseñores, estos búhos no fueron oropéndolas, estos loros no fueron canarios." ¡Un día serás como yo!

—¡No! ¡No! —dijeron las niñas—. ¿Sí? —se preguntaron.

—¡Esperad y veréis! —dijo la señora Bentley.

Y en su interior pensó: Oh, Dios, los niños son niños, y las viejas son viejas, y nada los une.

No pueden imaginar un cambio que no ven.

—Tu madre —le dijo a Jane—. ¿No notaste, con los años, un cambio?

—No —dijo Jane—. Es siempre la misma.

Y era cierto. Uno vive con alguien, lo ve todos los días, y parece que nunca cambiara. Sólo cuando la gente ha hecho un largo viaje y han pasado años, uno se sorprende. Y la vieja se sintió como una mujer que había viajado durante setenta y dos años en un tren negro y rugiente, y que al fin había descendido en una plataforma y todos la habían recibido llorando: "Hola, Helen Bentley, ¿eres tú?"

—Será mejor que volvamos a casa —dijo Jane—. Gracias por el anillo. Me queda muy bien.

—Gracias por el peine, es muy lindo.

—Gracias por el retrato de la niñita.

—¡Volved! ¡No podéis llevaros mis cosas! —gritó la señora Bentley mientras las niñas bajaban los escalones— ¡Son mías!

—¡Volved! —dijo Tom, siguiendo a las niñas.

—Pero si no son de ella. Son de alguna otra chica. ¡Gracias! —gritó Alice.

La anciana siguió llamando, pero las niñas desaparecieron como polillas en la oscuridad.

—Lo siento —dijo Tom, en el jardín, alzando los ojos hacia la señora Bentley, y se fue.

Se llevaron mi anillo y mi peine y mi retrato, pensó la señora Bentley, temblando de pies a cabeza en los escalones. Oh, estoy vacía, vacía.

Se quedó despierta muchas horas, entre sus baúles y chucherías. Miró las

ordenadas pilas de materiales y juguetes y plumas de ópera, y dijo en voz alta:

—¿Son realmente míos? ¿O era aquello la elaborada intriga de una vieja que creía tener un pasado? Al fin y al cabo, no era posible volver atrás. Uno vivía siempre en el presente. Podía haber sido una niña en otro tiempo, pero ya no lo era. Su infancia había desaparecido.

Un viento nocturno entró en el cuarto. La cortina blanca aleteó contra un bastón oscuro, siempre apoyado en la pared, junto a los otros recuerdos. El bastón tembló y cayó suavemente al piso, iluminado por la luna. Era el bastón de gala de su marido. La férula de oro centelleaba. Parecía como si apuntara hacia ella, como su marido había hecho a veces, cuando no estaban de acuerdo y él le hablaba con una voz suave, triste y razonable.

—Esos niños tienen razón —diría él—. No te robaron nada, querida mía. Esas cosas no pertenecen al ser que eres aquí y ahora. Son de otro tú, de hace tiempo.

Oh, pensó la señora Bentley. Y entonces, como si alguien hubiera puesto en el fonógrafo un viejo disco que siseaba bajo la aguja de acero, recordó la conversación que había tenido una vez que el señor Bentley, tan pulcro, un señor de clavel encarnado en la brillante solapa.

—Querida mía —había dicho el señor Bentley—, nunca entenderás el tiempo, ¿no es verdad?

Siempre intentando ser lo que fuiste, en vez de ser lo que eres. ¿Para qué guardas esos billetes y esos programas de teatro? Te harán daño más tarde. Tíralos, querida.

Pero la señora Bentley los había conservado tercamente.

—No dará resultado —continuó el señor Bentley, sorbiendo su té—. Aunque trates por todos los medios de ser lo que eras, sólo podrás ser lo que eres aquí y ahora. El tiempo hipnotiza.

Cuando tienes nueve años, piensas que siempre tendrás nueve años. Cuando tienes treinta, imaginas que te quedarás ahí, a orillas de la edad madura. Y cuando llegas a los setenta, que tendrás eternamente setenta. Estás en el presente, atrapada en un ahora joven o viejo, pero no hay otro ahora.

Había sido una de las escasas y suaves disputas de su tranquilo

matrimonio. El nunca había aprobado aquella manía.

—Sé lo que eres, entierra lo que no eres —le había dicho—. Guardar billetes es un truco.

Conservar cosas es un truco mágico con espejos.

¿Y si él hubiese estado vivo esta noche, qué diría?

—Estás guardando capullos de gusanos —eso diría—. Corsés, en cierto modo, que ya nunca podrán servirte. ¿Por qué? No puedes probar realmente que fuiste joven. ¿Retratos? No, mienten. No eres el retrato.

¿Documentos?

—No, mi querida. No eres las fechas, ni la tinta, ni el papel. No eres esos baúles llenos de restos inútiles y polvo. Eres sólo tú, aquí, ahora... el tú presente.

La señora Bentley asintió, respirando mejor.

—Sí, ya veo, ya veo.

El bastón de férula de oro yacía a la luz de la luna.

—A la mañana —le dijo la anciana al bastón— terminaré de algún modo con esto, y empezaré a ser sólo yo, y nadie más durante un año. Sí, eso haré.

La anciana se durmió...

La mañana era brillante y verde, y allí a la puerta, golpeando suavemente la tela de alambre, estaban las dos niñas.

—¿No tiene otra cosa para darnos, señora Bentley? ¿Alguna cosa de la niñita?

La señora Bentley las llevó a la biblioteca.

—Toma —le dio a Jane el vestido de hija del mandarín de sus quince años—. Y esto. —un caleidoscopio, una lupa—. Llevaos lo que queráis —dijo la señora Bentley—. Libros, patines, muñecas, todo es vuestro.

—¿Nuestro?

—Sólo vuestro. ¿Me ayudaréis en un trabajito? Haré una gran hoguera en el patio de atrás.

Estoy vaciando baúles, juntando basura para el basurero. Estas cosas no me pertenecen.

Nada pertenece a nadie.

—La ayudaremos —dijeron las niñas.

La señora Bentley enseñó el camino hacia el patio de atrás con los brazos cargados, una caja de fósforos en la mano derecha.

En el resto del verano se pudo ver a las dos niñas y a Tom, como pajarracos en un alambre, esperando en el porche de la señora Bentley. Y cuando se oían los sonos argentinos del hombre de los helados, se abría la puerta, y la señora Bentley salía flotando, con la mano hundida profundamente en su monedero de boca de plata, y durante media hora uno podía verlos en el porche poniendo hielo en el calor, comiendo helados de chocolate, riéndose. Eran al fin buenos amigos.

—¿Cuántos años tiene usted, señora Bentley?

—Setenta y dos.

—¿Cuántos años tenía hace cincuenta años?

—Setenta y dos.

—¿Nunca fue joven, no es cierto, y nunca usó cintas y vestidos como éstos?

—No.

—¿No tiene nombre?

—Mi nombre es señora Bentley.

—¿Y siempre vivió en esta casa?

—Siempre.

—¿Y nunca fue bonita?

—Nunca.

—¿Nunca en un millón de trillones de años?

Las dos niñas se inclinaban hacia la vieja, y esperaban en el apretado silencio de las cuatro de la tarde.

—Nunca —decía la señora Bentley— en un millón de trillones de años.

XVIII

—¿Has preparado la libreta, Doug?

—Sí.

Doug mojó con la lengua la punta del lápiz.

—¿Qué anotaste?

—Todas las ceremonias.

—El cuatro de julio y todo eso, el vino de amargón, y el día de llevar afuera la hamaca del porche, ¿eh?

—Aquí dice: Comí el primer postre helado del verano el primero de junio de mil novecientos veintiocho.

—Entonces no era aún verano. Era primavera.

—Pero era un "primero" de todos modos, así que lo escribí. Compré los nuevos zapatos de tenis el veintiocho de julio. Caminé descalzo por el pasto el veintiséis. Qué trabajo de todos los demonios. Bueno, ¿qué informe traes ahora, Tom? ¿El comienzo de algo, una nueva ceremonia como cazar cangrejos en el arroyo o arañas de agua?

—Nadie cazó nunca una araña de agua. ¿Conociste a alguien que cazara una araña de agua? ¡Vamos, piensa!

—Estoy pensando.

—Tienes razón. Nadie lo hizo. Nadie probó, supongo. Son demasiado rápidas.

—No es que sean demasiado rápidas. Simplemente no existen —dijo Tom. Pensó un poco y sacudió la cabeza—. Así es. Nunca existieron. Bueno,

lo que tengo que informar es esto.

Se inclinó y murmuró en el oído de Douglas.

Douglas escribió.

Ambos miraron la libreta.

—¡Maldición! —dijo Douglas—. Nunca pensé en eso. ¡Es muy cierto!
¡Los viejos nunca fueron niños!

—Es triste —dijo Tom, muy tieso—. Pero no podemos hacer nada.

XIX

—Parece como si el pueblo estuviese lleno de máquinas —dijo Douglas, corriendo—. El señor Auffmann y la Máquina de la Felicidad. La señorita Fern y la señorita Roberta y la Máquina Verde. ¿Qué quieres mostrarme, Charlie?

—¡Una Máquina del Tiempo! —jadeó Charlie Woodman, a su lado—. ¡Palabra de honor!

—¿Viaja por el pasado y el futuro? —preguntó John Huff, corriendo alrededor.

—Sólo por el pasado, pero es bastante. Aquí estamos.

Charlie Woodman se acercó al seto.

Douglas miró la vieja casa.

—Eh, es la casa del coronel Freeleigh. Aquí no puede haber Máquinas del Tiempo. No es un inventor. ¿Cómo nadie se ha enterado de algo tan importante?

Charlie y John subieron de puntillas los escalones del porche. Douglas gruñó, sacudió la cabeza y se quedó abajo.

—Muy bien, Douglas —dijo Charlie—. Eres un cabeza dura. Sí, el coronel no inventó esta Máquina del Tiempo. Pero es su propietario y siempre ha estado aquí. ¡No sé cómo no nos dimos cuenta! Adiós, Douglas Spaulding.

Charlie tomó a John por el codo, como si estuviese escoltando a una señora, abrió la puerta del porche y entró. La puerta de alambre se cerró

silenciosamente.

Douglas había detenido la puerta y siguió a sus amigos.

Charlie cruzó la galería interior, golpeó y abrió una puerta. En el extremo de un largo y oscuro pasillo había un cuarto de luz submarina, verdosa, pálida y húmeda.

—¿Coronel Freeleigh?

Silencio.

—No oye muy bien —susurro Charlie—. Pero me dijo que entrara y gritara. ¡Coronel!

No hubo otra respuesta que el polvo que descendía y flotaba alrededor de la escalera de caracol. En el extremo del pasillo, en la cámara submarina, hubo un leve movimiento.

Los niños se adelantaron lentamente y miraron el interior del cuarto. Había sólo dos muebles: un viejo y una silla. Los dos eran tan delgados que se podía ver cómo los habían juntado con pernos y bisagras. El resto del cuarto era un piso de tablas sin pintar, cielo raso y paredes desnudas, y vastas cantidades de aire silencioso.

—Parece muerto —murmuró Douglas.

—No, está pensando a qué lugares nuevos podría viajar —dijo Charlie muy orgulloso y tranquilo—. ¿Coronel?

Uno de los muebles se movió. Era el coronel, que parpadeó, miró y sonrió, con una sonrisa asombrada y sin dientes.

—¡Charlie!

—Coronel, Doug y John vinieron a... — ¡Bienvenidos, muchachos, sentaos!

Los niños se sentaron nerviosamente en el suelo.

—Pero dónde está la... —dijo Douglas. Charlie le dio un codazo en las costillas.

—¿Dónde está qué? —preguntó el coronel.

—Dónde está el motivo para que hablemos nosotros, quiso decir. — Charlie le hizo una mueca a Douglas y luego sonrió al viejo—. No tenemos nada que decir. Coronel, diga usted algo.

—Cuidado, Charlie, los viejos sólo esperan que alguien pregunte. Luego

chillan como un ascensor enmohecido.

—Ching Ling Soo —sugirió Charlie casualmente.

—¿Eh? —dijo el coronel.

—Boston —añadió Charlie—. Mil novecientos diez.

—Boston, mil novecientos diez... —El coronel frunció el ceño—. Claro, Ching Ling Soo, ¡por supuesto!

—Sí, señor coronel.

—Esperad... —La voz del coronel fue un susurro sobre las aguas serenas de un lago— Esperad...

Los niños esperaron.

El coronel Freeleigh cerró los ojos.

—Primero de octubre de mil novecientos diez, una hermosa y fresca noche de otoño, en el teatro Variety, sí, aquí está. La sala completa, todos esperando. Orquesta, fanfarrias, ¡telón!

¡Ching Ling Soo, el gran mago oriental! Aquí está, ¡en escena! Y aquí estoy yo, en la primera fila, en el centro. "¡La prueba de la bala!", grita el mago. "¡Voluntarios!" El hombre sentado a mi lado se levanta y sube. "¡Examine el rifle!", dice Ching. "¡Haga una marca en la bala!" Y luego: "¡Ahora dispare la bala con mi cara como blanco, y en el otro extremo del escenario yo pararé la bala con los dientes!"

El coronel Freeleigh hizo una pausa, tomando aliento.

Douglas lo miraba fijamente, con asombro y miedo. John Huff y Charlie estaban absortos. El viejo continuó con la cabeza y el cuerpo helados, sólo moviendo los labios.

—"Listo, apunte, ¡fuego!", gritó Ching Ling Soo. ¡Bum! El rifle disparó. ¡Bum! Ching Ling Soo lanzó un chillido, se tambaleó y cayó, con la cara roja. Un pandemonio. Los espectadores de pie. Algo había andado mal en el rifle... — "Muerto", dijo alguien. Y así era.

Muerto. Horrible, horrible... Siempre recordaré... la cara como una máscara roja, el telón que baja rápidamente y las mujeres que chillan... 1910... Boston... teatro Variety... pobre hombre... pobre hombre...

El coronel Freeleigh abrió lentamente los ojos.

—Oh, coronel —dijo Charlie—, fue magnífico. ¿Y qué me dice de

Pawnee Bill?

—¿Pawnee Bill?

—En las praderas, el año setenta y cinco.

—Pawnee Bill... —El coronel se movió en la oscuridad— Mil ochocientos setenta y cinco... sí, yo y Pawnee Bill en una loma, en medio de la pradera, esperando...

—Chist! —dijo Pawnee Bill—. "Escuche."

La pradera era como un gran escenario preparado para que estallara la tormenta. El trueno.

Suave. El trueno otra vez. No tan suave. Y en el otro extremo de la pradera, hasta donde alcanzaba la vista, la nube amarilla, enorme y nefasta, cruzada por relámpagos negros, de cincuenta kilómetros de ancho, cincuenta kilómetros de largo y un kilómetro de alto, y a no más de un par de centímetros del suelo. "¡Señor! ¡Señor!", grité desde mi loma. La tierra golpeaba como un corazón enloquecido, muchachos, un corazón dominado por el pánico. Me temblaban los huesos como si fueran a quebrármese. Temblaba la tierra. Ra-ta-tá, ra-ta-tá.

Retumbaba. Palabra rara ésta: retumbaba. Oh, cómo retumbaba aquella poderosa tormenta a lo largo, hacia abajo, hacia arriba, sobre las lomas, y no se veía más que la nube, y nada adentro. "¡Son ellos!", gritó Pawnee Bill. ¡Y la nube era polvo! No vapores o lluvia, no, sino polvo de la pradera que subía desde los pastos secos como una fina harina, como pólen mezclado con el sol ahora, pues había salido el sol. ¡Grité de nuevo! ¿Por qué? Porque en aquel polvo que filtraba los fuegos del infierno se había alzado un velo, y yo los vi, ¡lo juro!

El gran ejército de la antigua pradera: ¡el bisonte, el búfalo!

El coronel dejó que se posara el silencio, y luego siguió:

—Cabezas como puños de negros gigantescos, ¡cuerpos como locomotoras! ¡Veinte, cincuenta, doscientos mil proyectiles de hierro lanzados desde el oeste, como sacudidas cenizas, los ojos de carbón llameante, retumbando hacia el olvido!

"Vi que el polvo se apartaba y me mostraba un rato aquel már de jorobas, de revueltas melenas, negras olas velludas que se alzaban y caían...

"¡Dispare!", dijo Pawnee Bill.

"¡Dispare!" Y yo alcé el rifle y apunté. "¡Dispare!" Y yo me quedé allí sintiéndome como la mano derecha de Dios, contemplando aquella visión de fuerza y violencia que pasaba, pasaba, como una medianoche por un mediodía, como un brillante tren funerario, largo, triste, interminable. Y uno no dispara a los funerales, ¿no es cierto, muchachos? Yo sólo esperaba entonces que el polvo volviera a bajar y cubriera las formas negras de la condenación, que se golpeaban y empujaban en un pesado movimiento. Y, muchachos, el polvo bajó. La nube ocultó el millón de pies que tocaban el tambor del trueno y alzaban el polvo de la tormenta. Oí que Pawnee Bill maldecía y me golpeaba el brazo. Pero yo estaba contento de no haber tocado aquella nube de poder con una píldora de plomo. Sólo quería quedarme allí, esperando a que acabara la tormenta que los bisontes llevaban a la eternidad.

"Una hora, tres horas, seis, pasaron antes que la tormenta se perdiera en un horizonte de hombres menos bondadosos que yo. Pawnee Bill se había ido, y yo estaba solo, y sordo.

Crucé entumecido un pueblo que estaba a ciento cincuenta kilómetros, en el sur, y no oí las voces de los hombres, y me alegró no oírlas. Por un tiempo quería recordar el trueno. Lo oigo aún, en las tardes de estío, cuando la lluvia cae sobre el lago, un ruido terrible, insistente... Me gustaría que lo hubiéseris oído.

La luz pálida se filtró a través de la nariz del coronel Freeleigh, que era grande y parecía una taza de porcelana blanca con un té suave y tibio.

—¿Se durmió? —preguntó Douglas al fin.

—No —dijo Charlie—. Está cargando las baterías.

El coronel Freeleigh respiró rápidamente, suavemente, como si hubiera corrido mucho tiempo, y abrió los ojos.

—¡Si señor! —dijo Charlie, admirado.

—Hola, Charlie.

El coronel sonrió a los niños, perplejo.

—Éste es Doug y éste es John —dijo Charlie.

—¿Cómo estáis, muchachos?

Los niños dijeron hola.

—Pero... —dijo Douglas—, ¿dónde está la...

—Caramba, eres tonto. —Charlie golpeó a Douglas en el brazo. Se volvió hacia el coronel—. ¿Decía, señor?

—¿Decía algo? —murmuró el coronel.

—La guerra civil —sugirió John Huff—. ¿Recuerda eso?

—¿Si recuerdo? —dijo el coronel—. Oh, sí, si. —Cerró otra vez los ojos y habló con una voz temblorosa—. ¡Todo! Excepto... de qué lado luché...

—El color de su uniforme... —empezó a decir Charlie.

—Los colores se me han borrado —murmuró el coronel—. Hay como una niebla. Veo soldados conmigo pero ya no el color de las chaquetas y gorras. Nací en Illinois, me crié en Virginia, construí una casa en Tennessee, y ahora, muy tarde, aquí estoy, en Green Town. Por eso se me confunden los colores.

—¿Recuerda de qué lado de las lomas peleaba? —Charlie habló sin alzar la voz—. ¿El sol se alzaba a su izquierda o a su derecha? ¿Iba usted hacia Canadá o hacia México?

—Parece como si algunas mañanas el sol subiera por mi derecha y otras por mi izquierda. Y

marchábamos en todas direcciones. Han pasado casi setenta años. Después de tanto tiempo uno olvida soles y mañanas.

—Pero recuerda haber ganado, en alguna parte.

—No —dijo el viejo, roncamente—. No recuerdo que nadie ganara en alguna parte alguna vez. La guerra no es algo que se gana, Charlie. Uno pierde siempre, y el que pierde último pide condiciones. Todo lo que recuerdo es un montón de derrotas y penas, y nada bueno sino el fin. El fin, Charlie, es una verdadera victoria que no tiene relación con fusiles. Pero no creo que vosotros queráis que os hable de esas victorias.

—Antietam —dijo John—. Pregunta sobre Antietam.

—Estuve allí.

Los ojos de los niños centellearon.

—Bull Run, pregúntale por Bull Run.

Una voz suave:

—¿Y Shiloh?

—No ha habido año en mi vida que no pensase, qué hermoso nombre y qué lástima que se lo recuerde sólo como el nombre de una batalla.

—Shiloh. ¿Y Fort Sumter?

La voz de un soñador:

—Vi las primeras humaredas de pólvora. Tantas cosas vuelven, oh, tantas. Recuerdo canciones. Todo está tranquilo en la noche del Potomac, donde los soldados duermen pacíficamente, y la luna de otoño y los fuegos iluminan las tiendas. Recuerdo. Recuerdo.

Todo está tranquilo en la noche del Potomac; ningún sonido, sólo el rumor del agua, y el rocío humedece dulcemente las caras de los muertos... Luego de la rendición, el señor Lincoln, desde los balcones de la Casa Blanca, le pidió a la banda que tocase: Aparta los ojos, aparta los ojos, Dixieland... Y una vez una señora de Boston escribió una canción que duraría mil años: Mis ojos vieron la gloria de la llegada del Señor; está pisoteando en el campo los racimos del rencor. Noches atrás sentí que se me movían los labios y cantaban en otro tiempo: ¡Si, caballeros de Dixie! Que guardáis las costas del Sur... Cuando vuelvan los muchachos victoriosos, coronados de laureles.. Tantas canciones, que cantaban ambos bandos, que iban hacia el norte, que iban hacia el sur, en las noches ventosas. Allá vamos, padre Abraham, trescientos mil hombres... Tendamos las carpas, tendamos las carpas, en el viejo campamento... Hurra, hurra, traemos la alegría, hurra, hurra, el pendón de la libertad...

La voz del viejo se apagó.

Los niños permanecieron inmóviles un rato. Luego Charlie se volvió, miró a Douglas y dijo:

—Bueno, ¿es o no?

Douglas tomó aliento dos veces y dijo:

—Claro que es.

El coronel abrió los ojos.

—¿Soy qué?

—Una Máquina del Tiempo —murmuró Douglas—. Una Máquina del Tiempo.

El coronel miró a los niños fijamente cinco segundos. Habló con una voz

angustiada.

—¿Así me llamáis, muchachos?

—Sí, señor, coronel.

El coronel se reclinó lentamente en la silla y miró a los niños y se miró las manos y luego clavó los ojos en la pared.

Charlie se incorporó.

—Bueno, es hora de irse. Hasta luego, y gracias. Douglas y John y Charlie se alejaron en puntillas. Pasaron ante el coronel, que no los vio.

En la calle, los chicos se sobresaltaron. Una voz les gritó desde una ventana del primer piso: Alzaron los ojos.

—¿Sí, señor, coronel?

El coronel se asomó, agitando una mano.

—He pensado en lo que dijísteis, muchachos.

—Sí, señor.

—Y... ¡tenéis razón! ¡Cómo no lo pensé antes! ¡Una Máquina del Tiempo, por Dios, una Máquina del Tiempo!

—Sí, señor.

—Hasta luego, muchachos. ¡Venid pronto a bordo!

Al fin de la calle los niños se volvieron otra vez y el coronel estaba todavía saludando. Lo saludaron, sintiéndose contentos, y siguieron.

—Chu—chu—chu —dijo John—. Puedo viajar doce años hacia el pasado. ¡Bau—chau—pim!

—Sí —dijo Charlie volviendo la cabeza hacia la casa silenciosa—, pero no puedes viajar cien años.

—No —musitó John—. No puedo viajar cien años. Eso es viajar, realmente. Eso es realmente una máquina.

Caminaron un minuto en silencio, mirándose los pies.

Llegaron a una cerca.

—El último que pase la cerca —dijo Douglas— es una mier..

Todo el camino de vuelta llamaron Dora a Douglas.

XX

Tom despertó mucho después de medianoche y descubrió a Doug que escribía rápidamente a la luz de una linterna.

—¿Doug, qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Todo pasa! Estoy anotando la suerte que tengo, Tom. Oye, la Máquina de la Felicidad no funcionó, ¿no es cierto? ¡Pero qué importa! Tengo arreglado todo el año.

Necesidad de ir a alguna parte en las calles principales: tomo el tranvía y puedo mirar alrededor y espiar el mundo. Necesidad de ir a alguna parte fuera de las calles principales; golpeo la puerta de la señorita Fern y la señorita Roberta y ellas cargan las baterías de su coche eléctrico y salimos navegando. Necesidad de correr por los callejones y pasar sobre las cercas, y ver esa parte del pueblo que sólo se puede ver dando un rodeo y encaramándose: me pongo los zapatos de tenis nuevos. ¡Zapatos, corridas, tranvías! ¡Todo arreglado! Pero hay algo mejor, Tom, todavía mejor. Escucha. Si quiero ir a alguna parte donde ningún otro puede ir, pues no son bastante listos para pensarlo, si quiero ir a 1890 y luego a 1875 y cruzar otra vez hasta 1860, ¡me subo al expreso del viejo coronel Freeleigh!

Estoy escribiéndolo de este modo: Quizá los viejos nunca fueron niños, como decimos de la señora Bentley; pero, grandes o pequeños, algunos estuvieron cerca de Appomattox en el verano de 1865. Allí aprendieron a tener vista de indio, y pueden ver hacia atrás mucho más que tú o yo hacia adelante.

—Parece magnífico, Doug, ¿qué significa?

Douglas siguió escribiendo.

—Significa que ni tú ni yo podemos viajar tan lejos como ellos. Con suerte uno llega a los cuarenta, cuarenta y cinco, cincuenta. Eso es para ellos una vuelta a la manzana. Sólo cuando se llega a los noventa, los noventa y cinco, los cien, uno viaja lejos como el diablo.

La linterna se apagó.

Se quedaron acostados a la luz de la luna.

—Tom —murmuró Douglas—. Tengo que viajar de todos estos modos. Ver lo que puedo ver.

Pero sobre todo debo visitar al coronel Freeleigh una vez, dos veces, tres veces por semana.

Es mejor que todas las otras máquinas. El habla, tú escuchas. Y cuanto más habla, más miras alrededor, y ves cosas. Te dice que viajas en un tren muy especial, y, Dios, es cierto.

Ha andado, por ese camino, y lo sabe. Y luego aquí vamos nosotros, por el mismo camino, pero más adelante, mirando, olfateando y manejando cosas, y necesitamos al coronel Freeleigh para poder recordar cada segundo. Así cuando los chicos vayan a verte, cuando seas realmente viejo, podrás hacer por ellos lo que el coronel hizo una vez por ti. Así es, Tom. Tengo que dedicar mucho tiempo a visitarlo y escucharlo y viajar lejos con él.

Tom calló un momento. Luego miró a Douglas en la oscuridad.

—Viajar lejos. ¿Inventaste eso?

—Quizás sí, quizás no.

—Viajar lejos —murmuró Tom.

—De una cosa estoy seguro —dijo Douglas, cerrando los ojos—. Es algo realmente solitario.

XXI

—¡BUM!

Se golpeó una puerta. En un altillo el polvo saltó de escritorios y estanterías. Dos viejas se apretaron contra la puerta del altillo, para que no se abriera. Mil palomas parecían haberse elevado desde el techo. Las viejas se doblaron, como abrumadas por el peso de las alas.

Luego se detuvieron, con cara de sorpresa. Sólo se oía el sonido puro del pánico, los corazones que golpeaban en los pechos... Sobre ese rugido, trataron de hablarse.

—¡Qué hemos hecho! ¡Pobre señor Quatermain!

—Debemos de haberlo matado. Y alguien nos ha visto sin duda, y nos ha seguido. Mira...

La señorita Fern y la señorita Roberta miraron entre las telarañas de la ventana del altillo.

Abajo, como si no hubiera ocurrido una gran tragedia, los robles y olmos seguían creciendo a la tibia luz del sol. Un chico se paseaba por la acera, mirando hacia arriba.

En el altillo las dos viejas se espieron como si quisieran verse las caras bajo las aguas de una corriente.

—¡La policía!

Pero nadie golpeó la puerta de calle, gritando: "¡Abran en nombre de la ley!"

—¿Quién es ese chico de ahí abajo?

—¡Douglas, Douglas Spaulding! Señor, ha venido para dar un paseo en la Máquina Verde.

No sabe. El orgullo nos ha arruinado. ¡El orgullo y ese aparato eléctrico!

—Aquel terrible vendedor de Gumport Falls. El es el culpable, él y su charla.

Charla, charla, como una llovizna en uña terraza, en el verano.

De pronto fue otro tiempos otro mediodía. Las viejas estaban en el porche, a la sombra de los árboles, con abanicos blancos y platos de fresca y temblorosa jalea de limón.

Lejos del resplandor enceguecedor, lejos del sol amarillo, brillante, espléndida como la carroza de un príncipe...

¡La Máquina Verde!

Se deslizaba. Susurraba. Una brisa marina. Delicada como hojas de roble, más fresca que el agua del arroyo, ronroneaba con la majestad de unos gatos al mediodía. En la máquina, con un sombrero panamá que flotaba sobre vaselina, ¡el vendedor de Gumport Falls! La máquina, con pasos de goma, suave, sutil, subió a la escaldada acera blanca, se acercó chillando a los escalones del porche, giró y se detuvo. El vendedor saltó, ocultó el sol con su panamá, y su sonrisa brilló en esa pequeña sombra.

—¡El nombre es William Tara! Y ésta... —Apretó una perilla de goma. Una foca ladró—. Y ésta... ¡es la bocina! —El hombre levantó unos almohadones negros de satén—. ¡Baterías! —En el aire caliente flotó un olor de rayo—. ¡Palanca de dirección! ¡Apoyapiés! ¡Quitasol! Aquí, in toto, ¡la Máquina Verde!

En el altillo oscuro las mujeres recordaron, temblorosas, con los ojos cerrados.

—¡Por qué no lo habremos atravesado con las agujas de zurcir!

—¡Chist! Escucha.

Alguien golpeaba la puerta de calle. Luego, los golpes cesaron. Vieron a una mujer que cruzaba el patio y entraba en la casa próxima.

—Era Lavinia Nebbs, con una taza vacía. Habrá venido a pedir azúcar.

—¡Oh, tengo miedo!

Cerraron los ojos. El teatro de la memoria empezó otra vez. Un viejo

sombrero de paja floreció sobre un baúl de hierro, por obra y gracia, parecía, del hombre de Gumport Falls.

—Gracias, aceptaré un poco de té helado. —Uno podía oír en el silencio cómo el líquido fresco golpeaba el estómago. El hombre volvió la vista hacia las señoras, como un doctor que les mirase con una lucecita los ojos, las bocas y narices—. Señoras, sé que las dos son vigorosas. Es evidente. Ochenta años —y el hombre castañeteó los dedos— no son nada para ustedes. Pero hay veces, sin embargo, en que ustedes están ocupadas, tan ocupadas, que necesitan realmente un amigo, un amigo de verdad, y eso es la Máquina Verde de dos asientos.

El hombre clavó los ojos de vidrio verde, brillantes, de zorro embalsamado, en la maravillosa mercadería. Allí se alzaba, con olor a nuevo, en la cálida luz del sol, esperándolas, como una cómoda silla de ruedas.

—Suave como la pluma de un cisne. —El hombre respiraba en la cara de las viejas—. Escuchen. —Ellas escucharon—. ¡Las baterías están cargadas y listas! ¡Escuchen! Ni un temblor, ni un sonido. Eléctricas, señoras. ¡Se cargan de noche en el garaje!

—No podría... es decir... —La hermana más joven tragó un poco de té helado—. ¿No podría electrocutarnos accidentalmente?

—¡Aleje esa idea!

El hombre se volvió hacia la máquina, con esos dientes de los escaparates de artículos dentales, solos, que le sonríen a uno, cuando uno pasa tarde, de noche.

—¡Tés! —El hombre valseó alrededor de la máquina—. Clubes de bridge. Soirées. Reuniones de gala. Lunches. ¡Fiestas de cumpleaños! —Se alejó ronroneando como si nunca fuera a regresar. Volvió con un siseo estirado—. Cenas del club de madres —El hombre caminó graciosamente encorsetado, en la flexible imitación de una mujer—. Dirección fácil. Partidas y llegadas elegantes y silenciosas. No se necesita licencia. En los días de calor... una brisa.

¡Ah!...

El hombre se deslizó al pie del porche, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados con deleite, el pelo al viento, aunque limpiamente pegoteado.

Subió reverentemente los escalones, el sombrero en la mano, y se volvió a mirar el modelo como si fuese al altar de la capilla familiar.

—Señoras —dijo suavemente—, veinticinco dólares ahora. Diez dólares por mes durante dos años.

Fern bajó los escalones y se sentó aprensivamente en el doble asiento. La picaba la mano.

La alzó. Se atrevió a pellizcar el bulbo de goma de la corneta.

Ladró una foca. Roberta, en el porche, chilló alegremente, inclinándose sobre la barandilla.

El vendedor se unió a la hilaridad de las señoras. Escoltó a la hermana mayor hasta el coche, riéndose a carcajadas, sacando la pluma y buscando en su sombrero de paja un trozo cualquiera de papel.

—¡Y así la compramos! —recordó la señorita Roberta, en el altillo, horrorizada ante su propio descaro—. ¡Si alguien nos lo hubiera advertido! ¡Siempre nos pareció un cochecito de feria!

—Bueno —dijo Fern, defensivamente—, la cadera me molesta desde hace años, y a ti te cansa caminar. Parecía tan refinada, tan regia. Como en los viejos tiempos, cuando las mujeres usaban miriñaque. ¡Navegación! La Máquina Verde navegaba tan serenamente.

Como un bote de excursión, tan fácil de manejar, como un bastón en la mano.

¡Oh, aquella gloriosa y encantada primera semana!...

Las mágicas tardes de luz dorada, cuando cruzaban zumando el pueblo sombreado, como un intemporal río de sueño, tiesamente sentadas, sonriendo a los conocidos, sacando suavemente las garras arrugadas en todas las vueltas, y apretando en los cruces la negra corneta de goma, que lanzaba un grito enronquecido; permitiendo a veces que Douglas o Tom Spaulding o cualquier otro niño que trotase, charlando, al lado, diese un paseito con ellas. Veinte lentos y placenteros kilómetros por hora como velocidad máxima. Iban y venían por el sol y las sombras del verano, con las caras moteadas y manchadas al pasar debajo de los árboles, como una antigua y rodante visión.

—Y luego —murmuró Fern—, ¡esta tarde! ¡Oh, esta tarde!

—Fue un accidente.

—Pero escapamos, ¡y eso es criminal!

Ese mediodía. El olor de los cojines de cuero bajo los cuerpos, el perfume gris, la estela de aroma de los perfumeros mientras cruzaban en la silenciosa Máquina Verde el lánguido pueblito.

Ocurrió rápidamente. Rodando por la sombría acera arbolada, al mediodía, pues en las calles había baches y brillaba el sol, llegaron a una esquina, apretando el bulbo de la ronca corneta. De pronto, como un polichinela, ¡el señor Quatermain salió de la nada!

—¡Cuidado! —gritó la señorita Roberta.

—¡Cuidado! —gritó la señorita Fern.

—¡Cuidado! —gritó el señor Quatermain.

Las dos mujeres se abrazaron en vez de tomar la vara de la dirección.

El golpe fue terrible. La Máquina Verde siguió navegando en el día caluroso, bajo los umbríos castaños, más allá de los manzanos florecidos. Miraron atrás sólo una vez. Los ojos de las viejas señoras se llenaron de un pálido horror.

El viejo estaba tendido en la acera, en silencio.

—Y aquí estamos —lloró la señorita Fern en el altillo cada vez más oscuro—. ¡Oh!, ¿por qué no nos detuvimos? ¿Por qué escapamos?

—¡Chist!

Escucharon.

Abajo sonaban otra vez los golpes.

Cuando los golpes cesaron, las viejas se asomaron y vieron a un niño que cruzaba la acera, a la luz gris de la tarde.

—Douglas Spaulding que quería dar otro paseo.

Suspiraron.

Pasaron las horas. El sol seguía descendiendo.

—Hemos estado aquí toda la tarde —dijo Roberta cansadamente—. No podemos quedarnos en el altillo tres semanas hasta que todos se olviden.

—Nos moriremos de hambre.

—¿Qué haremos entonces? ¿Crees que alguien nos vio y nos siguió?

Se miraron.

—No. Nadie nos vio.

El pueblo estaba en silencio. En todas las casitas se encendían las luces. De abajo venía un olor de hierba húmeda y cenas que se cocinaban.

—Es hora de preparar la carne —dijo la señorita Fern—. Frank llegará dentro de diez minutos.

—¿Bajaremos?

—Frank llamará a la policía si no encuentra a nadie. Eso será peor.

El sol se fue rápidamente. Las dos mujeres eran ahora dos cosas que se movían en la mohosa oscuridad.

—¿Crees —preguntó la señorita Fern— que estará muerto?

—¿El señor Quatermain?

Una pausa.

—Sí.

—Miraremos en el periódico de la noche.

Abrieron la puerta del altillo y estudiaron cuidadosamente los peldaños que llevaban abajo.

—¡Oh!, si Frank se entera, nos sacará la Máquina Verde y es tan lindo y agradable pasear y sentir la brisa fresca y ver el pueblo.

—No se lo diremos.

—¿No?

Bajaron los crujientes escalones hasta el primer piso.

Allí se detuvieron a escuchar. Ya en la cocina, examinaron la despensa, espionaron por las ventanas con ojos asustados, y al fin se pusieron a freír salchichas. Luego de trabajar cinco minutos en silencio, Fern miró tristemente a Roberta, y dijo:

—He estado pensando. Somos viejas y débiles, y no nos gusta admitirlo. Somos peligrosas.

Estamos en deuda con la sociedad por haber escapado.

—¿Y?

Hubo algo parecido a un silencio, que dominó el ruido de la sartén, y las dos hermanas se encararon, con nada en las manos.

—Pienso —dijo Fern clavando los ojos en la pared— que no deberíamos salir otra vez en la Máquina Verde. Nunca más.

Roberta tomó un plato y lo sostuvo en la mano delgada.

—¿Nunca más? —dijo.

—No.

—Pero —dijo Roberta— no... tenemos que... libramos de ella, ¿no es cierto? Podemos guardarla, ¿no?

Fern consideró el asunto.

—Sí, creo que podemos guardarla.

—Por lo menos eso será algo. Iré a desconectar las baterías.

Roberta se iba ya, cuando llegó Frank, el hermano menor, de sólo cincuenta y seis años.

—¡Hola, hermanas!

Roberta pasó junto a él sin una palabra y se perdió en el crepúsculo de verano. Frank traía un periódico que Fern le sacó inmediatamente. Temblando lo miró por todos lados y se lo devolvió con un suspiro.

—Vi a Doug Spaulding en la calle. Me dijo que tenía un mensaje para vosotras. Dijo que no os preocupéis, que vio todo y que no pasó nada. ¿Qué habrá querido decir?

—Ni lo imagino.

Fern se volvió y buscó su pañuelo.

—¡Oh, bueno, esos chicos!

Frank miró un rato la espalda de su hermana y al fin se encogió de hombros.

—¿Está la cena? —preguntó de buen humor.

—Sí.

Fern puso la mesa en la cocina.

Se oyó un grito ronco afuera. Una vez, dos veces, tres veces.

—¿Qué es eso? —Frank miró por la ventana de la cocina. ¿Qué ha ido a hacer Roberta?

¡Mírala! ¡Sentada en la Máquina Verde, apretando la cometa de goma!

Una, dos veces más, en el crepúsculo, como un lloroso animal, se oyó el sonido de la corneta.

—¿Pero qué le pasa?

—¡Déjala tranquila! —chilló Fern. Frank la miró sorprendido.

Un momento más tarde, Roberta entraba silenciosamente, sin mirar a

nadie, y todos se sentaban a cenar.

XXII

La primera luz en el techo, afuera. De mañana, muy temprano. Las hojas tiemblan en todos los árboles, despertando suavemente a cualquier brisa del alba. Y entonces, muy lejos, en una curva de los rieles de plata, aparece el tranvía de color anaranjado, en equilibrio sobre cuatro rueditas de acero azul, cubierto de charreteras de bronce que brillan débilmente, y de barras doradas. Y la campanilla de cromo tintinea cada vez que el viejo conductor golpea el piso con un zapato arrugado. Los números que lleva el tranvía a los costados y al frente son de un amarillo limón. En el interior, hay asientos agradablemente ásperos, como un moho verde y fresco. Algo similar a un tentáculo se alza desde el techo para alcanzar el hilo de araña, entre las altas copas de los árboles, que alimenta al tranvía. De todas las ventanas sale un incienso, un secreto, azul y penetrante olor a rayo y tormentas estivales.

A lo largo de las calles, sombreadas de olmos, se mueve el tranvía. Y la mano enguantada y gris del conductor toca levemente, incesantemente, las manecillas y palancas.

Al mediodía, el conductor detuvo su coche. — ¡Eh!

Y Douglas y Charlie y Tom y todos los niños y niñas de la manzana vieron el guante gris que hacía señas y bajaron de los árboles, y dejaron las cuerdas sobre la hierba como serpientes blancas, y corrieron y se sentaron en los asientos de felpa verde, y no hubo que pagar. El señor Tridden, el conductor, llevó el tranvía calle abajo, llamando, y tapó con el guante la boca de la caja del dinero.

—¡Eh! —dijo Charlie—. ¿A dónde vamos?

—El último paseo —dijo el señor Tridden, con los ojos fijos en el alto alambre eléctrico que volaba adelante—. No más tranvía. Mañana empieza a correr el ómnibus. Me van a retirar con una pensión. Así que... ¡un paseo gratis para todos! ¡Cuidado!

Movió a un lado el brazo de bronce, y el tranvía gruñó y echó a correr por una infinita curva verde, y pareció como si el tiempo se hubiera detenido, como si sólo los niños y el señor Tridden y su maquina milagrosa estuvieran alejándose por un río interminable.

—¿El último día? —preguntó Douglas, estupefacto—. ¡No es posible! Primero desaparece la Máquina Verde, encerrada en un garaje, y sin discusiones. Luego mis zapatos de tenis envejecen y se gastan. ¿No más paseos? Pero, pero... ¡Un ómnibus no es un tranvía! No hace el mismo ruido. No tiene vías, ni cable, no echa chispas, no tiene los mismos colores, no tiene campana, ¡no baja una cuesta como un tranvía!

—Sí, es cierto —dijo Charlie—. ¡Qué bien baja las cuestas el tranvía, como un acordeón!

—Claro —dijo Douglas.

Y así llegaron al fin de la línea, a los rieles de plata, abandonados hacía dieciocho años, que se metían en el campo. En 1910 la gente tomaba el tranvía para ir al parque de Chessman, con grandes canastas de picnic. Los rieles se oxidaban ahora entre las lomas.

—Aquí damos vuelta —dijo Charlie.

—¡Aquí te equivocas! —dijo el señor Tridden encendiendo el generador de emergencia—. ¡Vamos!

El tranvía, dando un salto y recostándose como un navío, dejó atrás los límites de la ciudad, precipitándose cuesta abajo entre luces perfumadas y vastas extensiones de sombra que olían a hongos. Aquí y allá, las aguas de los arroyos reflejaban rápidamente las vías, y las hojas de los árboles filtraban el sol como un vidrio verde. Se deslizaron murmurando por campos donde se mecían los girasoles, pasaron ante estaciones abandonadas donde sólo quedaba el confetti de los agujereados billetes, y siguieron un arroyo, internándose en el país del verano, mientras Douglas hablaba.

—Pero si hasta el olor del tranvía es diferente. He estado en los ómnibus de Chicago.

Huelen raro.

—Los tranvías son muy lentos —dijo el señor Tridden—. Van a poner ómnibus. Omnibus para la gente y ómnibus para la escuela.

El tranvía se detuvo con un chillido. El señor Tridden sacó del techo unas grandes canastas de picnic. Gritando, los niños lo ayudaron. El arroyo desembocaba en un lago silencioso donde un viejo kiosco caía a pedazos atacado por las hormigas.

Se quedaron allí, comiendo sandwiches de jamón y frutillas silvestres y naranjas, y el señor Tridden les dijo cómo había sido veinte años atrás, cuando la banda tocaba de noche en el adornado kiosco, con hombres que soplaban en las cornetas de bronce, y el gordo director que transpiraba moviendo la batuta. Los niños y las luciérnagas corrían por las hierbas altas; las señoras con largos vestidos y altos copetes se paseaban por la senda de maderas de xilofón, con hombres de cuellos duros y sofocantes. Por allí paseaban, por aquella senda casi borrada por los años. El lago estaba sereno, azul y silencioso, y los peces se metían pacíficamente entre las cañas brillantes, y el conductor hablaba y hablaba, y los niños sentían que era otro otoño, y que el señor Tridden parecía maravillosamente joven, con los ojos iluminados como pequeños bulbos azules y eléctricos. El día parecía flotar, tranquilamente, y nadie se movía, y el bosque se cerraba alrededor, y el sol estaba quieto en el cielo mientras la voz del señor Tridden subía y caía, y una aguja se movía en el aire, cosiendo, y volviendo a coser, unos dibujos a la vez dorados e invisibles. Una abeja se posó en una flor, zumbando y zumbando. El tranvía se alzaba como un palio encantado, centelleando cuando el sol caía sobre él. El tranvía estaba en las manos de los niños, como un olor de bronce, mientras comían las frutillas. El brillante olor del tranvía salía de las ropas movidas por el viento

Un somorgujo cruzó el cielo, llorando. El señor Tridden se puso los guantes.

—Hora de irse. Vuestros padres pensarán que os rapté. El tranvía estaba fresco, silencioso y sombrío, como el interior de una heladería. Con un verde

y suave crujido de cuero aterciopelado, los callados niños dieron vuelta los asientos y se sentaron a espaldas del lago silencioso, el kiosco desierto y las tablas de paseo que hacían una especie de música cuando uno bajaba por ellas hacia la costa, hacia otros mundos.

¡Bing!, tintineó la campanilla bajo el pie del señor Tridden, y regresaron entre prados de flores blancas, abandonados por el sol. El pueblo pareció aplastar los costados del tranvía con ladrillos, asfalto y madera cuando el señor Tridden pasó por las calles sombrías, dejando a los niños.

Charlie y Douglas fueron los últimos en bajar y se detuvieron cerca de la puerta plegadiza del tranvía, respirando electricidad, mirando cómo los guantes del señor Tridden se movían sobre los bronce.

Douglas acarició el moho verde, miré la plata, el bronce, el color de vino del techo.

—Bueno... Adiós, señor Tridden.

—Adiós, muchachos.

—Ya nos veremos, señor Tridden.

—Ya nos veremos.

Hubo un leve suspiro; la puerta se cerró con suavidad. El tranvía navegó lentamente por la tarde, más brillante que el sol, todo naranjas, limones y oro, dobló una esquina lejana, quejándose, y desapareció

—¡Omnibus para la escuela! —dijo Charlie cruzando la calle—. Nunca llegaremos tarde.

Vendrá a buscarte a la puerta. No llegaremos tarde jamás. Piensa en esa pesadilla. Doug, piénsalo.

Pero Douglas, de pie sobre la hierba, imaginaba cómo sería mañana, cuando los hombres echarán asfalto caliente sobre las vías de plata, y ya nadie podría saber que un tranvía había corrido por esas calles. Pero sabía que pasarían muchos años antes que él olvidase las vías, por más que las sepultaran. Alguna mañana de otoño, primavera, o invierno, despertaría e iría a la ventana o se quedaría en cama bien abrigado y oiría el tranvía, débil y muy lejos.

Y luego, donde se curvaba la calle matinal, en las avenida, entre las filas uniformes de sicomoros, arces y olmos, en la quietud que precede a la

iniciación de la vida más allá de su casa, oiría los sonidos familiares. Como el tictac de un reloj, el retumbar de una docena de barricas de metal que rodaran por la calle, el zumbido de una solitaria e inmensa libélula, al alba. Como una calesita, como una pequeña tormenta eléctrica, con el color azul del rayo que viene y se queda un momento. ¡El carillón del tranvía! El siseo de surtidor de soda que baja y vuelve a subir, y otra vez el principio del sueño, como si el tranvía volviese a navegar, sobre unos ocultos y sepultados rieles hacia algún oculto y sepultado destino...

—¿Jugamos a la pelota después de la cena? —preguntó Charlie.

—Sí —dijo Douglas—, jugamos.

XXIII

Los hechos acerca de John Huff, de doce años, son simples y se enumeran pronto.

Podía descubrir más rastros que cualquier indio choctaw o cherokee desde la iniciación de los tiempos, podía saltar del cielo como un chimpancé de una rama, podía zambullirse, nadar debajo del agua dos minutos, y salir a la superficie cincuenta metros más allá, río abajo. Si uno le tiraba una pelota de béisbol, la devolvía golpeando manzanos y echando abajo cosechas enteras. Podía saltar muros de huertas de dos metros de alto; subirse a un árbol y descender cargado de duraznos con más rapidez que cualquier otro de la pandilia.

No era un matasiete. Era bueno. Tenía el pelo oscuro y rizado, y dientes blancos como la crema. Recordaba las letras de todas las canciones de cowboys y se las enseñaba a uno, si uno quería. Conocía los nombres de todas las flores silvestres, y cuándo salía y se ponía la luna, y cuándo subían o bajaban las mareas. Era, en verdad, el único dios vivo en todo Green Town, Illinois, y del siglo veinte que conocía Douglas Spaulding.

Y ahora, él y Douglas estaban en las afueras del pueblo en otro día cálido y redondo como una bolita, y el soplado cristal azul del cielo subía y subía, y los arroyos brillaban con aguas espejeantes sobre piedras blancas. Era un día tan perfecto como la llama de una vela.

Douglas recorría el día pensando que así seguiría siempre. La perfección, la redondez, el olor de la hierba se adelantaban alejándose con la velocidad de

la luz. El silbido de un amigo, como el de una oropéndola, la música del manojito de llaves mientras uno hacía cabriolas en la senda de polvo, todo era completo, todo podía tocarse. Las cosas estaban cerca, las cosas estaban a mano, y seguirían allí.

Era un día tan hermoso, y de pronto una nube cruzó el cielo, cubrió el sol, y no se movió.

John Huff había estado hablando lentamente algunos minutos. Douglas se detuvo y le clavó los ojos.

—John, repite eso.

—Ya me oíste, Douglas.

—¿Dijiste que... te ibas?

—Tengo el billete de tren en el bolsillo. Ju-ju, ¡Tan! Chu-чу-чу-чу. Juuuuuuuuu...

La voz de John se apagó.

Sacó solemnemente el billete verde y amarillo y los dos lo miraron.

—¡Esta noche! —dijo Douglas—. ¡Dios! ¡Esta noche íbamos a jugar a la luz roja, la luz verde y las estatuas! ¿Cómo así de pronto? Has estado en Green Town toda mi vida. ¡No puedes irte así!

—Es mi padre —dijo John—. Consiguió un trabajo en Milwaukee. No estábamos seguros hasta hoy.

—Dios mío, y la semana próxima tenemos el picnic bautista, y luego la feria del día del trabajo, y el día de Todos los Santos... ¿Tu papá no puede esperar hasta entonces?

John sacudió la cabeza.

—¡Qué barbaridad! —dijo Douglas—. Deja que me siente.

Se sentaron bajo un viejo roble, en la ladera de una loma, mirando el pueblo. El sol dibujaba alrededor largas sombras temblorosas. Debajo del árbol había una frescura de caverna. Afuera, a la luz del sol, el pueblo parecía consumido por el calor, con las ventanas abiertas como bocas jadeantes. Douglas hubiese querido correr allí donde el pueblo, con su peso, las casas, su tamaño, podía encerrar a John e impedirle escapar.

Pero somos amigos —dijo Douglas, descorazonado.

—Siempre lo seremos —dijo John.

—¿Vendrás a visitarme casi todas las semanas, sí?

—Papá dice que sólo una o dos veces por año. Son cien kilómetros.

—¡Cien kilómetros no es mucho! —gritó Douglas.

—No, no es mucho —dijo John.

Mi abuela tiene teléfono. Te llamaré. O quizá iremos nosotros a visitarte.

¡Eso sería magnífico!

John calló largo rato.

—Bueno —dijo Douglas—, hablemos de algo.

—¿Qué?

—¡Mi Dios, si te vas, hay un millón de cosas! ¡Todo lo que hubiéramos hablado el mes próximo, y el otro! ¡Mantas religiosas, zepelines, acróbatas, tragaespadas! ¡Como antes!

¡Saltamontes que escupen tabaco!

—Lo malo es que no deseo hablar de saltamontes.

—¡Siempre hablabas de eso!

—Sí —John miró fijamente las casas—. Pero me parece que no es éste el momento.

—John, ¿qué te pasa? Estás raro.

John había cerrado los ojos, arrugando la cara.

—Doug, la casa Terle, el primer piso, ¿lo conoces?

—Claro.

—Los vidrios de colores en las ventanitas redondas, ¿han estado siempre allí?

—Claro.

—¿Estás seguro?

—Esas ventanas están ahí desde que nacimos. ¿Por qué?

—Nunca las vi antes —dijo John—. Mientras venía hacia aquí miré arriba y las vi. Doug, ¿qué he hecho todos estos años que no las vi nunca?

—Tenias otras cosas que hacer.

—¿Sí? —John se volvió y miró a Douglas con cara de miedo—. Doug, ¿por qué me asustarán ésas malditas ventanas? Quiero decir, no es nada que pueda asustar, ¿verdad? Es solo... —Titubeó—. Pero si no vi esas ventanas hasta hoy, ¿qué otras cosas me he perdido? ¿Y las cosas que vi realmente?

¿Podré recordarlas cuando me vaya?

—Recordarás lo que quieras recordar. Fui afuera hace dos veranos. Allí recordé.

—No. No recordaste. Me lo dijiste. Te despertabas de noche y no podías recordar la cara de tu madre.

—¡No!

—Algunas noches me pasa lo mismo en casa. Siento miedo. Voy al cuarto de mis padres y les miro la cara para estar seguro. Y cuando vuelvo a mi cuarto me he olvidado otra vez.

Dios, Doug, ¡oh, Dios! —John se apretó las rodillas—. Prométeme algo, Doug. Prométeme que me recordarás, promete que recordarás mi cara, y todo.

—Es muy fácil. Tengo una cámara de cine en la cabeza. Cuando estoy acostado enciendo la luz en mi cabeza y todo aparece en la pared, claro como todos los diablos. Allí estarás tú, gritándome, y haciéndome señas.

—Cierra los ojos, Doug. Ahora dime, ¿de qué color tengo los ojos? No espíes. ¿De qué color?

Douglas empezó a transpirar. Cerraba con fuerza los ojos, nerviosamente.

—¡Oh, demonios!, John, no es justo.

—¡Dímelo!

—¡Castaños!

John apartó la cara.

—No, señor.

—¿Qué es eso de no?

—Ni siquiera te acercaste.

John cerró los ojos.

—Vuélvete —dijo Douglas—. Abre los ojos, déjame ver.

—Es inútil —dijo John—. Ya te olvidaste. Como dije.

—¡Vuélvete!

Douglas tomó a John por el pelo y le acercó la cara, lentamente.

—Muy bien, Doug.

John abrió los ojos.

—Verdes. —Douglas dejó caer la mano desanimadamente—. Tienes ojos

verdes... Bueno, es un verde parecido al castaño, ¡un verde avellana!

—Doug, no mientas.

—Bueno —dijo Douglas en voz baja—, no mentiré.

Se quedaron allí mirando a los otros niños que subían la loma gritando y aullando.

Corrieron junto a las vías del ferrocarril, abrieron las bolsas de papel donde traían las meriendas, y aspiraron profundamente los sandwiches de jamón del diablo, y los encurtidos verdes como el mar, y las mentas coloreadas. Corrieron, una y otra vez, y Douglas se inclinó y puso la oreja sobre el caliente riel de acero, oyendo trenes muy lejanos que viajaban invisibles por otras tierras, y le enviaban mensajes en código Morse, a él, bajo el sol asesino. Douglas se incorporó, aturdido.

—¡John!

Pues John corría, y esto era terrible. Pues si uno corre, el tiempo corre. Uno grita y aúlla, y rueda y brinca, y de pronto el sol se ha ido, y se oye la sirena, y uno vuelve a casa a cenar.

Cuando no miras, ¡el sol se escapa detrás de ti! ¡El único modo de detener las cosas es mirarlo todo y no hacer nada! Un día puede estirarse así como tres días, sí, ¡sólo mirando!

—¡John!

No había modo de contar con su ayuda ahora, salvo una trampa.

—¡John, escapemos, escapemos de los otros!

Gritando, Douglas y John echaron a correr, loma abajo, dejando que la gravedad trabajara para ellos, por prados, rodeando graneros, hasta que el ruido de los perseguidores se apagó al fin.

John y Douglas subieron a una parva. que era como una gran hoguera crepitante.

—No hagamos nada —dijo John.

—Eso mismo iba a decir.

Se quedaron inmóviles, callados, reteniendo el aliento.

Se oyó como el sonido de un insecto en la parva.

Lo oyeron los dos, pero no miraron hacia el sonido. Cuando Douglas movía la muñeca el sonido venía de otro lado de la parva. Cuando puso el

brazo sobre las piernas, el sonido venía de las piernas. Dejó que los ojos bajaran brevemente. El reloj decía las tres.

Douglas extendió la mano derecha lentamente hacia el tictac y tiró del vástago. Retrasó las manecillas.

Ahora disponían de todo el tiempo que podían necesitar para mirar el mundo, sentir el sol que se movía como un viento ígneo.

Pero al fin John debió de haber sentido que el peso incorpóreo de sus sombras se movía y torcía.

—Doug, ¿qué hora es? —preguntó.

—Las dos y media.

John miró el cielo.

¡No!, pensó Douglas.

—Parecen más las tres y media o cuatro —dijo John—. Como boy-scout uno aprende estas cosas.

Douglas suspiró y volvió a adelantar el reloj.

John lo observó en silencio. Douglas alzó los ojos. John le golpeó levemente el brazo.

Con rápidos golpes de émbolo, un tren vino y se fue tan velozmente que los niños saltaron a los lados, gritando, sacudiendo los puños. El tren rugió vías abajo, llevándose doscientas personas, y desapareció. El polvo lo siguió un rato hacia el sur, y luego se posó en un dorado silencio entre los rieles azules.

Los niños volvían al pueblo.

—Iré a Cincinnati cuando tenga diecisiete y seré fogonero de ferrocarril —dijo Charlie Woodman.

—Yo tengo un tío en Nueva York —dijo Jim—. Iré allá y seré impresor.

Doug no preguntó a los otros. Oía ya el canto de los trenes y veía las caras de los chicos que quedaban atrás en las plataformas, o se apretaban a las ventanillas. Uno a uno fueron quedando atrás. Y al fin vio los rieles desiertos, y el cielo de verano, y se vio a sí mismo en otro tren que corría en otra dirección.

Douglas sintió que la tierra se movía bajo sus pies y vio que las sombras estremecían la hierba y coloreaban el aire.

Tragó saliva, dio un grito, echó atrás el puño, y golpeó.

—¡El último que llegue a su casa es cola de burro!

Todos corrieron por las vías, riéndose, sacudiendo el aire. Allá iba John Huff, sin tocar el suelo. Y aquí venía Douglas, tocándolo continuamente.

Eran las siete, la cena había terminado, y los chicos llegaban uno a uno mientras se oían portazos y las voces de los padres que gritaban que no golpeasen las puertas. Douglas y Tom y Charlie y John estaban con una media docena de otros niños, y era hora de jugar al escondite y las estatuas.

—Sólo un juego —dijo John—. Luego me iré a casa. El tren sale a las nueve. ¿Quién va ser el monstruo?

—Yo —dijo Douglas.

—Es la primera vez que alguien se ofrece voluntariamente —dijo Tom.

Douglas miró a John largo rato. Al fin dijo:

—Corred.

Los muchachos se desparramaron, gritando. John retrocedió alejándose, al fin se volvió y empezó a trotar. Douglas contó lentamente. Dejó que los chicos se alejaran, se separaran, estuviesen cada uno en su pequeño mundo.

Cuando casi se habían perdido de vista, aspiró profundamente.

—¡Estatuas!

Todos quedaron petrificados.

Muy lentamente, Douglas cruzó la hierba acercándose a John Huff que se alzaba como un ciervo de hierro en el anochecer.

Muy lejos estaban los otros niños, con las manos levantadas, las caras retorcidas, los ojos brillantes como ardillas embalsamadas.

Pero aquí estaba John, solo e inmóvil, y nadie podía estropear ese momento corriendo o gritando.

Douglas caminó alrededor de la estatua en un sentido, y luego en el otro. La estatua no se movió. No habló. Miraba el horizonte, esbozando una sonrisa.

Era como aquella vez, hacía años, en Chicago, cuando habían visitado un lugar donde había figuras de mármol y él había caminado alrededor, en silencio. Aquí estaba John Huff con las rodillas y los fondillos de los pantalones manchados de hierba, y lastimaduras en los dedos, y cortaduras en

los codos. Aquí estaba John Huff con los callados zapatos de tenis, los pies envueltos en silencio. Aquella era la boca que había mordido muchos duraznos en el verano, y que había dicho una o dos cosas acerca de la vida y la tierra. Y allí estaban los ojos, no ciegos como los ojos de las estatuas, sino de un oro verdoso fundido. Y allí se movía el pelo, ya hacia el norte, ya hacia el sur, o hacia el lugar a donde soplara la brisa. Y allí las manos, con todo el pueblo en ellas, con suciedad de los caminos, y astillas de corteza de árbol, los dedos que olían a cañamo y uvas y manzanas ácidas, viejas monedas o ranas verdes. Allí estaban las orejas, con la luz del sol que las atravesaba, y que parecían un brillante y cálido durazno, y aquí, invisible, el aliento de menta en el aire.

—John, ahora —dijo Douglas—, no muevas ni siquiera una pestaña. ¡Te ordeno absolutamente que te quedes aquí y no te muevas en las próximas tres horas!

John movió los labios.

—Doug...

—¡Estatua! —gritó Douglas.

John miró otra vez el cielo, pero ahora no sonreía.

—Tengo que irme —susurró.

—¡Ni un músculo, es el juego!

—Tengo que irme a casa.

La estatua se movió, las manos cayeron, y la cabeza se volvió para mirar a Douglas. Los otros niños dejaron caer los brazos, también.

—Jugaremos otra vez —dijo John—. Pero yo seré el monstruo. ¡Corred!

Los niños corrieron.

—¡Quietos!

Los niños se helaron. Douglas con ellos.

—¡Ni un músculo! —gritó John—. ¡Ni un pelo!

Se acercó a Douglas.

—Muchacho, no hay otro modo.

Douglas miraba el cielo del anochecer.

—¡Estatuas quietas, todos, los próximos tres minutos! —dijo John.

Douglas sintió que John caminaba alrededor como él, hacía un rato.

Sintió que John le golpeaba un brazo, no muy fuerte.

—Hasta pronto —dijo.

Luego se oyó el ruido de alguien que corría y Douglas supo sin mirar que detrás no había nadie.

Muy lejos, se oyó el pitido de un tren.

Douglas se quedó quieto un minuto, esperando a que dejara de oírse el sonido de los pies que corrían. Pero el sonido seguía oyéndose. Corre aún, pensó, pero no parece alejarse.

¿Por qué no deja de correr?

Y comprendió de pronto que aquel sonido era solo el de su corazón.

¡Basta! Se llevó la mano al pecho. ¡Deja de correr! ¡No me gusta ese sonido!

Y luego sintió que él, Douglas, cruzaba el césped de las aceras, entre las otras estatuas, pero no advirtió si ellas volvían también a la vida. No parecían moverse. Él mismo sólo se movía de las rodillas para abajo. El resto era de piedra fría, y muy pesada.

Douglas subió al porche de su casa y se volvió de pronto.

La calle estaba desierta.

Una serie de disparos de rifle. Puertas de alambre que se cerraban ruidosamente, una tras otra. Una andanada crepuscular a lo largo de la calle.

Las estatuas son lo mejor, pensó Douglas. Se conservan en el jardín. Pero no dejes que se muevan. Si lo permites una vez, todo se habrá perdido.

De pronto levantó el puño y lo sacudió amenazando la hierba, la calle, y la sombra creciente.

—¡John! —gritó con los ojos brillantes—. ¡Tú, John! John, eres mi enemigo, ¿oyes? ¡No eres mi amigo! ¡No vuelvas nunca! ¡Vete! Enemigo, ¿oyes? Eso es lo que eres. Todo ha muerto entre nosotros, basura, eso eres, ¡basura! John, me oyes, ¡John!

Como si hubiesen bajado una mecha en una gran lámpara, más allá del pueblo, el cielo se oscureció aún más. Douglas se quedó en el porche, jadeando, abriendo y cerrando la boca.

El puño apuntaba aún a aquella casa del otro lado de la calle. Miró el puño y éste se desvaneció, y el mundo mismo se desvaneció, más allá.

Douglas subió las escaleras, donde sólo podía sentir su cara, pero sin ver nada de sí mismo, ni siquiera sus puños. Estoy enojado, estoy furioso, se dijo una y otra vez, lo odio, estoy enojado, furioso, ¡lo odio!

Diez minutos más tarde, llegó a lo alto de las escaleras, en la oscuridad.

XXIV

—Tom —dijo Douglas—, prométeme algo, ¿sí?

—Prometido, ¿qué es?

—Eres mi hermano y te odio a veces, pero no te separes de mí, ¿eh?

—¿Me dejarás entonces que ande contigo y los mayores?

—Bueno... aún eso. Quiero decirte que no desaparezcas, ¿eh? No dejes que te atropelle un coche y no te caigas en algún precipicio.

—¡Claro que no! ¿Por quién me tomas?

—Y si ocurre lo peor, y los dos llegamos a ser realmente viejos, de cuarenta o cuarenta y cinco años, podemos comprar una mina de oro en el Oeste, y quedarnos allí, y fumar y tener barba.

—¡Tener barba, Dios!

—Como te digo. No te separes y que no te pase nada.

—Confía en mi.

—No me preocupas tú —dijo Douglas—, sino el modo como Dios gobierna el mundo.

Tom pensó un momento.

—Bueno, Doug —dijo—, hace lo que puede.

XXV

La mujer salió del cuarto de baño poniéndose yodo en el dedo. Se lo había amputado casi mientras cortaba una torta de coco. En ese instante el cartero subió los escalones del porche, abrió la puerta, y entró en la casa. La puerta se cerró ruidosamente. Elmira Brown dio un salto.

—¡Sam! —gritó, sacudiendo el dedo para refrescárselo—. No me acostumbraré nunca a un marido cartero. ¡Cada vez que entras me das un susto!

Sam Brown, con la bolsa casi vacía, se rascó la cabeza. Miró hacia la calle como si una niebla repentina hubiese inundado la dulce y serena mañana de estío.

—Sam, has vuelto temprano.

—No pude aguantarme —dijo con una voz estupefacta.

—Dime, ¿qué ha pasado?

Elmira se acercó y miró a su marido.

—Quizá mucho, quizá nada. He entregado un paquete a Clara Goodwater, calle arriba.

—¡Clara Goodwater!

—Bueno, no pierdas la cabeza. Era un libro, de la editorial Johnson Smith, Racine, Wisconsin. El título del libr.... Veamos... —Arrugó la cara y la desarrugó—. Albertus Magnus, eso es. Que contiene los secretos egipcios, aprobados, verificados, armónicos y naturales o... —Sam miró el cielo raso— la Magia Blanca y Negra de hombres y animales, y donde se revelan los

misterios y conocimientos secretos de los antiguos filósofos.

—¿Clara Goodwater, dijiste?

—Mientras iba hacia la casa tuve tiempo de mirar las primeras páginas, no es nada malo.

Secretos ocultos de la vida develados por el famoso doctor, filósofo, químico, naturalista, psicólogo, astrólogo, alquimista, metalurgico, hechicero, expositor de los misterios de la magia y la brujería, y los secretos recónditos de numerosas Artes y Ciencias, oscuras, naturales, practicas... ¡Eso es! Tengo una cabeza de gramófono. Recuerdo las palabras, aunque no las entienda.

Elmira se miraba el dedo pintado de yodo como si fuese el dedo de un desconocido que apuntaba hacia ella.

—Clara Goodwater —murmuró.

—Me miró a los ojos cuando le di el paquete y dijo: "Seré una bruja de primera clase, sin duda. Obtendré mi diploma en poco tiempo. Instalaré un negocio. Encantaré multitudes e individuos, viejos y jóvenes, grandes y pequeños." Luego la mujer se rió, metió las narices en el libro, y entró a la casa.

Elmira se miró un moretón en el brazo, pasándose cuidadosamente la lengua por un diente flojo.

Se oyó un portazo. Tom Spaulding, arrodillado en el césped de la acera, alzó los ojos. Había vagabundeado por el barrio, mirando lo que hacían las hormigas aquí y allá, y había encontrado un hormiguero especialmente interesante, con una gran boca, donde se agitaban numerosas y brillantes hormigas, tijereteando el aire y llevando frenéticamente trocitos de saltamonte muerto e infinitesimales porciones de pájaro al interior de la tierra.

Ahora, había algo mas: la señora Brown que se balanceaba en lo alto del porche como si acabase de descubrir que el mundo caía a través del espacio a cien trillones de kilómetros por segundo. Detrás, el señor Brown, que nada sabía de esos kilómetros por segundo, y a quien probablemente no le importaba saberlo.

—¡Tú, Tom! —dijo la mujer—. Necesito apoyo moral y el equivalente de la sangre del Cordero. ¡Ven conmigo!

Y Elmira echó a correr, aplastando hormigas y pateando dientes de león y abriendo agujeros en los macizos de las flores.

Tom se quedó un momento arrodillado mientras estudiaba los omóplatos y la espina dorsal de la señora Brown que se precipitaba calle abajo. Leyó en los huesos melodrama y aventura, algo que comúnmente no tenía relación con las señoras, aunque la señora Brown exhibiera indicios de un bigote de pirata. Un instante después, Tom pisaba los talones de la señora Brown.

—¡Señora Brown, parece usted muy @enciada!

—¡No sabes realmente cuánto, muchacho!

—¡Cuidado! —gritó Tom.

La señora Brown tropezó con un perro de hierro que dormía entre las hierbas.

—¡Señora Brown!

—¿Has visto? —dijo la señora Brown sentada en la hierba—. ¡Clara Goodwater me hizo esto!

¡Magia!

—¿Magia?

—No importa, criatura. Aquí están los escalones. Sube primero y quita los obstáculos invisibles que cierran el camino. Toca luego el botón de la campanilla, pero saca pronto el dedo, ¡pues el fluido puede carbonizártelo!

Tom no se movió.

—¡Clara Goodwater!

La señora Brown rozó el timbre con su dedo enyodado.

Lejos, en los frescos y oscuros cuartos vacíos del viejo caserón tintineó y se apagó una campanilla de plata.

Tom escuchó. Todavía más lejos, se oyó un ruidito, como si corriera una rata. Una sombra, quizá una cortina, se movió en un vestíbulo lejano.

—¡Hola! —dijo una voz apacible.

Y de pronto, allí estaba la señora Goodwater, fresca como una barra de menta, detrás de la tela de alambre.

—Pero hola, Tom, Elmira. Qué...

—¡No me engañe! ¡Sabemos que quiere ser una bruja!

La señora Goodwater sonrió.

—Su marido no es sólo cartero sino también guardián de la ley. Mete las narices hasta aquí.

—No revisa la correspondencia.

—Tarda diez minutos entre casa y casa, riéndose de las postales y probándose los zapatos.

—No importa lo que él hace. Importa lo que dijo usted.

—Sólo una broma. "¡Voy a ser bruja!" dije, y ¡pum! Allí fue Sam, al galope, como si lo hubiera atravesado un rayo. Declaro que en el cerebro de ese hombre no debe de haber una sola arruga.

—Ayer, en otro lugar, habló usted de su magia...

—Se refiere usted al Sandwich Club.

—Al que no me invitaron.

—Pero cómo, pensamos que visitaba usted a su abuela.

—Puedo visitarla otro día, si alguien me invita.

—Yo estaba simplemente en el Sandwich Club con un sandwich de jamón y encurtidos cuando dije: "Al fin voy a recibir mi diploma de bruja. ¡He estudiado años!"

—¡Eso mismo me contaron por teléfono!

—¿No es un invento maravilloso?

—Considerando que ha sido presidenta de la Liga Femenina Madreselva desde casi la guerra civil, parece, le preguntaré directamente esto: ¿ha usado usted de brujerías para cegar a las señoras y ganar la elección?

—¿Lo duda usted, señora? —dijo la señora Goodwater.

—Mañana es día de elección, y quiero saber si va a presentarse otra vez... y si no tiene vergüenza.

—Sí a lo primero, y no a lo segundo. Señora, escúcheme. Compró estos libros para mi sobrino, Raoul. Tiene diez años, y se pasa el día buscando conejos en los sombreros. Le he dicho que hay tanta posibilidad de encontrar conejos en los sombreros como sesos en la cabeza de cierta gente. Pero sigue buscando, así que le compré los libros.

—No le creo, aunque me jure sobre una pila de biblias.

—Es así sin embargo. Me complace jugar con esa idea. Las señoras chillaban mientras les describía mis oscuros poderes. ¡Ojalá hubiese estado

usted!

—Estaré allí mañana, y la combatiré con una cruz de oro y todos los poderes del cielo —dijo Elmira—. Dígame en seguida qué otras cosas de bruja tiene usted.

La señora Goodwater apuntó a una mesita en el interior.

—He comprado toda clase de hierbas mágicas. Tienen un olor raro y Raoul es feliz. Aquella bolsita es hojas de ébano, y esa otra raíz de mandrágora, y aquella ruda. Ahí hay azufre, y allí, dicen, polvo de huesos.

—¡Polvo de huesos!

Elmira retrocedió y pateó el tobillo de Tom. Tom chilló.

—Y aquí hay ajenjo y hojas de helecho para encantar armas de fuego y volar en sueños como un murciélago. Así dice en el capítulo diez del librito. Pienso que estas cosas convienen mucho a las cabezas de los chicos. Bueno, parece que no me cree. Le daré la dirección de Raoul en Springfield.

—Sí —dijo Elmira— y el día que yo le escriba, usted tomará el ómnibus de Springfield. Irá al correo, recibirá mi carta, y me escribirá con letra de niño. ¡La conozco!

—Señora Brown, confíeselo, quiere ser presidenta de la Liga Femenina Madreselva, ¿no es así? Se ha presentado todos los años desde hace diez. Usted misma se nombra candidata. Y

nunca obtiene más de un voto. El suyo. Elmira, si las señoras la quisieran se precipitarían sobre usted como un alud. Pero miro a lo alto de la montaña, y no veo que baje otra piedra que la suya. Le diré, la proclamaré candidata y la votaré yo misma, ¿qué le parece?

—Que estoy condenada, entonces —dijo Elmira—. El año pasado me pesqué un resfrío mortal justo en el tiempo de la elección. No pude salir a hacer campaña. El año anterior, me rompí la pierna. Muy extraño. —Elmira entornó los ojos mirando torvamente a la mujer detrás del alambre—. Eso no es todo. El mes pasado me corté los dedos seis veces, me golpeé la rodilla diez veces, me caí del porche de atrás dos, ¡oye usted, dos! Rompí una ventana, cuatro platos, un florero que me costó un dólar cuarenta y nueve en Bixby. ¡Desde hoy en adelante le cobraré todos los platos que se rompan en mi casa, y alrededores!

—En Navidad estare arruinada —dijo la señora Goodwater. Abrió la puerta de alambre, salió de pronto y dejó que la puerta se golpease—. Elmira Brown, ¿cuántos años tiene?

—Lo tiene escrito seguramente en uno de sus libros negros. ¡Treinta y cinco!

—Bueno, cuando pienso en los treinta y cinco años de su vida... —La señora Goodwater apretó los labios y frunció los ojos, contando—. Son doce mil setecientos setenta y cinco días, y a tres por día, doce mil golpes, doce mil roturas y doce mil calamidades. Es una vida fecunda la que usted lleva; Elmira Brown. ¡Un apretón de manos!

—¡Apártese!

Clara Goodwater se apartó.

—Pero cómo, señora, es usted la mujer más torpe de Green Town, Illinois. No puede sentarse sin arrugar la silla como un acordeón. No puede incorporarse sin patear el gato. No puede cruzar el campo abierto sin caer en un pozo. Su vida ha sido una larga caída, Elmira Alice Brown. ¿Por qué no admitirlo?

—Mis desgracias no se deben a la torpeza, sino a que usted está a no más de un kilómetro cuando se me cae una lata de guisantes, o meto el dedo en el enchufe.

—Señora, en un pueblo de este tamaño todos están a no más de un kilómetro, en algún momento del día.

—¿Admite entonces que está cerca?

—Admito que nací aquí, sí, pero daría ahora cualquier cosa por haber nacido en Kenosha o Zion. Elmira, vaya a su dentista y vea si puede sacarle esa serpiente que tiene usted en la boca.

—¡Oh! —dijo Elmira—. ¡Oh, oh, oh!

—Ya no aguanto más. No me interesa la brujería, pero me parece que estudiaré el asunto.

¡Escuche! Es usted invisible. Mientras me hablaba le eché un maleficio. Nadie puede verla.

—¡No!

—Naturalmente —admitió la bruja—, yo nunca pude verla.

Elmira sacó un espejito de bolsillo.

—¡Aquí estoy! —Miró de más cerca y abrió la boca. Buscó, como alguien que toca el arpa, y sacó un cabello. Lo mostró con el brazo en alto: prueba número uno. ¡Nunca tuve una cana!

La bruja sonrió graciosamente.

—Póngala en una jarra de agua, y mañana a la mañana tendrá un gusano. ¡Oh, Elmira, mírese de una vez, decídase! Tantos años, y acusando siempre a los otros por esos pies y maneras torpes. ¿Ha leído alguna vez a Shakespeare? Hay ahí algunas indicaciones escénicas. Rebatos y correrías. Esa es usted, Elmira, rebatos y correrías. Bueno, ¡váyase a su casa ahora antes que la cabeza se le llene de chichones o le anuncie alguna desgracia.

¡Fuera!

La mujer agitó las manos en el aire como si Elmira fuese una nube de insectos.

—¡Pero qué pesadas están las moscas este verano! —dijo.

Entró en la casa y echó el cerrojo a la puerta.

—Ya sabe a qué atenerse, señora Goodwater —dijo Elmira, cruzándose de brazos—. Le doy a usted la última oportunidad. Retire su candidatura en la Liga Madreselva o prepárese a enfrentarse conmigo, limpiamente. Mañana llevaré a Tom. Un niño bueno e inocente. Y la inocencia y la bondad triunfarán al fin.

—Yo no sé si soy inocente, señora Brown —comentó Tom—. Mi madre dice...

—Cállate Tom, eres bastante bueno. Estarás mañana a mi lado, muchacho.

—Sí, señora.

—Es decir —confirmó Elmira— si sobrevivo a las muñecas de cera que hará la señora esta noche, y a las agujas oxidadas con que les atravesará el corazón y el alma. Si mañana encuentras en mi cama un gran higo arrugado, Tom, sabrás quién recogió el fruto en la huerta. Y prepárate para ver a la señora Goodwater como presidenta hasta los ciento noventa y cinco años.

—Pero Elmira —dijo la señora Goodwater—, si tengo trescientos cinco ahora. Me llamaban Ella en los viejos días. —Apuntó con los dedos a la calle

—. ¡Abracadabra, @z'mitizam! ¿Qué le parece?

Elmira escapó del porche.

—¡Mañana! —gritó.

¡Hasta entonces, señora!

Tom siguió a la señora Brown encogiéndose de hombros y pateando hormigas.

Elmira lanzó un chillido.

—¡Señora Brown! —gritó Tom.

Un coche que salía marcha atrás de un garaje pasó por encima del pulgar del pie derecho de Elmira.

En medio de la noche, el dolor en el pie despertó a la señora Elmira Brown. Así que se levantó, fue a la cocina, comió un poco de pollo frío, e hizo una larga lista, @doíc~samente exacta. Primero, enfermedades del año anterior. Tres resfríos, cuatro indigestiones, un edema, artritis, lumbago, lo que ella imaginaba sería gota, una bronquitis, principio de asma, manchas en los brazos, un absceso en el canal semicircular (se tambaleaba como una polilla borracha algunos días), dolores de cabeza, y náuseas. Costo: noventa y ocho dólares y setenta y ocho centavos.

Segundo: cosas rotas en los últimos doce meses: dos lámparas, seis floreros, diez platos, una sopera, dos ventanas, una silla, un almohadón, seis vasos, y un prisma de cristal del candelero. Costo total: doce dólares y diez centavos.

Tercero, sus dolores esta noche. Le dolía el pulgar.

Sentía un malestar en el estómago. Tenía la espalda endurecida, le latían las piernas. Los ojos eran como pelotas de algodón. Le tintineaban los oídos. ¿Costo? Reflexionó mientras iba a la cama.

Diez mil dólares de sufrimiento personal.

—¡Esto no puede arreglarlo la justicia! —dijo en voz alta.

—¿Eh? —dijo su marido, despierto.

Elmira se acostó.

—Me niego a morir...

—¿Cómo? —dijo él.

—¡No quiero morir! —dijo Elmira, mirando el cielo raso.

—Eso dije siempre —comentó su marido, y volviéndose, se puso a roncar.

A la mañana la señora Elmira Brown se levantó temprano, fue a la biblioteca, y luego a la droguería. Estaba de vuelta en la casa mezclando toda clase de sustancias cuando llegó su marido.

—El almuerzo está en la refrigeradora.

Elmira batió una sopa verdosa en un vaso grande.

—¡Dios santo! ¿Qué es eso? —preguntó Sam— Parece una leche batida dejada al sol cuarenta años. Tiene hongos.

—Combate la magia con magia.

—¿Vas a beber eso?

—Poco antes de ir a la Liga Madreselva.

Samuel Brown olfateó la mezcla.

—Sigue mi consejo. No bebas antes de subir las escaleras. ¿Qué hay aquí?

—Nieve de alas de ángel, bueno, mentol en realidad, para enfriar los fuegos infernales que te consumen, así dice el libro que conseguí en la biblioteca. Jugo de uvas frescas para tener claros y dulces pensamientos durante oscuras visiones, dice el libro. Ruibarbo rojo, crema tartárica, azúcar blanca, clara de huevo, agua de manantial y dientes de ajo con la fuerza de la buena tierra; ¡Oh, Podría seguir todo el día! Aquí está, en la lista, el bien contra el mal, lo blanco contra lo negro. ¡No puedo perder!

—¡Oh, ganarás, es cierto! —dijo su marido—. ¿Pero lo sabrás?

—Ten buenos pensamientos. Yo voy a buscar a Tom, que completará la fórmula.

—Pobre criatura —dijo su marido—. Inocente, como tú dices, y va a ser descuartizado en la Liga Madreselva.

—Tom sobrevivirá —dijo Elmira, y tomando la mezcla burbujeante la escondió en una caja de Quaker Oats.

Llegó a la puerta sin desgarrarse el vestido, ni arrugarse las medias nuevas de noventa y ocho centavos. Caminó así muy presumida, hasta la casa de Tom. El niño la esperaba con su traje blanco de verano, como ella le había dicho.

—¡Huy! —dijo Tom—. ¿Qué tiene en esa caja?

—El destino —dijo Elmira.

—Seguro que sí —dijo Tom caminando dos pasos delante de Elmira.

La Liga Femenina Madreselva estaba llena de señoras que se miraban en los espejos de las otras y se tironeaban de las faldas y preguntaban si no se le veían las enaguas.

A la una, la señora Elmira Brown subió la escalera con un niño vestido de blanco. El niño se apretaba la nariz y cerraba un ojo, de modo que sólo veía la mitad del camino. La señora Brown observó la multitud y luego la caja de Quaker Oats y abrió la tapa y miró dentro y boqueó. Cerró la caja sin beber. Entró en el vestíbulo acompañada por un susurro como de tafetán: la marea de murmullos de las señoras.

Elmira se sentó atrás con Tom, y Tom parecía más miserable que nunca. Con el ojo único miró la multitud de señoras y lo cerró. Elmira sacó la poción y la bebió lentamente.

A la una y media, la presidenta, la señora Goodwater, dio un martillazo y todas, menos dos docenas de señoras, se callaron.

—Señoras —llamó sobre el mar estival de sedas y encajes coronado aquí y allá con blancos o grises—, es la hora de la elección. Pero antes de comenzar, creo que la señora Elmira Brown, esposa de nuestro eminente grafólogo...

Una risita corrió por la sala.

—¿Qué es un grafólogo? —preguntó Elmira dándole dos codazos a Tom.

—No sé —murmuró Tom fieramente, con los ojos cerrados, sintiendo aquel codo que salía de la oscuridad.

—...esposa, como digo, de nuestro eminente experto en manuscritos, Samuel Brown, del servicio nacional de correos —continuó la señora Goodwater entre nuevas risas—, la señora Brown, en fin, quiere comunicamos algunas opiniones. ¿Señora Brown?

Elmira se incorporó. Su silla cayó hacia atrás, ruidosamente, como una trampa de oso.

Elmira dio un salto y se tambaleó sobre los talones, que crujieron como si fueran a reducirse a polvo en cualquier momento.

—Tengo mucho que decir —exclamó, sosteniendo la caja vacía de Quaker Oats en una mano, junto con un ejemplar de la Biblia. Tomó a Tom con la otra, y se lanzó hacia adelante, golpeando los codos de varias mujeres y susurrándoles—: ¡Atención! ¡Cuidado!

Llegó a la plataforma, se volvió, y volcó un vaso de agua que corrió por la mesa. Miró a la señora Goodwater frunciendo el ceño y dejó que secara el agua con un pañuelito. Luego, con una secreta mirada de triunfo, Elmira sacó el vaso vacío y se lo mostró a la señora Goodwater.

—¿Sabe qué había aquí? Está adentro de mí ahora. El círculo mágico me protege. Ningún cuchillo puede penetrarlo, ningún hacha puede hendirlo.

Las señoras hablaban y no la oyeron.

La señora Goodwater asintió, alzó las manos, y todas callaron.

Elmira apretó con fuerza la mano de Tom. Tom, que no había abierto los ojos, dio un respingo.

—Señoras —dijo Elmira—, simpatizo con vosotras. Sé lo que habéis pasado en los últimos diez años. Sé por qué habéis votado a la presente señora Goodwater. Tenéis niños, y hombres que alimentar. Tenéis presupuestos que cuidar. No podéis permitir que se os corte la leche, que el pan y las tortas se os aplasten como ruedas. No queréis chichones, varicelas y toses en casa durante tres semanas. No queréis que vuestro marido destroe el auto o se electrocute en los cables de alta tensión de las afueras del pueblo. Pero todo ha terminado.

Desde ahora viviréis tranquilas. No más acidez de estómago, no más lumbago, pues os traigo la buena palabra, ¡y vamos a exorcizar a esta bruja que tenemos aquí!

Todas miraron alrededor, pero no vieron a ninguna bruja.

—¡Me refiero a nuestra presidenta! —gritó Elmira.

—¡Yo!

La señora Goodwater se señaló a sí misma.

—Hoy —jadeó Elmira apoyándose en el escritorio—, fui a la biblioteca. Busqué contraataques.

Cómo librarse de la gente que se aprovecha de otros, cómo hacer que las brujas nos dejen y se vayan. Y encontré como luchar por nuestros derechos.

Siento ya como crece el poder en mi.

Tengo en mi interior toda clase de buenas raíces y sustancias químicas. Tengo... —Elmira hizo una pausa y se tambaló. Parpadeó—. Tengo crema tartárica y vellosilla blanca, y leche agriada a la luz de la luna y...

Se detuvo y pensó un momento. Cerró la boca y un ruidito subió desde el interior y le salió por las comisuras de los labios. Cerró los ojos. ¿Dónde estaba el poder?

—¿Señora Brown, se siente bien? —preguntó la señora Goodwater.

—¡Me siento muy bien! —dijo la señora Brown lentamente—. Puse zanahorias pulverizadas y raíz de perejil cortado fino, bayas de enebro...

Hizo otra pausa como si una voz le dijera que debía detenerse, y miró todas las caras.

La sala, advirtió, empezaba a girar lentamente, primero de izquierda a derecha, luego de derecha a izquierda.

—Raíces de romero y flores de ranúnculo... —dijo débilmente. Soltó la mano de Tom. Tom abrió un ojo y la miró.

—Hojas de baya y berro...

—Será mejor que se siente —dijo la señora Goodwater. Una mujer se levantó y abrió una ventana.

—Nueces secas, lavanda y semillas de manzana silvestre —dijo la señora Brown, y se detuvo—. Rápido ahora, hagamos la elección. Votemos. Yo contaré.

—No hay prisa, Elmira —dijo la señora Goodwater.

—Sí la hay. —Elmira inspiró profunda y temblorosamente—. Recordad, señoras, no más miedo. Haced lo que siempre quisisteis hacer. Votad por mi, y... —La sala se movía otra vez, hacia arriba y hacia abajo—. Gobierno honesto: todas las que apoyan a la señora Goodwater, digan "sí".

—Sí —dijo toda la sala.

—¿Y las que apoyan a la señora Elmira Brown? —dijo Elmira con voz débil.

Tragó saliva.

Luego de un momento, habló sola.

—Sí —dijo.

Se quedó allí, de pie, aturdida, en la tribuna.

El silencio llenó la sala de pared a pared. En ese silencio la señora Elmira Brown emitió un graznido. Se llevó la mano a la garganta. Se volvió y miró a la señora Goodwater, que sacaba ahora, distraídamente, una muñequita de cera con varias tachuelas enmohecidas.

—Tom —dijo Elmira—, llévame al cuarto de las señoras.

—Sí, señora.

Caminaron, y luego se apresuraron, y luego corrieron. Elmira corría adelante, entre la multitud, hacia el pasillo... Llegó a la puerta y fue hacia la izquierda.

—¡No, Elmira, a la derecha, a la derecha! —gritó la señora Goodwater.

Elmira dobló a la izquierda y desapareció.

Se oyó un ruido como carbón que cae en una carbonera.

—¡Elmira!

Las señoras corrieron como las niñas de un equipo de basquetbol, tropezando unas con otras.

Sólo la señora Goodwater fue en línea recta.

Encontró a Tom mirando hacia abajo con las manos apretadas en la barandilla.

—¡Cuarenta escalones! —gimió Tom—. ¡Cuarenta escalones hasta el suelo!

Más tarde, y durante meses y años, se habló de cómo una ebria, Elmira Brown, bajó los escalones, tocándolos todos. Se dijo que cuando empezó a caer estaba ya inconsciente.

Esto dio elasticidad al esqueleto, de modo que rodó sin rebotar. Llegó al pie de las escaleras parpadeando y sintiéndose mejor, habiendo dejado la causa del malestar en el camino. En verdad, estaba tan cubierta de moretones que parecía una señora tatuada. Pero; no, no se había dislocado una muñeca, ni se había torcido un tobillo. Sintió algo rara la cabeza durante tres días, y miraba siempre un poco de reojo. Pero lo importante fue la señora Goodwater al pie de las escaleras. Había puesto la cabeza de Elmira en el regazo, y derramaba lágrimas sobre ella mientras las señoras se apretujaban histéricamente.

—Elmira, te prometo; Elmira, te juro, si vives, si no mueres; óyeme, Elmira, ¡escúchame!

De ahora en adelante emplearé mis artes sólo con buenos propósitos. No más magia negra, sólo magia blanca. En el resto de tu vida no caerás otra vez sobre perros de hierro, no tropezarás con los umbrales, ni te cortarás los dedos, ni rodarás escaleras abajo. El Elíseo, Elmira; te prometo el Elíseo. ¡Si vives! ¡Elmira, ya estoy sacándole las tachuelas a la muñeca! ¡Elmira, háblame! ¡Háblame y levántate! Y ven arriba, que haremos otra votación.

Presidenta, te prometo que serás presidenta de la Liga Femenina Madreselva. Por aclamación, ¿no es cierto, señoras?

Las señoras gritaron tanto que tuvieron que sostenerse unas a otras.

Tom, en lo alto de la escalera, pensó que allá abajo había aparecido la muerte.

Estaba en la mitad de la escalera cuando se encontró con las señoras que subían otra vez, como si salieran de una explosión de dinamita.

—¡Apártate, muchacho!

Adelante venía la señora Goodwater, riendo y llorando.

Luego venía la señora Elmira Brown, haciendo lo mismo.

Y detrás venían las ciento veintitrés socias de la Liga, sin saber si volvían de un funeral o iban a un baile.

Tom miró cómo pasaban y sacudió la cabeza.

—No me necesitan —dijo—. No me necesitan más.

Así que bajó de puntillas las escaleras antes que lo echaran de menos, tomándose con fuerza de la barandilla.

XXVI

—Bueno —dijo Tom—, así ocurrió. Las señoras como locas. Todas alrededor sonándose las narices. Elmira Brown sentada al pie de la escalera, con nada roto, con huesos de jalea, sospecho, y la bruja llorándole sobre el hombro. Y de pronto todas suben las escaleras riéndose. Ya te lo imaginas: ¡salí de allí a la carrera!

Tom se desabrochó la camisa y se sacó la corbata.

—¿Magia, dijiste?

—Magia de toda clase.

—¿Lo crees?

—Sí y no.

—¡Pero en este pueblo hay de todo! —Douglas espío el horizonte, donde las nubes cubrían el cielo con las formas enormes de guerreros y dioses antiguos— ¿Encantamientos y muñecas de cera y agujas y elixires, dijiste?

—No era realmente un elixir, sino algo horrible. ¡Huy! ¡Ay!

Tom se llevó las manos al vientre y sacó la lengua.

—Brujas... —dijo Douglas, entornando misteriosamente los ojos.

XXVII

Y luego llegó ese día, cuando alrededor, en todas partes, se oyen caer las manzanas, una a una, del árbol. Al principio, sólo una aquí y una allá, y luego son tres, y luego son cuatro, y luego son nueve, y veinte, hasta que al fin las manzanas se precipitan como una lluvia, golpean como cascos de caballo la hierba suave, y cada vez más oscura. Uno es la última manzana del árbol, y espera que el viento lo libre lentamente de los lazos que lo unen al cielo y lo haga caer. Mucho antes de golpear la hierba, uno ha olvidado ya que había un árbol, u otras manzanas, o hierba verde abajo. Uno cae en la oscuridad...

—¡No!

El coronel Freeleigh abrió rápidamente los ojos, y se sentó muy derecho en la silla de ruedas. Extendió la mano fría en busca del teléfono. ¡Estaba todavía allí! Lo apretó un momento contra el pecho, parpadeando.

—No me gusta ese sueño —le dijo al cuarto vacío.

Al fin, con dedos temblorosos, alzó el receptor y llamó a la operadora de larga distancia. Le dio un número y esperó, observando la puerta del dormitorio como si en cualquier momento una plaga de hijos, hijas, nietos, enfermeras, doctores, pudiera precipitarse en enjambre para quitarle este último lujo vital de sus moribundos sentidos. Muchos días, o años atrás, cuando el corazón le golpeaba. como una daga las costillas y la carne, había oído a los niños abajo... ¿Cómo se llamaban? Charles, Charlie, Chuck, ¡sí! ¡Y Douglas! ¡Y Tom! ¡Recordaba!

Lo llamaban desde el vestíbulo. Pero como los echaron, cerrándoles la

puerta en las narices, los chicos se habían ido... No puede excitarse, decían los doctores. Ninguna visita, ninguna visita, ninguna visita. Y oía a los chicos que andaban por la calle; los veía, y les hacía señas.

Y ellos le contestaban.' "Coronel... coronel..." Y ahora el coronel estaba solo en su cuarto, y el sapito gris del corazón le latía débilmente en el pecho aquí o allí de cuando en cuando.

—Coronel Freeleigh —dijo la operadora—. Aquí está su llamada. Ciudad de México. Erickson 3899.

Y ahora la voz lejana pero infinitamente clara.

—Bueno.

—¡Jorge! —gritó el viejo.

—¡Señor Freeleigh! ¿Otra vez? Esto cuesta dinero.

—¡Deje eso! Ya sabe lo que debe hacer.

—Sí. La ventana.

—La ventana, Jorge, por favor.

—Un momento —dijo la voz.

Y a miles de kilómetros, en un país del sur, en una oficina de un edificio de ese país, sonaron unas pisadas que se... alejaban del teléfono. El viejo se inclinó apretándose el receptor a la oreja arrugada, que le dolía esperando el próximo sonido.

Una ventana que se levanta.

—Ah... —suspiró el viejo.

Los sonidos de la ciudad de México, en un cálido y amarillo mediodía, entraron por la ventana abierta y llegaron al teléfono. El coronel podía ver a Jorge que sostenía el aparato, apuntando con la embocadura hacia el día brillante.

—Señor.

—No, no, por favor; déjeme escuchar.

Escuchó los gritos de las cornetas metálicas, el chirrido de los frenos, las voces de los vendedores que ofrecían bananas purpúreas y naranjas de la selva. Los pies del coronel Freeleigh empezaron a moverse, colgando del borde de la silla de ruedas, juntando los pasos de un transeúnte. Cerró con fuerza los ojos. Olfateó inmensamente, como para percibir los olores de la

carne colgada en ganchos de hierro, a la luz del sol, y cubierta de una túnica de moscas arracimadas; el olor de las calles de piedra mojadas por la lluvia matinal. Podía sentir el sol, que le quemaba las mejillas flacas y barbudas, y tenía otra vez veinticinco años; y caminaba, caminaba, sonriendo, con la felicidad de estar vivo, y despierto, embriagándose con colores y aromas.

Un golpecito en la puerta. El coronel escondió rápidamente el teléfono en la bata.

Entró la enfermera.

—Hola —dijo—. ¿Se encuentra bien?

—Sí.

La voz del viejo era mecánica. Apenas podía ver. Aquel golpecito en la puerta lo había sorprendido de tal modo que una parte de él estaba todavía en otra ciudad, muy lejos.

Esperó a que su mente volviera. Debía estar aquí para responder preguntas, actuar cuerdamente, ser cortés.

—He venido a tomarle el pulso.

—¡No ahora!

—¿No piensa salir, no es cierto? —dijo la enfermera.

El coronel la miró. No salía desde hacía diez años.

—Déme la mano.

Los dedos de la enfermera, fuertes y precisos, buscaron la enfermedad en el pulso, como un par de calibradores.

—Está muy excitado. ¿Qué ha hecho?

—Nada.

Los ojos de la mujer miraron alrededor y se detuvieron en la mesa vacía del teléfono. En aquel instante, a tres mil kilómetros de distancia, sonó claramente una bocina.

La mujer sacó el receptor de debajo de la bata y lo sostuvo ante la cara del coronel.

—¿Por qué hace esto? Prometió que no lo haría. Se excita y habla demasiado. Esos chicos que venían a alborotar.

—Se quedaban quietos y escuchaban —dijo el coronel—. Y yo les contaba cosas que nunca habían oído. El búfalo, el bisonte. Valía la pena. No

me importa. Yo me sentía afiebrado, pero vivo. No importa si sentirse tan vivo mata a un hombre. Es mejor sentirse así todo el tiempo. Déme ese aparato. Al menos puedo hablar con alguien de afuera.

—Lo siento, coronel. Tendré que contárselo a su nieto. Impedí que le sacaran el teléfono la semana pasada.

—Esta es mi casa, mi teléfono. ¡Le pago!

—Para que se mejore, no para que se excite. —La mujer hizo rodar la silla por el cuarto—. ¡A la cama ahora, joven!

Desde la cama, el coronel miró fijamente el teléfono.

—Iré a la tienda unos minutos —dijo la enfermera—. Le esconderé la silla de ruedas en el vestíbulo; así no hablará otra vez.

Llevó la silla fuera del cuarto. El coronel oyó que la enfermera llamaba desde el teléfono auxiliar, en el vestíbulo.

¿Estaría llamando a México?, se preguntó. No se atrevería.

La puerta de calle se cerró.

El coronel pensó en la última semana, solo en este cuarto, y las secretas y narcóticas llamadas a través de continentes, un istmo, países selváticos de lluvias tropicales, mesetas con orquídeas azules, lagos y colinas... hablando... hablando... a Buenos Aires... y Lima...

Río de Janeiro.

Se incorporó en la cama fría. ¡Mañana se llevarían el teléfono! ¡Qué tonto codicioso había sido! Sacó las piernas de marfil quebradizo fuera de la cama, y se asombró. Parecían cosas que se le hubieran pegado al cuerpo mientras dormía, mientras se llevaban las piernas más jóvenes y las quemaban en el horno del sótano. A medida que pasaban los años le habían destruido el cuerpo, sacándole manos, brazos y piernas, y dejándole sustitutos tan delicados e inútiles como piezas de ajedrez. Y ahora se metían en cosas más intangibles...

la memoria. Querían cortar los cables que comunicaban con años del pasado.

El coronel atravesó el cuarto de prisa, trastabillando. Tomó el teléfono y se dejó caer apoyándose en la pared, hasta sentarse en el suelo. Llamó a la operadora de larga distancia, sintiendo que le estallaba el corazón, que latía

cada vez más rápidamente, y que se le oscurecía la vista.

—¡Rápido, rápido!

Esperó.

—¿Bueno?

—Jorge, cortaron.

—No debe llamar otra vez, señor —dijo la voz lejana—. Me telefonó la enfermera. Me dijo que está usted muy enfermo. Tengo que colgar.

—¡No, Jorge, por favor! —suplicó el viejo—. Una última vez, escuche. Se llevan el teléfono.

Nunca más lo llamaré.

Jorge no dijo nada.

—¡Por el amor de Dios, Jorge! —continuó el viejo—. Por nuestra amistad, entonces, ¡por los viejos días! No sabe usted cuánto significa para mí. ¡Tiene usted mi edad, pero puede moverse! Yo no voy a ninguna parte desde hace diez años.

Soltó un momento el aparato. El dolor le apretaba el pecho.

—¡Jorge! Está usted ahí todavía, ¿no?

—¿La última vez?

—¡Lo prometo!

Dejaron el teléfono sobre un escritorio, a miles de kilómetros de distancia. Una vez más, con una clara familiaridad, se oyeron las pisadas, la pausa, y, al fin, la ventana que se abría.

—Escucha —se dijo el viejo a si mismo.

Y oyó a mil personas, a la luz de otro sol, y la débil y tintineante música de un organillo que tocaba La marimba. Oh, qué música encantadora.

Con los ojos cerrados, el viejo alzó la mano, como si fuese a sacar fotografías de una vieja catedral, y la carne le pesaba más en el cuerpo, era más joven, y sentía en los pies las piedras calientes de la calle.

—¿Están todavía ahí, no es cierto? —quería decir el coronel—. Todos ustedes, en esa ciudad, a la hora de la siesta, con las tiendas cerradas, y los niños que gritan:

¡Lotería nacional para hoy! Todos ahí, la gente de la ciudad. No puedo creer que haya estado alguna vez entre ustedes. Cuando se está lejos de una

ciudad, las casas y las gentes parecen meras fantasías. Cualquier ciudad, Nueva York, Chicago, se hace improbable con la distancia. Como soy yo improbable aquí, en Illinois, en un pueblito a orillas de un lago tranquilo. Todos improbables para todos, porque no nos vemos. Por eso es tan hermoso oír los sonidos, y saber que la ciudad de México está todavía ahí, con gente...

El coronel apretó el receptor contra el oído.

Y al fin, el ruido más claro, el más improbable: el ruido del tranvía verde que doblaba una esquina, un tranvía cargado de gente morena, extraña y hermosa, y los ruidos de otras gentes que corrían y llamaban alegremente mientras subían de un salto y desaparecían detrás de una esquina sobre rieles chirriantes, perdiéndose a lo lejos bajo el sol enceguedor, dejando sólo el ruido de las tortillas que se freían en las cocinas del mercado, o quizá eran los zumbidos y crujidos estáticos que subían y bajaban continuamente a lo largo de tres mil kilómetros de alambre.

El viejo se quedó sentado en el piso.

Pasó el tiempo.

Una puerta se abrió abajo, lentamente. Unas pisadas leves entraron, titubearon; y al fin se aventuraron por las escaleras.

—¡No deberíamos estar aquí! —murmuró alguien.

—Me llamó por teléfono, te dije. Necesita visitas.

—¡Está enfermo!

—Sí. Pero me dijo que viniésemos cuando no está la enfermera. Sólo un segundo, saludaremos y...

La puerta del dormitorio se abrió de par en par. Los tres niños se quedaron mirando al viejo, sentado en el piso.

—¿Coronel Freeleigh? —llamó Douglas suavemente.

Había algo en aquel silencio que hizo callar a todos.

Se acercaron, casi de puntillas.

Douglas se inclinó y sacó el teléfono de los dedos ya casi fríos del coronel. Se llevó el receptor al oído, y escuchó, y oyó un sonido raro, lejano y final.

A tres mil kilómetros, una ventana que se cerraba.

XXVIII

—¡BUM! —Dijo Tom—. Bum. Bum. Bum.

Estaba sentado en el cañón de la guerra civil, en la plaza.

Douglas, frente al cañón, se llevó las manos al pecho y cayó sobre los hierros. No se incorporó; se quedó allí, con el rostro pensativo.

—Parece que fueras a sacar el lápiz en cualquier momento —dijo Tom.

—¡Déjame pensar! —dijo Douglas, mirando el cañón. Se echó de espaldas y miró el cielo y los árboles—. Tom, se me acaba de ocurrir.

—¿Qué?

—Ayer murió Ching Ling Soo. Ayer la guerra civil terminó para siempre en este pueblo.

Ayer murió aquí el señor Lincoln, y también el general Lee y el general Grant y otros cien mil que miraban al norte o al sur. Y ayer a la tarde, en casa del coronel Freeleigh, una manada de búfalos tan grande como todo Green Town, Illinois, cayó por un precipicio hacia la nada. Ayer una gran cantidad de polvo se asentó para siempre. Y en ese momento no me di cuenta. ¡Es terrible, Tom, terrible! ¿Qué vamos a hacer sin esos búfalos? ¿Qué vamos a hacer sin esos soldados y esos generales Lee y Grant y Honest Abe? ¿Qué vamos a hacer sin Ching Ling Soo? Nunca imaginé que tantos pudiesen morir tan rápidamente, Tom. Pero así es. ¡Así es!

La voz de Douglas se apagó lentamente. Tom, sentado a horcajadas sobre el cañón, miró a su hermano.

—¿Trajiste la libreta de notas?

Douglas meneó la cabeza.

—Será mejor que vayas a casa y anotes todo eso antes de olvidarlo. No todos los días te cae encima la mitad de la población del mundo.

Douglas se sentó, y se puso de pie. Se paseó por la plaza mordiéndose el labio inferior.

—¡Bum! —dijo Tom quedamente—. ¡Bum! ¡Bum!

Luego alzó la voz.

—¡Doug, te maté tres veces! Doug, ¿me oyes? ¡Eh Doug! ¡Bum! —le dijo a la figura que se alejaba—. Bueno. Como quieras. —Se echó boca abajo en el cañón y apuntó cerrando un ojo—. ¡Bum!

XXIX

—¡Ahora!

—¡Veintinueve!

—¡Ahora!

—¡Treinta!

—¡Ahora!

—¡Treinta y una!

La palanca cayó. Las amarillas tapas de estaño, que cerraban las botellas llenas, centelleaban. El abuelo le alcanzó a Douglas la última botella.

—La segunda cosecha del año. Junio ya está en los estantes. Aquí julio. Y ahora agosto.

Douglas alzó la botella de vino tibio, pero no la puso en el estante. Miró las otras botellas numeradas que esperaban allí, todas parecidas, iguales, todas brillantes, todas regulares, todas llenas.

Ahí está el día en que descubrí que estaba vivo, pensó. ¿Por qué la botella no brilla más que las otras?

Ahí está el día en que John Huff cayó del acantilado del mundo, y desapareció. ¿Por qué no es más oscura que las otras?

¿Dónde, dónde estaban los perros del verano que habían saltado como delfines en las mareas del trigo, que el viento trenzaba y destrenzaba? ¿Dónde estaba el olor eléctrico de la Máquina Verde y el tranvía? ¿Lo recordaba el vino? ¡No! Parecía que no, por lo menos.

En alguna parte, un libro decía que todas las conversaciones, todas las

canciones que se habían oído una vez vibraban aún en el espacio, y que si uno viajaba hasta la constelación del Centauro podía oír a George Washington mientras hablaba en sueños, o a César sorprendido por el cuchillo en la espalda. Esto en cuanto a sonidos. ¿Y la luz? Todas las cosas una vez vistas, no morían, no podían morir. En alguna parte, buscando en el mundo, quizá en los goteantes y múltiples panales de las abejas inflamadas por el polen, donde la luz era una savia de ámbar, o en los treinta mil lentes del enjorado cráneo de la libélula del mediodía, uno podía encontrar todos los colores y visiones del universo, de un año cualquiera. Y si uno vertía una sola gota de este vino bajo un microscopio, quizá todo el Cuatro de Julio estallaría como los fuegos artificiales de una erupción del Vesubio. Había que creerlo.

Y sin embargo... mirando la botella con un número que señalaba el día en que el coronel Freeleigh había tropezado, hundiéndose dos metros bajo tierra, Douglas no podía descubrir ni un gramo de sedimento oscuro, ni una mota de polvo harinoso de la manada de bisontes, ni una escama de azufre de los rifles de Shiloh...

—Listo agosto —dijo Douglas—. Sí. Pero tal como van las cosas no habrá máquinas, ni amigos, y muy pocos dientes de león para la próxima cosecha.

—¡Tan! ¡Tan! Pareces una campana que dobla a muerto —dijo el abuelo—. Hablar así es peor que blasfemar. Sin embargo, no te limpiaré la boca con jabón. Un vasito de vino es lo más indicado. Toma, bebe. ¿A qué sabe?

—¡Soy un tragafuegos! ¡Huy!

—Ahora arriba. Corre diez veces alrededor de la manzana, da cinco saltos mortales, súbete a dos árboles y te sentirás como un director de orquesta y no como un funebrero. ¡En marcha!

Mientras corría, Douglas pensó: Una vuelta, dos saltos y un árbol será suficiente.

XXX

Y alla afuera, en medio del primer día de agosto, estaba Bill Forrester, metiéndose en el coche, y gritando que iba a la parte baja del pueblo en busca de algún helado extraordinario. ¿Quería acompañarlo alguien? No habían pasado cinco minutos, cuando Douglas, reanimado, cruzaba la calle de fuego y entraba en la gruta de frescura de vainilla, donde el aire olía a agua gaseosa, y se sentaba junto a la fuente de mármol blanco con Bill Forrester. Pidieron que les enumeraran los más insólitos helados, y cuando el hombre dijo:

—Helado de lima y vainilla a la antigua.

—¡Ese! —gritó Bill Forrester.

—¡Sí, señor! —dijo Douglas.

Y, mientras esperaban, dieron vueltas lentamente en los taburetes giratorios. Los grifos de plata, los espejos brillantes, los ventiladores que susurraban en el cielo raso, las sombras verdes en las ventanitas, las sillas de respaldos de arpa, pasaron ante los ojos móviles.

Dejaron de girar. Los ojos se detuvieron en la cara y la forma de la señorita Helen Loomis, de noventa y cinco años, con una cuchara de helado de crema en la mano, y helado de crema en la boca.

—Joven —le dijo la mujer a Bill Forrester—, es usted una persona de gusto e imaginación.

Tiene también la fuerza de voluntad de diez hombres. De otro modo no se atrevería a salirse de los gustos comunes, y decidirse, sin titubeos ni reservas, por algo tan insólito como un helado de lima y vainilla.

Bill respondió con una solemne inclinación de cabeza.

—Siéntense conmigo, los dos —dijo la mujer—. Hablaremos de helados raros y otras cosas parecidas. No teman, pagaré la cuenta.

Sonriendo, Douglas y Bill llevaron los platos a la mesa de la mujer, y se sentaron.

Tú pareces un Spaulding —le dijo ella al niño—. Tienes la cabeza de tu abuelo. Y usted, usted es William Forrester. Escribe en el Chronicle una columna bastante buena. He oído muchas cosas de usted que no voy a repetir ahora.

—Yo también la conozco —dijo Bill Forrester—. Usted es Helen Loomis. —Titubeó y en seguida dijo—: Una vez me enamoré de usted.

—Muy bien, así me gusta que empiecen las conversaciones. —Helen Loomis cavó lentamente en su helado de crema—. Se abren las puertas para otro encuentro. No, no me diga dónde, cuándo o cómo se enamoró de mí. Dejemos eso para la próxima vez. Ya me han quitado el apetito. Bueno, debo irme a casa de todos modos. Ya que es periodista, venga a tomar el té mañana entre las tres y las cuatro. Quizá le cuente la historia del pueblo, desde que era un puesto de mercancías. Señor Forrester, me recuerda usted a un caballero que conocí hace setenta, sí, setenta años.

La mujer estaba sentada del otro lado de la mesa y era como hablar con una polilla gris, extraviada y temblorosa. La voz venía de lejos, del interior del color gris y la vejez, envuelta en polvo de flores y mariposas apretadas.

—Bueno —La mujer se levantó—. ¿Vendrá?

—Ciertamente —dijo Bill Forrester.

La mujer se perdió en el pueblo, y el niño y el joven miraron cómo se iba y terminaron lentamente los helados.

William Forrester pasó la mañana siguiente verificando algunas noticias locales. Después del almuerzo, le sobró tiempo para pescar en el río de las afueras. Pescó sólo un pescadito que devolvió alegremente al agua, y, sin pensarlo, o por lo menos sin advertir que lo había pensado, a las tres de la tarde entró con su coche en cierta calle. Se miró interesado las manos en el volante mientras el coche trazaba una amplia curva y se detenía en una entrada con hiedra. Bajó, y en aquel enorme jardín verde, junto a la casa

victoriana de tres pisos, recientemente pintada, advirtió que el coche era como su pipa: viejo, despintado, descuidado. En el extremo más lejano del jardín hubo un movimiento fantasmal, alguien llamó, y Bill vio a la señorita Loomis, como trasladada en el espacio y el tiempo, sola, junto al servicio de té de brillantes y suaves superficies de plata, esperándolo.

—Por primera vez una mujer está ya preparada, esperando —dijo Bill, acercándose—. Y por primera vez —admitió— llego a tiempo a una cita.

—¿Cómo es eso? —preguntó la mujer, reclinándose en la silla de mimbre.

—No sé —dijo él.

—Bueno —La anciana sirvió el té—. Para empezar de algún modo, ¿qué piensa del mundo?

—No sé nada.

—El comienzo de la sabiduría. Cuando se tienen diecisiete años, se sabe todo. Si piensa lo mismo a los veintisiete años, tiene aún diecisiete.

—Parece haber aprendido mucho.

—Les viejos aparentan saberlo todo. Pero es un papel, una máscara, como otra cualquiera.

Entre usted y yo, los viejos nos guiñamos el ojo, y sonreímos, diciendo: ¿te gusta mi máscara, mi actuación? ¿No es la vida una comedia? ¿Interpreto bien?

Los dos se rieron quedamente. Bill se echó hacia atrás y dejó que la risa le brotara naturalmente por primera vez en muchos meses. Al fin la mujer tomó la tetera con las dos manos y miró adentro.

—Sabe usted; es una suerte que nos hayamos conocido tan tarde. No me hubiera gustado que me conociese a los veintiuno. Era una tonta.

—Hay leyes especiales para las muchachas de veintiuno.

—¿Cree entonces que yo era bonita?

Bill asintió de buen humor.

—¿Pero cómo puede saberse? —preguntó la mujer—. Cuando uno se encuentra con el dragón que se ha comido al cisne, ¿se guía uno por las pocas plumas que han quedado en las fauces? Un cuerpo como éste es un dragón, todo escamas y pliegues. Así que el dragón se comió al cisne blanco. No lo

veo desde hace mucho. Ni siquiera recuerdo cómo era. Pero está ahí, a salvo, adentro todavía vivo. El cisne esencial no ha cambiado una pluma. Sabe usted; algunas mañanas de primavera y otoño salgo a caminar y pienso: ¡correré por la hierba, me internaré en el bosque, y comeré moras! ¡O nadaré en el lago, o bailaré hasta el alba! Y en seguida descubro, con furia, que soy este viejo y arruinado dragón. Soy la princesa de la torre abolida, que aún espera al príncipe.

—¿No se le ocurrió escribir un libro?.

—Mi querido muchacho, he escrito. Qué otra cosa le queda a una vieja doncella. Fui una criatura alocada de cabeza de lentejuelas de feria hasta los treinta años, y entonces el único hombre que me había importado realmente se casó con otra. Me dije a mí misma que merecía ese destino, por no haberme casado a tiempo. Empecé a viajar. Los copos de nieve de los marbetes blanquearon mi equipaje. Estuve en París, sola en Viena, sola en Londres, y, siempre, era como estar sola en Green Town, Illinois. ¡Oh!, sobra tiempo entonces para pensar, para mejorar los modales, agudizar la conversación. Pero pienso a veces que hubiera cambiado un tiempo de verbo o una cortesía por alguien que me hubiese acompañado en un fin de semana de treinta años.

Bebieron el té.

—¡Oh, qué torrente de autocompasión! —dijo la mujer, animadamente—. Hablemos de usted ahora. Tiene treinta y un años y no se ha casado aún.

—Digámoslo así: las mujeres que hablan, piensan y actúan como usted son raras.

—¡Oh! —dijo ella seriamente—. No espere que las muchachas hablen como yo. Eso viene más tarde. Son demasiado jóvenes ante todo. Y luego, el hombre común echa a correr cuando descubre rudimentos de cerebro en una dama. Apostaría a que se ha encontrado usted con varias jóvenes que le han ocultado su inteligencia. Tendrá que buscar un poco para descubrir el bicho raro. Levantar algunas tablas.

Se rieron otra vez.

—Seré probablemente un meticuloso viejo solterón.

—No, no, no haga eso. No estaría bien. Ni siquiera debía de haber

venido. Esta calle lleva sólo a una antigua pirámide. Las pirámides son muy hermosas, pero las momias no son buena compañía. ¿Adónde querría ir, qué querría hacer realmente?

—Ver Estambul, Port Said, Nairobi, Budapest. Escribir un libro. Fumar demasiados cigarrillos. Caer en un precipicio, pero ser salvado por un árbol. Recibir unos tiros en un callejón, en una medianoche marroquí. Amar a una mujer hermosa.

—Bueno, no creo que pueda yo satisfacer todo eso —dijo la mujer—. Pero he viajado, y puedo hablarle de algunos lugares. Y si entra en mi jardín esta noche, y yo estoy todavía despierta, podría descargar sobre usted un mosquete de la guerra civil. ¿Se satisfarían así sus masculinas ansias de aventura?

—Sería maravilloso.

—¿A dónde le gustaría ir ahora? Puedo llevarlo a donde quiera, con un encantamiento.

Nombre el lugar. ¿Londres? ¿El Cairo? El Cairo le enciende a uno el rostro, como una luz. Así que vayamos a El Cairo. Descanse. Ponga un poco de tabaco en esa pipa, y reclínese.

Bill se apoyó en el respaldo, sonriendo, abandonándose, y escuchó, y ella empezó a hablar:

—El Cairo... —dijo.

Pasó una hora entre joyas y callejones y vientos del desierto egipcio. El sol era dorado, y el Nilo barroso golpeaba las costas del delta, y una muchacha muy joven y ágil en lo alto de una pirámide decía a Bill que subiese y se amparara del sol, y Bill subió, y la muchacha le tendió la mano, y luego cabalgaron en un camello, trotando hacia la enorme forma de la Esfinge, y más tarde, en el barrio nativo, se oyó un tintineo de martillitos sobre bronces y platas, y una música que brotaba de unos instrumentos de cuerda y que se apagaba, se apagaba...

William Forrester abrió los ojos. La señorita Loomis había terminado la aventura y estaban de vuelta en el jardín, con el té frío en la tetera, y los bizcochos secos al sol de la tarde.

William Forrester se estiró y suspiró.

—Nunca me he sentido más cómodo.

—Tampoco yo.

—Me he quedado demasiado tiempo. Debía de haberme ido hace una hora.

—¿Sabe que he disfrutado de cada minuto? ¿Pero qué verá usted en una vieja tonta?

Bill se echó hacia atrás y entrecerró los ojos y la miró. Cerró aún más los ojos hasta sólo dejar pasar un filamento de luz. Inclino la cabeza, un poco hacia un lado, y luego hacia el otro.

El hombre no dijo nada, y siguió mirando.

—Si uno lo hace bien —murmuró luego—, uno puede ajustar, cambiar...

—¿Qué hace? —preguntó ella, incómoda.

En su interior pensaba ajustar el tiempo, volver atrás años. De pronto se sobresaltó.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

Había desaparecido. Bill había abierto los ojos para verlo. Un error. Debía de haber borrado un poco más ociosamente, con los ojos entornados.

—Durante un instante —dijo— lo vi.

—¿Qué?

El cisne, por supuesto, pensó Bill, pero su boca debió de haber dibujado las palabras.

La señorita Loomis se sentó muy derecha. Las manos cayeron rígidas, en el regazo. Miró a Bill, y él, mientras la observaba, sin saber qué hacer, vio que los ojos de la anciana cambiaban y se humedecían.

—Lo siento —dijo—, lo siento muchísimo.

—No, no lo sienta —dijo ella. Siguió rígidamente sentada sin tocarse la cara o los ojos, con las manos juntas—. Será mejor que se vaya. Sí, puede venir mañana, pero ahora váyase,

¡por favor!, y no hable.

Bill cruzó el jardín, dejándola junto a la mesa, a la sombra. No se atrevió a mirar hacia atrás.

Cuatro días, ocho días pasaron, y Bill fue invitado a tés, cenas, almuerzos. Hablaron en las largas y verdes tardes, hablaron de arte, literatura, vida,

sociedad, política. Comieron helados y pichones, y bebieron buenos vinos.

—No me importa lo que diga la gente —comentó ella—. Y la gente está diciendo cosas, ¿no es así?

Bill se movió, incómodo.

—Lo sé. Una mujer nunca se libra de habladurías, ni aun a los noventa y cinco años.

—Puedo dejar de visitarla.

—¡Oh, no! —exclamó ella y se contuvo. Con voz más serena añadió—: Sabe que no puede hacerlo. Sabe que no le importa lo que piensan. Mientras nosotros sepamos que todo está bien.

—No me importa.

—Bien —la mujer se acomodó en la silla—, juguemos nuestro juego. ¿Qué será hoy? ¿París?

Creo que París.

—París —dijo él, asintiendo dulcemente.

—Bueno —comenzó la mujer—, es el año 1885 y embarcamos en Nueva York. Aquí está el equipaje, y los billetes. Estamos en el mar. Llegamos a Marsella.

Aquí estaba ella, en un puente, mirando las aguas claras del Sena, y aquí, un momento después, estaba él a su lado, mirando las mareas del estío, que pasaban. Aquí estaba ella con un aperitivo en los dedos blancos como el talco, y aquí estaba él, con rapidez asombrosa, inclinándose hacia adelante para brindar con ella. El rostro de Bill apareció en las salas con espejos de Versalles, sobre humeantes smörgasbörds en Estocolmo, y los dos contaron los postes pintados de los canales de Venecia. Las cosas que ella había hecho sola, las hacían ahora juntos.

Se miraron en las últimas horas de la tarde. Era un día de agosto.

—¿Sabe usted —dijo él— que la he visto casi todos los días durante dos semanas y media?

—¡Imposible!

—He disfrutado inmensamente.

—Sí, pero hay tantas chicas jóvenes.

—Usted tiene lo que a ellas les falta: bondad, inteligencia, ingenio.

—Disparates. La bondad y la inteligencia son preocupaciones de la edad. A los veinte años es más fascinante ser cruel e insensato. —La señorita Loomis hizo una pausa y tomó aliento—. Bueno, lo pondré en un apuro. Recuerdo aquella primera tarde de los helados, usted dijo que en un tiempo había sentido... digamos cierto afecto por mí. Nunca hablamos de eso.

Pido ahora que me cuente esa molesta historia.

Bill no sabía aparentemente qué decir.

—Me apura usted.

—¡Hable!

—Vi su fotografía hace años.

—Nunca permití que me fotografiaran.

—Esta era una fotografía vieja, de los veinte años.

—¡Oh, ésa! Es realmente gracioso. Cada vez que hago una caridad o asisto a un baile le sacan el polvo a esa fotografía y la imprimen. Todos se ríen en el pueblo, incluso yo.

—Es una crueldad del periódico.

—No. Les dije un día: si quieren un retrato mio publiquen ése de 1853. Que me recuerden de ese modo. Por favor, no abran el ataúd en el servicio.

—Le contaré.

Bill cruzó las manos, se las miró, y esperó un momento. Recordaba la fotografía, muy claramente. Era hora, aquí en el jardín, de recordar todos los detalles, y a Helen Loomis, muy joven, que posaba por primera vez, solitaria y hermosa. Recordó el rostro tranquilo, sonriente y tímido.

Era el rostro de la primavera, era el rostro del verano, era la calidez del trébol. Las granadas le brillaban en los labios y el cielo lunar en los ojos. Tocar aquel rostro sería como esa experiencia siempre nueva de abrir la ventana una mañana de diciembre, temprano, y sacar la mano a la nieve blanca y fría que había caído en silencio, sin anunciarse, de noche.

Y la frescura y la ternura del rostro estaban ahí para siempre, por un milagro de la química fotográfica, y los vientos del tiempo no podrían cambiar ni una hora ni un segundo. Esa primera y fresca nieve blanca, nunca se fundiría, en mil veranos.

Eso era la fotografía, y así la recordaba Bill. Ahora habló otra vez, luego

de recordar y pensar en aquella imagen.

—Cuando vi por vez primera el retrato era un retrato simple, directo, con un peinado natural, y no sabía que tenía tantos años. La noticia en el periódico decía algo de Helen Loomis, que patrocinaba el baile de la noche. Corté la fotografía del periódico; la llevé conmigo todo el día. Esperaba ir al baile. Luego, a la tarde, alguien me vio mirando la fotografía, y me explicó todo. Que la había sacado hacia tanto tiempo y que desde entonces aparecía todos los años en el periódico. Y me dijeron que no fuera a buscarla aquella noche al baile, con el retrato.

Pasó un largo minuto. Bill miró la cara de la mujer. La señorita Loomis miraba el muro más lejano del jardín, y las rosas sobre el muro. No podía saberse qué pensaba. Nada había en su rostro. Se hamacó un poco en la silla y luego dijo suavemente:

—¿Otro poco más de té?

Bebieron. Luego ella se inclinó y tocó el brazo de Bill.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por querer buscarme en el baile, por recortar la fotografía, por todo. Muchas gracias.

Caminaron por los senderos del jardín.

—Y ahora —dijo ella— me toca a mí. Recuerda que mencioné una vez a un pretendiente de hace setenta años. ¡Oh!, murió hace cincuenta, por lo menos; pero cuando era muy joven, se pasaba los días a caballo, y hasta las noches, en los prados de las afueras. Tenía una cara sana y viva siempre quemada por el sol, y unas manos muy cuidadas, y fumaba como una chimenea, y caminaba como si fuese a volar. No conservaba un trabajo, y lo despedían cuando empezaba a interesarle, y un día casi se peleó conmigo porque yo era mas indisciplinada que él y no me decidía a sentar cabeza. Así fue. Nunca pensé que volvería a verlo. Pero ahí está usted despidiendo cenizas alrededor, torpe y elegante. Sé lo que va a hacer antes que lo haga, y siempre me sorprende. No creo mucho en reencarnaciones, pero el otro día se me ocurrió, ¿y si en la calle yo lo llamara Robert, Robert, usted se daría vuelta?

—No sé —dijo él.

—Yo tampoco. La vida es interesante; realmente.

Agosto había terminado casi. La mano fresca del otoño entró lentamente en el pueblo, y todo pareció suavizarse, y en los árboles apareció la primera fiebre de color, un rubor débil en las colinas, y un olor de león en los campos de trigo. Ahora el dibujo familiar de los días se repetía como si un calígrafo escribiera, una y otra vez, una serie de eles y emes, repitiendo la línea en delicados arroyuelos.

William Forrester cruzó el jardín una tarde, en los primeros días de setiembre, y vio que Helen Loomis escribía cuidadosamente en la mesa de té.

La mujer hizo a un lado la pluma y el tintero.

—Le escribía a usted una carta.

—Bueno, estoy aquí y puede ahorrarse el trabajo.

—No, es una carta especial. Mírela —La mujer mostró el sobre azul—. Recuerde. Cuando la reciba, estaré muerta.

—No hable así, por favor.

—Siéntese y escuche.

Bill se sentó.

—Mi querido William —dijo la anciana a la sombra del quitasol—. Viviré sólo unos días. No. —Extendió la mano—. No diga nada. No tengo miedo. Cuando se ha vivido mucho se pierde también ese miedo. Nunca me gustó la langosta, principalmente mientras no la probé. En mi octogésimo cumpleaños, comí langosta. No puedo decir que me apasione, pero sé cómo sabe, y no le tengo miedo. Diría que la muerte es como la langosta. Me entenderé con ella —Movié las manos—. Basta. Hay algo más importante. No nos veremos más. No habrá servicios. No moleste a la mujer que cruza esta puerta, ni a la que se va a dormir.

—Nadie puede predecir la muerte —dijo Bill al rato.

—Durante cincuenta años he mirado el reloj del abuelo en el vestíbulo, William. Desde que se estropeó una vez puedo predecir hasta la hora en que va a pararse. Los viejos no son diferentes. Sienten cómo la máquina empieza a marchar más lentamente. ¡Oh, por favor, no ponga esa cara, no!

—No puedo evitarlo —dijo él.

—Hemos pasado momentos felices, ¿no es así? Fueron algo hermoso, estas charlas diarias.

Hay una frase muy gastada que habla del "encuentro de las mentes". —La mujer volvió el sobre azul entre los dedos—. Siempre me pareció que el amor era algo mental, aunque el cuerpo no quiera reconocerlo. El cuerpo vive encerrado en sí mismo. Vive sólo para alimentarse y esperar la noche. Es esencialmente nocturno. ¿Pero y qué pasa con la mente que nace en el sol, William, y debe pasar miles de horas despierta y atenta? ¿Puede uno comparar el cuerpo, esa cosa nocturna, lastimosa y egoísta, con toda una vida de sol e inteligencia? No sé. Sólo sé que ahí ha estado su mente, y aquí la mía, y que las tardes han sido incomparables. Hay tanto que hablar aún, pero lo dejaremos para otro tiempo.

—No parece quedarnos mucho tiempo ahora.

—No, pero quizá haya otro tiempo. El tiempo es algo tan raro, y la vida es dos veces más rara. Los engranajes no coinciden, giran sin embargo las ruedas, y las vidas se entrelazan demasiado temprano, o demasiado tarde. He vivido demasiado, indudablemente. Y usted ha nacido demasiado temprano, o demasiado tarde. Hay algo terrible en este modo de contar el tiempo. Pero quizá yo sufra mi castigo por haber sido una tonta. De todos modos, en la próxima vuelta, las ruedas funcionarán bien otra vez. Mientras tanto puede encontrar una joven encantadora, casarse y ser feliz. Pero debe prometerme algo.

—Cualquier cosa.

—Prométame que no envejecerá demasiado, William. Si no le trae algún trastorno muera antes de los cincuenta. Se lo aconsejo, pues no sé cuándo nacerá otra Helen Loomis. Sería horrible que fuese usted muy, muy viejo y una tarde de 1999 me viera otra vez en la calle principal, veintiún años, y todo empiese de nuevo. No creo que yo pueda aguantar más tardes como éstas, por más placenteras que sean. Mil litros de té y quinientos bizcochos bastan para una amistad. Así que muérase de neumonía dentro de veinte años. Pues no sé cuánto tiempo nos retienen allá. Quizá nos envían de vuelta en seguida. Pero haré lo que pueda, William, realmente. Y cuando todo esté arreglado y dispuesto, ¿sabe usted qué ocurrirá?

—Dígamelo.

—Alguna tarde de 1995 o 1990 un joven llamado Tom Smith o John Green, o algo parecido, caminará por la parte baja del pueblo y se detendrá en un mostrador, y pedirá, apropiadamente, algún helado raro. Una joven de la misma edad estará allí sentada, y cuando oiga el nombre del helado, algo ocurrirá. No sé qué o cómo. Ellos no lo sabrán tampoco; seguramente. Ocurrirá simplemente que el nombre del helado les parecerá hermoso a los dos. Hablarán. Y más tarde, cuando se hayan presentado, saldrán juntos a la calle.

La mujer sonrió a Bill.

—Demasiado arreglado, pero perdone a una vieja la manía de empaquetarlo todo ordenadamente. Es una fruslería que le dejo. Bueno, hablemos de otra cosa. ¿Hay algún sitio que no hayamos visitado? ¿Estuvimos ya en Estocolmo?

—Sí, es una hermosa ciudad.

—¿Glasgow? ¿Sí? ¿Dónde, entonces?

—¿Por qué no Green Town, Illinois? —dijo Bill—. Al fin y al cabo, no hemos visitado juntos este pueblo.

La mujer se reclinó en la silla, como Bill, y dijo:

—Le contaré cómo era, entonces, cuando yo tenía dieciocho años, hace mucho...

Era una noche de invierno, y ella patinaba levemente sobre el estanque de hielo de luna blanca. La imagen se deslizaba y murmuraba. Era una noche de verano con fuego en el aire, en las mejillas, en el corazón, y en los ojos se apagaba y encendía el color de las luciérnagas. Era una noche susurrante de otoño, y allí estaba ella, echando carbón en la cocina, cantando, y allí estaba ella, corriendo por el musgo, a orillas del río, y nadando en el pozo de piedra en las afueras del pueblo, una noche de primavera, en las aguas profundas y tibias. Y ahora era el cuatro de julio, y los cohetes golpeaban el cielo, y en todos los porches brillaban fuegos rojos, y luego fuegos azules, y ahora rostros de fuego blanco, y el rostro de ella resplandecía con el último cohete.

—¿Puede ver todo eso? —preguntó Helen Loomis—. ¿Puede verme?

—Sí —dijo William Forrester, cerrando los ojos—. Puedo verla.

—Y luego —dijo ella—, Y luego...

La voz continuó. Pasó la tarde, y cayó la noche, pero la voz continuó en el jardín, y cualquiera que pasase por la calle podía oír aquel sonido de polilla, débil, muy débil...

Dos días más tarde, William Forrester estaba sentado a la mesa en su cuarto, cuando llegó la carta. Douglas subió las escaleras y le dio la carta como si supiera que decía.

William Forrester reconoció el sobre azul, pero no lo abrió. Se lo puso simplemente en el bolsillo de la chaqueta, miró al niño un momento y dijo:

—Vamos, Doug, te invito.

Caminaron calles abajo, hablando muy poco. Douglas callaba, sintiendo que el silencio era necesario. El otoño, que había amenazado unos días, se había ido. El verano había vuelto otra vez, y encendía las nubes y pulía el cielo metálico. Entraron en la droguería y se sentaron junto a la fuente. William Forrester sacó la carta, y la puso en el mostrador, pero no la abrió.

Miró afuera la luz amarilla del sol sobre la calle, y los toldos verdes, y las letras doradas de los escaparates del otro lado, y miró el almanaque en la pared. 27 de agosto de 1928. Miró su reloj pulsera, sintió que el corazón le golpeaba lentamente, y vio que la manecilla del segundero se movía y movía sin prisa, y vio el almanaque, helado para siempre, y el sol, clavado en el cielo. El aire cálido se abría bajo los siseantes ventiladores, sobre su cabeza.

Algunas mujeres se reían junto a la puerta, pero él no las vio, pues miraba más allá, el pueblo, y el alto reloj de la alcaldía. Abrió la carta y empezó a leer.

Luego se volvió lentamente en el taburete giratorio. Ensayó las palabras, una y otra vez, silenciosamente y al fin habló en voz alta, repitiéndolas:

—Un helado de lima y vainilla —dijo—. Un helado de lima y vainilla.

XXXI

Douglas Y Tom y Charlie llegaron jadeando por la calle soleada.

—Tom, dime la verdad.

—¿Qué verdad?

—¿Qué ha ocurrido con los finales felices?

—Puedes verlos en el cine, los sábados a la tarde.

—Sí, ¿pero y en la vida real?

—Sólo sé decirte que cuando me acuesto de noche me siento muy bien. Es el final feliz del día. A la mañana siguiente me levanto y quizá las cosas anden mal. Pero me basta recordar que esa noche me iré a la cama, y que estar acostado un rato arregla las cosas.

—Hablo del señor Forrester y la señorita Loomis.

—Nada podemos hacer. Ella ha muerto.

—¡Ya sé! ¿Pero no te parece que alguien se equivocó en este asunto?

—¿Te refieres a que él pensaba que ella tenía la edad del retrato, y ella un trillón de años?

No, señor, pienso que fue magnífico.

—¿Magnífico?

—Los últimos días cuando el señor Forrester me contó un poco una vez y otro poco otra, y yo al fin junté los pedazos, lloré mucho. No sé por qué, Yo no hubiera cambiado nada. Si no, ¿de qué hablaríamos? Además, me gusta llorar. Luego de llorar es como si fuera otra vez la mañana, y empezara el día.

—Te oí.

—No admites que a ti también te gusta llorar. Lloras un tiempo y todo está bien. Y ahí tienes el final feliz. Y estás listo para salir otra vez y andar con los muchachos. ¡Todo empieza de nuevo! En cualquier momento el señor Forrester pensará un poco y verá que es la única salida; y entonces llorará, y luego mirará alrededor y verá que es otra vez la mañana, aunque sean las cinco de la tarde.

—No me parece un final feliz.

—Un buen sueño o diez minutos de lágrimas o un poco de helado de chocolate, o todo junto es la mejor medicina, Doug. Te lo dice el doctor Tom Spaulding.

—Cállense, muchachos —dijo Charlie—. ¡Hemos llegado casi!

Doblaron una esquina.

En medio del invierno habían buscado alguna huella del verano, y la habían encontrado en los hornos de los sótanos, o en hogueras a orillas de los helados estanques, de noche.

Ahora, en verano, buscaban algún fragmento del olvidado invierno.

Una continua llovizna cayó sobre ellos, refrescándolos, desde un gran edificio de ladrillos.

Leyeron el anuncio que conocían de memoria: CASA DE HIELO DEL VERANO

¡La casa de hielo del verano en un día de verano! Se rieron y entraron a espiar en la inmensa caverna, donde en trozos de cincuenta, cien y doscientos kilos, los glaciares, los icebergs, las caídas pero no olvidadas nieves de enero dormían en vapores de amoníaco y gotas de cristal.

—Siente eso —suspiró Charlie Woodman—. ¿Qué más puedes pedir?

El aliento del invierno soplaba una y otra vez sobre ellos, que aún de pie en el día abrasador, olían la madera húmeda de la plataforma. Una niebla perpetua se extendía en arco iris desde la máquina del hielo.

Mordieron unos trozos de hielo envueltos en pañuelos, pues se les helaban las manos.

—Todo ese vapor, toda esa niebla —susurró Tom—. La reina de las nieves. Nadie cree hoy en reinas de las nieves. No sería raro que se escondiese aquí.

Los niños miraron y vieron que los vapores se alzaban y flotaban en largas bandas de humo frío.

—No —dijo Charlie—. ¿Sabes quién vive aquí? Sólo un hombre. Un hombre que te pone la carne de gallina —Charlie bajó la voz—. El Solitario.

—¿El Solitario?

—Nació, creció, ¡y vive aquí! ¡Todo este verano, Tom, todo este frío, Doug! ¡De qué otro lugar puede salir para estremecernos en las noches más calurosas del año? ¿No huele a él?

Claro que sí. El Solitario... El Solitario.

Tom aulló.

—No te asustes, Doug. —Charlie sonrió con una mueca—. Le puse a Tom un poco de hielo en la espalda, eso es todo.

XXXII

El reloj de la plaza sonó siete veces. Los ecos de las campanas se apagaron.

Un cálido atardecer de verano en el norte de Illinois, en este pueblo rodeado por un río, un lago, una llanura y un bosque. Las tiendas se cerraban, y las sombras cubrían las calles. Y

había dos lunas. La luna del reloj con cuatro caras en cuatro direcciones nocturnas sobre el solemne y negro edificio de la plaza, y la luna real de blancura de vainilla que se alzaba desde el este.

En la casa de los helados los ventiladores suspiraban en el alto cielo raso. Algunos hombres y mujeres, invisibles, descansaban a la sombra rococó de los porches. De cuando en cuando brillaba la punta rosada de un cigarro. Las puertas de alambre giraban sobre sus goznes, golpeándose. Por los ladrillos purpúreos de las calles nocturnas, corría Douglas Spaulding.

Perros y niños iban detrás.

—¡Hola, señorita Lavinia!

Los chicos saltaron alejándose. Saludándolos con la mano, suavemente, Lavinia Nebbs se quedó sola con un alto y frío vaso de limonada en los pálidos dedos, llevandoselo a los labios, sorbiendo, esperando.

—Aquí estoy, Lavinia.

Lavinia se volvió y allí estaba Francine, de níveo blanco, al pie de los escalones del porche, entre el aroma de las zinnias y de los hibiscos. Lavinia Nebbs cerró la puerta de calle y dejando el vaso de limonada en el porche,

dijo:

—Una hermosa noche para una película.

Caminaron calle abajo.

—¿A dónde van, chicas? —gritaron la señorita Fern y la señorita Roberta desde otro porche.

Lavinia respondió a través del suave océano de oscuridad.

—¡Al teatro Elite a ver a Charlie Chaplin!

—No nos atrevemos a salir —se quejó la señorita Fern—. El Solitario anda por ahí, estrangulando mujeres.

—¡Oh, Dios!

Lavinia oyó un portazo en la casa de las hermanas, y un cerrojo que caía, y siguió su camino. El cálido aliento de la noche de verano se alzaba desde la acera, tibia como un horno. Era como caminar sobre la dura corteza de un pan caliente. El calor latía bajo los vestidos, a lo largo de las piernas, como una furtiva y no desagradable invasión.

—Lavinia, tú no crees en todo ese asunto del Solitario, ¿no es cierto?

—A esas mujeres les gusta mover la lengua.

—Aun así, mataron a Hattie McDollis hace dos meses, y a Roberta Ferry el mes pasado, y ahora ha desaparecido Elisabeth Ramsell.

—Hattie McDollis era una tonta, y apostaría que se fugó con algún viajante.

—Pero las otras, todas las demás, estranguladas con la lengua fuera, dicen.

Se detuvieron a orillas de la cañada que dividía el pueblo. Detrás quedaban las casas iluminadas, y la música. Delante, el abismo, la humedad, las luciérnagas, y la sombra.

—No deberíamos ir al cine —dijo Francine—. El Solitario puede seguirnos, y matarnos. No me gusta la cañada. ¡Mírala ahí!

Lavinia miró y la cañada era una dínamo que nunca dejaba de marchar, noche y día; había un gran zumbido, y se oía el susurro de una criatura, un insecto, o aún una planta. Olía como un invernadero, con pizarras húmedas y arenas movedizas. Y la negra dínamo zumbaba con chispas eléctricas, cuando las luciérnagas se movían en el aire.

—No seré yo quien cruce tarde, de noche, la vieja cañada. Serás tú, Lavinia; tú bajarás los escalones y cruzarás el puente, y quizá esté allí el Solitario.

—¡Dios! —dijo Lavinia Nebbs.

—Apuesto a que vendrás sola, escuchándote los zapatos, sin mí; Harás sola todo el viaje de vuelta a tu casa, Lavinia. ¿No te sientes sola en esa casa?

—A las solteronas les gusta vivir solas. —Lavinia apuntó al cálido y oscuro sendero que descendía a la oscuridad—. Tomemos el atajo.

—¡Tengo miedo!

—Es temprano. El Solitario sale más tarde.

Lavinia tomó por el brazo a la otra y la llevó más y más abajo por el zigzagueante sendero, hacia el cálido sonido de los grillos y las ranas, y el delicado silencio de los mosquitos. Se movieron de prisa entre las hierbas calcinadas por el verano, y las briznas les picotearon los tobillos.

—¡Corramos! —jadeó Francine.

—¡No!

El sendero se dobló en una ... y allí estaba.

En la noche profunda y musical, amparada por los árboles cálidos, como si se hubiese acostado a disfrutar de las dulces estrellas y el viento suave, con las manos a los lados como los remos de una delicada embarcación, yacía Elisabeth Ramsell.

Francine gritó.

—¡No grites! —Lavinia puso las manos sobre la boca de Francine que se quejaba y ahogaba—. ¡No, no!

La mujer yacía como si flotara en la hierba, con la cara iluminada por la luna, los ojos muy abiertos y como pedernales, la lengua fuera de la boca.

—¡Está muerta! —dijo Francine—. ¡Oh, está muerta!

La figura de Lavinia se alzaba en medio de mil sombras cálidas entre voces de ranas y grillos.

—Será mejor que avisemos a la policía —dijo al fin.

—Sosténme Lavinia, sosténme. Siento frío. ¡Oh, nunca sentí más frío en mi vida!

Lavinia sostuvo a Francine y los policías se apresuraron entre las hierbas

crujientes, lanzando alrededor las luces de las linternas, uniendo las voces. La noche avanzó hacia las ocho y media.

—Es como diciembre, necesitaría un abrigo —dijo Francine, con los ojos cerrados, apoyándose en Lavinia.

—Me parece que ya pueden irse, señoras —dijo el policía—. Mañana en la oficina completaremos el interrogatorio.

Lavinia y Francine se alejaron de los policías y de la sábana que cubría aquella cosa delicada, sobre la hierba.

Lavinia sintió que el corazón le latía ruidosamente, y tuvo frío también, un frío de febrero.

Una nieve repentina le mordía la carne, y los dedos eran más blancos a la luz de la luna.

Sólo ella hablaba, mientras Francine lloraba a su lado.

—Señoras, ¿quieren compañía? —dijo una voz lejana.

—No, nos arreglaremos —le dijo Lavinia a nadie.

Caminaron por la cañada susurrante, la cañada de los murmullos y los crujidos, el mundo de investigaciones que iba empequeñeciéndose con sus voces y luces.

—Nunca había visto un muerto —dijo Francine. Lavinia examinó su reloj como si estuviese a mil kilómetros de distancia, en un brazo y una muñeca increíblemente lejanos.

—Son sólo las ocho y media. Recogeremos a Helen e iremos al cine.

Francine se sobresaltó.

—¡Al cine!

—Sí. Hay que olvidar. Si nos vamos a casa, recordaremos. Iremos al cine, como si nada hubiese ocurrido.

—¡Lavinia, no hablas seriamente!

—Nunca hablé más seriamente en mi vida. Necesitamos reírnos y olvidar.

—Pero Elisabeth queda allá... nuestra amiga... mi...

—No podemos ayudarla. Pensemos en nosotras. Vamos. Salieron de la cañada y caminaron por el sendero de piedra, en la oscuridad. Y allí, de pronto, cerrándoles el camino, inmóvil, sin ver a las mujeres, y mirando las luces móviles y el cuerpo, y escuchando las voces de los policías, apareció

Douglas Spaulding.

Estaba allí, blanco como un hongo, con las manos a los lados, los ojos fijos en la cañada.

—¡Vete a tu casa! —gritó Francine.

Douglas no la oyó.

—¡Tú! —chilló Francine—. Vete a tu casa, vete de aquí, ¿oyes? ¡Vete, vete!

Douglas sacudió la cabeza, y las miró como si no estuviesen allí. Abrió la boca. Emitió un balido. Luego, silenciosamente, dio media vuelta y corrió. Corrió silenciosamente hacia las lomas distantes, en la tibia oscuridad.

Francine lloró y lloró otra vez, y siguió caminando con Lavinia Nebbs.

—¡Al fin! ¡Pensé que nunca vendrías! —Helen Greer, en el escalón más alto del porche, golpeaba con un pie impacientemente—. Sólo os habéis retrasado una hora. ¿Qué pasó?

—Nosotras... —empezó a decir Francine.

Lavinia le apretó el brazo.

—Hubo un alboroto. Encontraron a Elizabeth Ramsell en la cañada.

—¿Muerta? ¿Estaba... muerta?

Lavinia asintió. Helen abrió la boca y se llevó la mano a la garganta.

—¿Quién la encontró?

Lavinia sostuvo firmemente la muñeca de Francine.

—No sabemos.

Las tres jóvenes se miraron en la noche de verano.

—Me parece que voy a encerrarme en casa —dijo Helen.

Pero al fin fue a buscar un abrigo, pues aunque hacía calor, se quejó también del repentino frío invernal. Mientras la esperaban, Francine susurró rápidamente:

—¿Por qué no se lo dijiste?

—¿Y por qué alterarla? —dijo Lavinia—. Mañana. Mañana habrá tiempo.

Las tres mujeres caminaron a lo largo de la calle bajo los árboles negros, ante casas de pronto cerradas. Qué pronto se habían difundido las noticias de casa en casa, de porche en porche, de teléfono en teléfono. Ahora, mientras

pasaban, las tres mujeres sintieron que unos ojos las miraban desde ventanas encortinadas y se echaban los cerrojos. Qué raras las bebidas gaseosas, la noche de vainilla, la noche de helados empaquetados, de brazos con loción contra mosquitos, la noche de chicos que corrían y que de pronto fueron arrancados de sus juegos y puestos detrás de vidrios y maderas, y las botellas de gaseosa en charcos de lima y frutillas, donde habían caído cuando llevaron a los chicos puertas adentro. Raros los cuartos sofocantes con gente que transpiraba y se apretaba detrás de pestillos y cerrojos de bronce. Pelotas y palos de béisbol quedaban en la hierba. La rayuela dibujada a medias en la acera humeante. Era como si alguien hubiera pronosticado una helada hacía un momento.

—Es una locura salir en una noche como ésta —dijo Helen.

—El Solitario no matará a tres mujeres —dijo Lavinia—. El número nos protege. Y además es demasiado pronto. Los crímenes ocurren una vez por mes.

Una sombra cruzó ante los rostros aterrorizados de las tres mujeres. Una figura salió de detrás de un árbol. Como si alguien hubiese dado un puñetazo terrible en el teclado de un órgano, las tres lanzaron un grito, en tres distintas notas agudas.

—¡Las tengo! —rugió una voz.

El hombre se lanzó contra ellas. Salió a la luz, riéndose. Se apoyó contra un árbol, apuntando débilmente a las mujeres, riéndose otra vez.

—¡Ea! ¡Soy el Solitario! —dijo Frank Dillon.

—¡Frank Dillon!

—¡Frank!

—Frank —dijo Lavinia—, si sigues haciendo tonterías, ¡alguien te va a acribillar a balazos!

Francine se echó a llorar histéricamente.

—¡Qué broma horrible!

Frank Dillon dejó de sonreír.

—Caramba, lo siento.

—¡Vete! —gritó Lavinia—. ¿No has oído lo de Elisabeth Ramsell? ¡La encontraron muerta en la cañada! ¡Asustando mujeres! ¡No nos hables más!

—Este, bueno...

Las mujeres echaron a caminar. Frank quiso seguirlas.

—Quédese ahí, señor Solitario, y asústese a sí mismo. Vaya a mirarle la cara a Elisabeth Ramsell y vea si es algo gracioso. ¡Buenas noches!

Lavinia arrastró a las otras dos a lo largo de la calle de árboles y estrellas. Francine se llevaba un pañuelo a la cara.

—Francine, fue sólo una broma. —Helen se volvió hacia Lavinia—. ¿Por qué llora de ese modo?

—Te lo diremos luego. ¡Iremos al cine contra viento y marea! Vamos, preparad el dinero; ya estamos casi.

La droguería era un charco de aire perezoso que los grandes ventiladores de madera llevaban en olas de árnica, y aguas tónicas y gaseosas hacia las calles de ladrillo.

—Cinco centavos de caramelos masticables de menta —le dijo Lavinia al hombre del mostrador. El hombre tenía una cara rígida y pálida, como todas las caras que habían visto en las calles semidesiertas—. Para el cine —añadió Lavinia mientras el hombre sacaba cinco centavos de caramelos con una palita de plata.

—Están ustedes muy bonitas. Esta tarde llamaba usted la atención cuando vino a buscar el refresco de chocolate. Estaba tan linda y elegante que alguien preguntó por usted.

—¿Eh?

—Un hombre sentado delante del mostrador la vio salir. Me dijo: "¡Eh! ¿Quién es ésa?"

"Lavinia Nebbs, naturalmente, la chica más bonita del pueblo", dije. "Es hermosa", dijo él.

"¿Dónde vive?"

El droguero se detuvo, incómodo.

—¡No! —dijo Francine—. ¡No le habrá dado la dirección!

—No lo pensé. "En Park Street, ya sabe, cerca de la cañada", dije. Una frase casual. Pero ahora, esta noche, cuando me dijeron que habían encontrado el cadáver, pensé: "Oh, Dios mío, ¿qué he hecho!"

Le alcanzó a Lavinia el paquete con demasiados caramelos.

—¡Tonto! —gritó Francine, con los ojos húmedos.

—Lo siento. Por supuesto, quizá no era nada.

Los otros tres miraron a Lavinia, le clavaron los ojos. Lavinia no sentía nada. Excepto, quizá, un cosquilleo de excitación en la garganta. Sacó automáticamente el dinero.

—Nada por los caramelos —dijo el hombre, volviéndose para arrugar unos papeles.

—Bueno, ¿sé qué vamos a hacer ahora! —Helen salió a la calle—. Llamaré un taxi para que nos lleve a casa. No estaré entre las víctimas de la cacería, Lavinia. Ese hombre no pensaba nada bueno. Preguntando por ti. No querrás aparecer muerta en la cañada.

—Era sólo un hombre —dijo Lavinia, girando lentamente para mirar el pueblo.

—Sí, y Frank Dillon es sólo un hombre, pero quizá sea también el Solitario.

Francine no había venido con ellas, advirtieron, y volviéndose la vieron llegar.

—Le pedí que me lo describiera. Que me describiera su aspecto. Un desconocido, dijo. Traje oscuro. Pálido y delgado.

—Estamos todas muy excitadas —dijo Lavinia—. No tomaré ese taxi. Si soy la próxima víctima, déjenme serlo. La vida no es muy animada, menos para una solterona de treinta y tres años. Por otra parte, es tonto, no soy bonita.

—Oh, Lavinia, eres la más bonita del pueblo; ahora que Elisabeth... —Francine se detuvo—. Mantienes a los hombres a distancia. ¡Si fueses un poco más accesible, te hubieras casado hace años!

—Basta de lloriquear, Francine. Ya estamos en el cine. Voy a pagar cuarenta centavos para ver a Charles Chaplin. Si queréis tomar un taxi, entraré sola, y volveré sola.

—Lavinia, estás loca; no permitiremos que hagas eso...

Entraron en el cine.

La primera función había terminado, y se veían unas pocas personas en la sala, débilmente iluminada. Las tres mujeres se sentaron en el medio,

adelante, donde se olían los viejos bronce pulidos, y observaron al gerente que se abría paso entre las cortinas rejas para hacer un anuncio.

—La policía nos ha pedido que cerremos temprano, para que todos puedan llegar a sus casas a hora decente. Por lo tanto vamos a suprimir las variedades y empezaremos en seguida por el programa principal. Terminaremos a las once. Se aconseja a todos que vayan directamente a sus casas. No se entretengan.

—¡Eso es para nosotras, Lavinia! —susurró Francine.

Las luces se apagaron. La pantalla se animó.

—Lavinia —murmuró Helen.

—¿Qué?

—Cuando entrábamos, un hombre de traje oscuro cruzó la calle, y nos siguió. Está sentado en la fila de atrás.

—¡Oh, Helen!

—¿Exactamente detrás?

Las tres mujeres se volvieron, una a una.

Vieron allí un rostro blanco que centelleaba con la luz demoníaca de la pantalla de plata. En la oscuridad, en todas partes, rondaban caras de hombres.

—¡Llamaré al gerente! —Helen salió al pasillo—. ¡Paren la película! ¡Luces!

—¡Helen, vuelve! —dijo Lavinia incorporándose.

Dejaron en el mostrador los vasos de soda vacíos, y cada una de las mujeres tenía un bigote de vainilla, que se sacaron con la lengua, riéndose.

—¿Viste qué tontería? —dijo Lavinia—. Todó ese alboroto, para nada. ¡Qué vergüenza!

—Lo siento —dijo Helen débilmente.

El reloj indicaba las once y media. Habían dejado la sala oscura, riéndose de Helen, apartándose del susurrante grupo de hombres y mujeres que corrían a todas partes, a ninguna parte. Helen trataba de reírse de sí misma.

—Helen, cuando corriste por el pasillo gritando: "¡Luces!", pensé que me moría. ¡Pobre hombre!

—¡El hermano del gerente, de Racine!

—Pedí disculpas —dijo Helen, alzando los ojos hacia el gran ventilador, que giraba aún revolviendo el tibio aire de la noche, moviendo una y otra vez los olores de vainilla, frambuesa, menta y desinfectante.

—No debíamos habernos retrasado. La policía...

—Oh, al diablo con la policía —rió Lavinia—. No tengo miedo. El Solitario está a un millón de kilómetros. Tardará semanas en volver, y la policía lo cazarán entonces. Ya veréis, ¿No era maravillosa la película?

—Vamos a cerrar, señoritas.

El droguero apagó las luces en el fresco silencio de losas blancas.

Afuera, en las calles, no había coches, camiones o gente. Unas luces brillantes ardían aún en los escaparates de las tiendas. Unas muñequitas de cera alzaban allí una manitas de cera rosada donde brillaban anillos de diamantes de un blanco azulado, o exhibían piernas de cera anaranjada mostrando las medias. Los cálidos ojos de vidrio azul de los maniqués observaban a las mujeres que flotaban en el cauce seco de la calle, y las imágenes temblaban en los escaparates como capullos bajo rápidas aguas oscuras.

—Si gritamos, ¿te parece que harán algo?

—¿Quiénes?

—Los maniqués, la gente de los escaparates.

—Oh, Francine.

—Bueno...

Había mil figuras en los escaparates, rígidas y silenciosas, y cuando los tacos golpeaban el caldeado pavimento, los ecos las seguían desde los frentes de las tiendas, como disparos de rifle.

Un anuncio rojo centelleó débilmente, zumbando como un insecto moribundo.

Tibias y blancas, se extendían las largas avenidas. Susurrantes y altos, en un viento que sólo rozaba las pobladas copas, los árboles se alzaban a un lado y a otro. Vistas desde la torre de los tribunales, las mujeres parecían tres lejanas flores de cardo.

—Primero te acompañaré a tu casa, Francine.

—No, yo te acompañaré a ti.

—No seas tonta. Tú vives en Electric Park. Si me acompañas tendrás que cruzar sola la cañada. Y si te cae una hoja encima, morirás del susto.

—Puedo quedarme esta noche contigo —dijo Francine—. ¡Eres la bonita!

Caminaron, flotaron, como tres pulcros vestidos sobre un mar de hierbas y cemento iluminado por la luna. Lavinia miraba los árboles negros, que pasaban a su lado; escuchaba a sus amigas, que murmuraban; trataba de reír. Y la noche parecía apresurarse, y ellas parecían correr aunque caminaban lentamente, y todo parecía tan rápido y del color de la nieve tibia.

—Cantemos —dijo Lavinia.

Cantaron.

—Brilla, brilla, luna de agosto...

Cantaron dulce y serenamente, tomadas del brazo, sin mirar hacia atrás. Sintieron que la acera se enfriaba mientras caminaban y caminaban.

—¡Escuchad!

Lavinia escuchó. En la oscuridad crujió la hamaca de un porche, y allí estaba el señor Terle, mudo, solo en su hamaca, fumando un último cigarro. Vieron la ceniza rosada que se balanceaba suavemente, de aquí para allá.

Ahora se apagaban las luces poco a poco. Las luces de la casita, y las luces del caserón, y las luces amarillas, y las luces verdes de los faroles, las velas y las lámparas de aceite, y las luces de los porches. Todo se encerró en bronce, hierro y acero; todo, pensó Lavinia, ha sido empaquetado, y cerrado, y envuelto, y guardado. Imaginó a la gente en sus camas, a la luz de la luna, tranquilamente acostada en los cuartos de la noche estival. Y aquí nosotras, pensó Lavinia, que vamos por la acera nocturna del verano. Y sobre nosotras, las luces solitarias de la calle, las sombras tambaleantes.

—Aquí está tu casa, Francine. Buenas noches.

—Lavinia, Helen, quedaos. Es tarde, casi medianoche. Podéis dormir en el vestíbulo.

¡Prepararé chocolate!

Francine retenía ahora apretadamente a las otras dos.

—No, gracias —dijo Lavinia.

Francine se echó a llorar.

—Oh, no, otra vez, Francine —dijo Lavinia.

—No quiero que te mueras —sollozó Francine, con las lágrimas rodándole por las mejillas—. Eres tan buena y hermosa, y quiero que vivas; Por favor, ¡oh, por favor!

—Francine, no sabía que esto te había alterado tanto. Te telefonaré cuando llegue.

—Oh, ¿lo harás?

—Para decirte que estoy bien, sí. Y mañana haremos un picnic en Electric Park. Con sandwiches de jamón que prepararé yo misma. ¿Qué te parece? Ya verás. ¡Viviré eternamente!

—¿Me telefonarás entonces?

—Te lo he prometido, ¿no?

—¡Buenas noches, buenas noches!

Francine corrió escaleras arriba y desapareció detrás de una puerta que se cerró inmediatamente con pestillo y cerrojo.

—Ahora —le dijo Lavinia a Helen— iremos a tu casa.

El reloj de la alcaldía dio la hora. Los sonidos atravesaron un pueblo solitario, más solitario que nunca, y se apagaron sobre calles desiertas, y terrenos desiertos, y jardines desiertos.

—Nueve, diez, once, doce —contó Lavinia, con Helen del brazo.

—¿No te sientes rara? —preguntó Helen.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando una piensa que estamos aquí en la calle, bajo los árboles, y toda esa gente a salvo detrás de las puertas acostada. Somos prácticamente las únicas personas que caminan al aire libre en mil kilómetros a la redonda.

Se oyeron más cerca los sonidos de la cañada húmeda, oscura y profunda.

Un minuto después llegaban a la casa de Helen, y se miraron un rato. El viento trajo el olor del césped cortado. La luna se hundía en el cielo, donde había ahora unas pocas nubes.

—Supongo que es inútil pedirte que te quedes, Lavinia.

—Iré a casa.

—A veces...

—¿A veces qué?

—A veces pienso que la gente quiere morir. Has estado muy rara toda la

noche.

—No tengo miedo —dijo Lavinia—. Y soy curiosa, supongo. Y uso la cabeza. Lógicamente. El Solitario no puede rondar por ahí. Los policías, y todo.

—Los policías están acostados, escondidos bajo las mantas.

—Digamos que me divierto, no mucho, pero sin peligro. Si pudiera ocurrirme algo, me quedaría contigo.

—Quizá una parte de ti no desee seguir viviendo.

—¡Tú y Francine!

—Me sentiré tan culpable. Bebiendo cocoa mientras cruzas la cañada.

—Bebe una taza por mí. Buenas noches. Lavinia Nebbs caminó sola por la calle de medianoche, a lo largo del silencio. Miró las casas de ventanas oscuras, y oyó a lo lejos un ladrido. Dentro de cinco minutos, pensó, estaré a salvo en casa. Dentro de cinco minutos le telefonaré a la tontita de Francine. En...

Oyó la voz de un hombre.

La voz cantaba muy lejos, entre los árboles.

—Oh, dame una noche de junio, la luz de la luna y tú.

Lavinia se apresuró un poco.

—En mis brazos... con todos tus encantos... —cantó la voz.

Calle abajo, a la pálida luz de la luna, un hombre caminaba lenta y distraídamente.

Puedo ir a golpear una puerta, pensó Lavinia, si es necesario.

—Oh, dame una noche de junio —cantó el hombre, que llevaba en la mano una larga cachiporra—, la luz de la luna y tú. Bueno, ¡miren quién está aquí! ¡Qué horas para pasearse, señorita Nebbs!

—¡Oficial Kennedy!

—¡Será mejor que la acompañe!

—Gracias, no se moleste.

—Pero vive del otro lado de la cañada.

Sí, pensó Lavinia, pero no la cruzaré con ningún hombre, ni con un policía. ¿Cómo puedo saber quién es el Solitario?

—No —dijo—; cruzaré corriendo.

—Esperaré aquí —dijo el oficial—. Si necesita ayuda, dé un grito.

—Gracias.

Lavinia se alejó, dejándolo bajo una luz, canturreando entre dientes, solo.

Aquí estoy, pensó Lavinia.

La cañada.

Se detuvo al borde de los ciento trece escalones que descendían la empinada ladera y el puente de setenta metros que llevaba a las colinas de Park Street. Sólo había un farol.

Dentro de tres minutos, pensó, pondré la llave en la puerta de casa. Nada puede pasar en sólo ciento ochenta segundos.

Empezó a descender la larga y vercosa escalera hacia la profunda cañada.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez escalones.

Lavinia creía correr, aunque no corría.

—Quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte escalones — jadeó—. ¡Un quinto del camino!

La cañada era profunda, negra y negra, ¡negra! Y el mundo quedaba atrás, el mundo de la gente a salvo en sus camas, las puertas cerradas con llave, el pueblo, la droguería, el teatro, las luces, todo quedaba atrás. Sólo la cañada existía y vivía, negra y enorme, envolviéndola.

—Nada ha ocurrido, ¿no es así? No hay nadie, ¿no es cierto? Veinticuatro, veinticinco escalones. ¿Recuerdas aquel viejo cuento de fantasmas de tu niñez?

Lavinia escuchó el sonido de sus zapatos en los escalones.

—El cuento de un hombre que va a tu casa cuando estás acostada. Y ahora sube a tu cuarto. Está en el primer escalón. Y ahora está en el segundo escalón. Y ahora en el duodécimo escalón, y ahora abre la puerta de tu cuarto, y ahora está junto a tu cama. ¡Y

ahora te agarró!

Lavinia dio un grito. Un grito que jamás había oído en su vida. Nunca había gritado así. Se detuvo, petrificada, tomándose de la barandilla de madera. El corazón le estalló en el pecho.

El ruido de la terrible explosión llenó el universo.

—¡Allí, allí! —se gritó a sí misma—. Al pie de los escalones. ¡Un

hombre, a la luz! ¡No, ha desaparecido! ¡Esperaba allí!

Lavinia escuchó.

El puente estaba desierto.

Nada, pensó, llevándose las manos al corazón. Nada. ¡Tonta! Ese cuento que me conté a mí misma. ¡Qué tonta! ¿Qué haré?

Los latidos se apagaron.

¿Llamaré al oficial? ¿Habrá oído mi grito?

Escuchó. Nada. Nada.

Seguiré adelante. ¡Ese cuento tonto!

Contó otra vez los escalones.

—Treinta y cinco, treinta y seis, ¡cuidado!, no tropieces. ¡Oh, soy una tonta! Treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos. Casi la mitad del camino.

Se endureció otra vez.

Espera, se dijo.

Dio un paso. Hubo un eco.

Dio otro paso.

Otro eco. Otro paso, una fracción de segundo después.

—Alguien me sigue —le susurró a la cañada, a los grillos negros, a las ranas escondidas y verdosas, al agua negra—. Alguien baja la escalera conmigo. No me atrevo a volverme.

Otro paso, otro eco.

—Cada vez que doy un paso, él da otro. Un paso y un eco.

Débilmente, preguntó desde la cañada:

—Oficial Kennedy, ¿es usted? Los grillos callaron.

Los grillos escuchaban. La noche escuchaba. Todos los lejanos prados nocturnos, y todos los árboles nocturnos del verano se habían inmovilizado de pronto. Las hojas, los arbustos, las estrellas y las hierbas escuchaban el corazón de Lavinia Nebbs. Y quizá a mil kilómetros de distancia, en regiones que cruzaba, solitaria, la locomotora, en una estación desierta, un pasajero que leía un pálido periódico a la luz de una lámpara desnuda, alzaría la cabeza y pensaría. "¿Qué es eso? Una marmota, seguramente, que golpea en algún tronco hueco."

Pero era Lavinia Nebbs. Era el corazón de Lavinia Nebbs.

Silencio. Un silencio de noche de verano que se extendía en mil kilómetros a la redonda, y cubría la tierra como un mar blanco y sombrío.

Más rápido, ¡más rápido! Lavinia bajó los escalones.

¡Corre!

Oyó música. Curiosamente, tontamente, oyó una oleada de música que caía sobre ella, y comprendió mientras corría, dominada por el pánico y el terror, que una parte de su mente creaba ahora un drama, sacado de la turbulenta partitura musical de algún otro drama privado, y la música se apresuraba y la impulsaba, cada vez más rápidamente, sondeando e introduciéndose, más y más, en la cañada sombría.

Sólo un trecho, rogó. ¡Ciento ocho, ciento nueve, ciento diez escalones! ¡El fondo! ¡Corre ahora! ¡Por el puente!

Le dijo a las piernas qué debían hacer, a los brazos, el cuerpo, el terror. En ese blanco y terrible momento se aconsejó a sí misma, y corrió sobre las rugientes aguas del arroyo, sobre las tablas del puente, huecas, resonantes, oscilantes, casi vivas, seguida por aquellos pasos apresurados, seguida por la música también, la música que chillaba y balbuceaba.

Me sigue, no te vuelvas, no mires, si lo ves, no podrás moverte, te asustarás tanto. Corre,

¡corre!

Corrió por el puente.

¡Oh, Dios, Dios, por favor, por favor dejame llegar a la loma! Ahora la senda. ¡Oh, Dios, qué oscuridad, y todo tan lejano! Si gritara ahora, de nada serviría; no puedo gritar, de todos modos. Aquí está la cima de la loma, aquí está la calle, ¡oh, Dios, permite que me salve, si me salvo nunca más saldré sola!, fui una tonta, lo admito, fui una tonta, no conocía el miedo; pero si me dejas llegar a casa, no saldré nunca más sin Helen o Francine. Aquí está la calle. ¡Hay que cruzar la calle!

Cruzó la calle y corrió por la acera.

¡Oh, Dios, el porche! ¡Mi casa! ¡Oh, Dios, dame tiempo de entrar y cerrar con llave, y me salvaré!

Y allí —algo tonto ahora, por qué lo notaba, no había tiempo, no había

tiempo—, allí estaba de todos modos, brillante, en la barandilla del porche, el vaso medio lleno de limonada que había dejado allí hacía mucho tiempo, un año, ¡esa tarde! El vaso de limonada calmo, imperturbable, allí en la barandilla, y...

Oyó sus propios pasos en el porche, torpes, y sintió que las manos buscaban y rascaban la cerradura con la llave. Oyó su corazón; oyó el grito, adentro.

La llave entró.

¡Abre la puerta, rápido, rápido!

La puerta se abrió.

¡Ahora adentro! ¡Cierra!

Cerró de un portazo.

—¡Ahora la llave, la barra, el cerrojo! —jadeó miserablemente—. ¡Cierra, cierra, cierra!

La puerta se cerró con llave y cerrojo.

La música se detuvo. Lavinia escuchó otra vez su corazón, que calló lentamente.

¡En casa! ¡Oh, Dios, a salvo en casa! A salvo, a salvo, a salvo en casa! Se apoyó contra la puerta. ¡A salvo, a salvo! Escucha. Ni un ruido. ¡A salvo, a salvo, oh, gracias a Dios, a salvo en casa! Nunca saldré otra vez de noche. Me quedaré aquí. Nunca iré otra vez a la cañada.

¡A salvo, a salvo en casa! ¡Qué bien! ¡A salvo! ¡A salvo adentro, con la puerta cerrada!

¡Espera! Mira por la ventana.

Lavinia miró.

¡Pero si no hay nadie! ¡Nadie! Nadie me seguía. Nadie corría detrás de mí. Lavinia suspiró y casi se rió de sí misma. Es razonable, se dijo. Si me hubiese seguido un hombre, me hubiera alcanzado. No corro rápidamente... Y no hay nadie en el porche o en la acera. ¡Qué tonta fui! Corría sin motivo. La cañada es un lugar tan seguro como cualquier otro. Sin embargo, es bueno estar en casa. La casa es el único lugar realmente cálido y tranquilo, el único lugar donde se puede estar.

Lavinia extendió la mano hacia la llave de la luz y se detuvo.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué? ¿Qué?
Detrás de ella, en el vestíbulo, alguien carraspeó.

XXXIII

—¡Que barbaridad! ¡Lo arruinan todo!

—No lo tomes así, Charlie.

—¿De qué hablaremos ahora? ¡No es posible hablar del Solitario si no está vivo! ¡No asusta a nadie!

—No sé qué te pasará a ti, Charlie —dijo Tom—. Pero yo iré a la Casa De Hielo Del Verano y me sentaré en la puerta y pensaré que está vivo y sentiré un escalofrío.

—Eso es hacer trampa.

—Uno tiene que conseguirse los escalofríos donde pueda.

Douglas no escuchaba a Tom y Charlie. Miraba la casa de Lavinia Nebbs y decía casi para sí mismo:

—Estuve anoche en la cañada. Lo vi todo. Cuando volvía a casa pasé por aquí. Vi el vaso de limonada en la barandilla del porche, medio vacío. Pensé que me gustaría beberla. Estuve en la cañada y estuve aquí en medio de todo.

Tom y Charlie a su vez ignoraron a Douglas.

—Por otra parte —dijo Tom—, no creo realmente que el Solitario haya muerto.

—Estabas aquí esta mañana cuando vino la ambulancia a llevárselo, ¿no?

—¡Claro! —dijo Tom.

—Bueno, ése era el Solitario, ¡tonto! ¡Lee los diarios! Luego de diez años de crímenes la vieja Lavinia Nebbs lo atravesó con un par de tijeras. Me gustaría que se hubiese metido en sus propios asuntos.

—¿Querías que se quedara quieta y dejara que le apretara el gaznate?

—No, pero lo menos que podía hacer era salir a la calle gritando: "¡El Solitario! ¡El Solitario!" y darle la posibilidad de escapar. En este pueblo hubo algo bueno hasta la medianoche de ayer. Desde entonces somos leche aguada.

—Te lo diré por última vez, Charlie. Yo digo que el Solitario no ha muerto. Le vi la cara; le viste la cara. Doug le vio la cara, ¿no, Doug?

—¿Qué? Sí. Me parece. Sí.

—Todos le vieron la cara. Contéstame esto ahora; ¿te pareció a ti el Solitario?

—Yo... —dijo Douglas, y calló.

El sol zumbó en el cielo durante cinco segundos.

—¡Dios mío! —murmuró Charlie al fin.

Tom esperaba, sonriendo.

—No se parecía nada al Solitario —jadeó Charlie—. Parecía un hombre.

—Sí, señor. Un hombre como todos, que no volaría más alto que una mosca. ¡Una mosca, Charlie! Lo menos que podía hacer el Solitario, si fuese el Solitario, es parecerse al Solitario,

¿no es cierto? Bueno, éste parecía el vendedor de caramelos del teatro Elite.

—¿Quién era entonces? ¿Algún vagabundo que vino al pueblo, entró en una casa que le pareció vacía, y estuvo allí hasta que lo mató la señorita Nebbs?

—¡Claro!

—No estoy seguro. No sabemos cómo era el Solitario. No hay fotografías. La gente sólo lo vio muerto.

—Tú y Doug y yo sabemos cómo era. Tenía que ser alto, ¿no es cierto?

—Claro...

—Y tenía que ser pálido, ¿no?

—Pálido, eso es.

—Y flaco como un esqueleto, y con pelo largo y negro, ¿no?

—Siempre lo dije.

—Y ojos grandes y saltones, verdes como de gato.

—Exactamente.

—Bueno —se burló Tom—, ya vieron al pobre hombre que se llevaron hace dos horas. ¿Cómo era?

—Bajito y colorado de cara, y algo gordo, y con poco pelo, y el poco que tenía era rubio.

¡Tom, es cierto! ¡Vamos! ¡llama a los muchachos! ¡Tienes que decírselo como me lo dijiste a mí! El Solitario no ha muerto. Andará por ahí esta noche.

—Sí —dijo Tom y se detuvo, pensativo.

—Tom, ¡qué cabeza tienes! A ninguno de nosotros se le hubiera ocurrido. Este verano iba a estropearse de veras. Y tú lo salvaste a último momento. Agosto valdrá la pena todavía.

¡Eh, muchachos!

Y Charlie corrió, moviendo los brazos, gritando.

Tom se quedó en la acera, frente a la casa de Lavinia Nebbs, muy pálido.

—¡Dios! —murmuró—, ¿en qué me he metido?

Se volvió hacia Douglas.

—Oye, Douglas, ¿en qué me he metido?

Douglas clavaba los ojos en la casa. Movié los labios.

—Yo estuve ahí, anoche, en la cañada. Vi a Elisabeth Ramsell. Pasé por aquí cuando volvía a casa. Vi el vaso de limonada en la barandilla. Anoche mismo. Pude beberlo, pienso ahora... Pude beberlo.

XXXIV

Era una mujer con una escoba o una pala de basura o un estropajo o una cuchara de revolver en la mano. Se la veía mientras cortaba un pastel a la mañana, tarareando, o sacando el pastel del horno al mediodía, o metiéndolo al atardecer en la despensa. Movía las tintineantes tazas de porcelana como un campanero suizo. Se deslizaba por los pasillos con la regularidad de una aspiradora eléctrica, buscando, encontrando, y ordenando. Todas las ventanas eran espejos, que recogían el sol. Entraba dos veces, por lo menos, en cualquier jardín, con el rastrillo en la mano, y cuando ella pasaba, las flores alzaban los dedos temblorosos al aire cálido. Dormía serenamente, y no daba más de tres vueltas en la noche, tan abandonada como un guante blanco que una mano pronto daría vuelta al alba.

Al despertar tocaba a la gente como si fuesen cuadros, enderezándolos en la pared.

Pero, ¿ahora?

—Abuela —decían todos—. Bisabuela.

Ahora era como si se obtuviese al fin el total de una enorme suma. La bisabuela había rellenado pavos, pollos, pichones, caballeros, y muchachos. Había lavado techos, muros, inválidos, y niños. Había extendido linóleos, reparado bicicletas, curado relojes, atizado hornos, vertido yodo en diez mil lastimaduras. Sus manos habían flotado alrededor, arriba y abajo, apaciguando esto, sosteniendo esto otro, arrojando pelotas, sacudiendo mazos de croquet, sembrando en tierra negra, o cubriendo budines, guisos y niños

somnolientos.

Había bajado persianas, encendido velas, movido llaves... y envejecido. Treinta billones de cosas empezadas, llevadas adelante, terminadas y concluidas. Y ahora todo se sumaba, se escribía el total, se colocaba el decimal último, el último cero. Y ahora, también, tiza en mano, ella retrocedía alejándose de la vida, en una hora silenciosa, antes de tomar el borrador.

—Veamos ahora —dijo la bisabuela—. Veamos...

Sin ruido ni alboroto, recorrió la casa en un interminable inventario en espiral, y llegó al fin a las escaleras, y sin anunciarlo especialmente subió hasta su cuarto donde se acostó como la huella de un fósil entre las frescas sábanas nevadas, y empezó a morir.

Otra vez las voces:

—¡Abuela! ¡Bisabuela!

El rumor descendió por el pozo de la escalera, golpeó el piso, se extendió en ondas por los cuartos; salió por ventanas y puertas, y corrió por la calle de olmos hasta la cañada verde.

—Acercaos, ¡aquí!

La familia rodeó la cama.

—Dejadme descansar —murmuró la abuela.

La enfermedad no podía descubrirse con un microscopio; era un cansancio suave, pero creciente. Sentía que el cuerpo de gorrión le pesaba cada vez más; somnoliento, más somnoliento, muy somnoliento.

En cuanto a sus hijos y los hijos de sus hijos... parecía imposible que un acto semejante, tan simple, el más despreocupado, despertara tantas aprensiones.

—Bisabuela, escucha. Lo que haces no es mejor que romper un contrato. Sin ti, esta casa se derrumbará. ¡Debes darnos por lo menos un año de aviso!

La bisabuela abrió un ojo. Noventa años miraban en calma a sus médicos como un fantasma de polvo, desde la alta ventana de una cúpula, en una casa que se vacía rápidamente.

—¿Tom?

El chico fue enviado, solo, a la cama susurrante.

—Tom —dijo la anciana débilmente, desde muy lejos—, en los mares del Sur los hombres saben un día que es tiempo de estrechar la mano de los amigos y decir adiós, y embarcarse. Así lo hacen, y es natural, es la hora. Así es hoy. Yo soy muy parecida a ti, cuando te quedas en el cine los sábados, desde la tarde hasta las ocho o las nueve, y hay que enviar a tu padre para que te traiga a casa.

Pero Tom, cuando los mismos cowboys empiezan a disparar contra los mismos indios en las mismas montañas, entonces es mejor levantarse y marcharse, sin arrepentirse ni darse vuelta. Así me voy, mientras soy feliz y no me he aburrido.

Douglas fue citado luego.

—Abuela, ¿quién arreglará el techo la primavera próxima?

Todos los meses de abril, desde que había calendarios, uno creía oír un pájaro carpintero en el techo de la casa. Pero no, era la bisabuela que transportada allí de algún modo, cantaba martillando clavos, reemplazando tejas, ¡muy alto en el cielo!

—Douglas, no dejes que nadie arregle las tejas si el trabajo no lo divierte.

—No, abuela.

—Cuando llegue abril, pregunta: ¿Quién quiere arreglar el techo? Y si una cara se ilumina, ésa es la indicada, Douglas. Pues desde ese techo puedes ver el pueblo entero que va hacia el campo, y el campo que va hacia el borde de la tierra, y el río que canta, y el lago matinal, y los pájaros en los árboles debajo de ti, y lo mejor del viento a tu alrededor. Cualquiera de estas cosas basta para que alguien quiera subir al techo algún amanecer de primavera. Es una hora maravillosa, si se le da una oportunidad...

La voz de la anciana bajó hasta ser un suave aleteo. Douglas se echó a llorar.

La abuela se incorporó otra vez.

—Vamos, ¿por qué lloras?

—Porque mañana no estarás aquí —dijo Douglas.

La anciana volvió un espejito de mano hacia el niño. Douglas vio su propia cara y la de ella en el espejo, y luego miró otra vez a la bisabuela que decía: —Mañana a la mañana me levantaré a las siete y me lavaré detrás de

las orejas. Iré a la iglesia con Charlie Woodman, y a un picnic en el Electric Park. Nadaré, correré descalzo, me caeré de los árboles, masticaré goma de menta... ¡Douglas, qué barbaridad! ¿Te cortas las uñas, no es cierto?

—Sí, abuela.

—Y no lloras cada siete años, cuando tu cuerpo deja las células muertas y añade otras nuevas a los dedos y el corazón. ¿No te importa, no es cierto?

—No, abuela.

—Bueno, piénsalo, muchacho. El hombre que no se corta las uñas es un loco. ¿Has visto alguna serpiente que no quiera abandonar la vieja piel? Todo lo que hay en esta cama es uñas y piel de serpiente. Si respiro con fuerza, me desharé en copos. Lo importante no es el yo que está aquí acostada, sino el yo sentado al borde de la cama, y que me mira, el yo que está abajo preparando la cena, o en el garaje bajo el coche, o en la biblioteca, leyendo. Lo que cuenta son las partes nuevas. Yo no muero realmente. Nadie con una familia muere realmente. Se queda alrededor. Durante mil años a partir de hoy todo un pueblo de mis descendientes morderá manzanas ácidas a la sombra de un gomero. ¡Esa es mi respuesta a las preguntas importantes! Rápido, que vengan los otros.

Al fin desfiló toda la familia, como gente que habla con alguien que espera el tren en la estación.

—Bueno —dijo la abuela—, aquí estoy. No soy humilde, y me gusta veros alrededor de la cama. La semana próxima habrá que hacer algunos trabajos en el jardín, y limpiar los armarios, y comprar algunas ropas para los niños. Y como la parte mía que se llama bisabuela, por conveniencia, no estará aquí, esas otras partes mías llamadas tío Bert y Leo y Tom y Douglas, y todos los otros nombres tendrán que encargarse de eso.

—Sí, abuela.

—No quiero ninguna reunión aquí mañana. No quiero que nadie diga dulzuras de mí. Yo lo he dicho todo a su hora. He probado todos los platos y he bailado todos los bailes; ahora he aquí una tarta que no he mordido, una canción que no he silbado. Pero no tengo miedo. Soy verdaderamente curiosa. La muerte no meterá ningún mendrugo en mi boca que yo no saboree con cuidado. Así que no os preocupéis. Ahora, marchaos todos, y dejadme

dormir...

En alguna parte una puerta se cerró silenciosamente.

—Así es mejor.

Sola, la abuela se tendió cómodamente en la cálida playa de nieve de hilo y lana, de sábanas y mantas, y los colores de la colcha eran tan brillantes como los banderines de los viejos circos. Acostada allí, se sintió pequeña, secreta como esas mañanas de ochenta raros años atrás cuando, al despertarse, acomodaba los huesos tiernos en la cama.

Hace muchos años, pensó, tuve un sueño y disfrutaba de él realmente cuando alguien me despertó. Ese día nació. ¿Y ahora? Ahora, veamos... Lanzó su mente hacia atrás. ¿Dónde estaba? Noventa años... ¿Cómo tomar el hilo de aquel sueño perdido? Extendió una manita.

Allí... Sí, eso era. Sonrió. Volvió la cabeza sobre la almohada hundiéndose más en la cálida duna de nieve. Así era mejor. Ahora, sí, ahora veía cómo el sueño se formaba poco a poco en la mente, con la serenidad de un mar que se mueve a lo largo de una costa interminable y siempre fresca. Dejó ahora que el viejo sueño la rozara y la levantara de la nieve, y la hiciese flotar sobre la cama ya apenas recordada.

Abajo, pensó, están puliendo la plata y revolviendo el sótano, y barriendo los pasillos. Podía oírlos vivir en toda la casa.

—Está bien —suspiró la bisabuela mientras el sueño la llevaba flotando—. Como todo en esta vida, es lo adecuado.

Y el mar la llevó otra vez a lo largo de la cesta.

XXXV

—¡Un fantasma! —gritó Tom.

—No —dijo una voz—, soy yo.

La luz lívida flotaba en el oscuro dormitorio, que olía a manzanas. En un frasco que parecía suspendido en el espacio, centelleaban innumerables copos de luz crepuscular. Bajo esta débil luz, los ojos de Douglas parecían pálidos y solemnes. Estaba tan quemado por el sol que la cara y las manos se disolvían en la oscuridad y el camisón parecía un espíritu desencarnado.

—¡Dios! —siseó Tom—. ¡Dos docenas, tres docenas de luciérnagas!

—¡No grites!

—¿Para qué las cazaste?

—Nos pescaron muchas veces mientras leíamos con una linterna entre las sábanas, ¿no es cierto? Pero nadie sospechará de un frasco de luciérnagas. Pensarán que es un museo nocturno.

—Doug, ¡eres un genio!

Pero Douglas no respondió. Muy gravemente, puso la luz intermitente sobre la mesa de noche, tomó el lápiz y empezó a escribir en la libreta. Las luciérnagas ardieron, murieron, ardieron, murieron, y en los ojos de Douglas se reflejaron tres docenas de fragmentos de pálido color verde mientras escribía durante diez y luego veinte minutos, clasificando y ordenando, una y otra vez, los hechos que había reunido demasiado rápidamente durante la estación. Tom miró hipnotizado la pequeña hoguera de insectos que saltaba y se recogía en el interior del frasco, hasta que se quedó dormido, apoyado en

el codo. Douglas escribió un poco más y al fin resumió todo en una última página:

No PUEDES DEPENDER DE LAS COSAS PORQUE...

...como las máquinas, por ejemplo, se rompen o se oxidan o se pudren, o a veces ni siquiera se fabrican... o acaban guardadas en un garaje...

...como los zapatos de tenis, sólo puedes usarlos hasta cierto punto, con cierta rapidez, y luego tocas tierra nuevamente...

...como los tranvías. Los tranvías, aunque sean tan grandes, llegan siempre al fin de la línea...

No PUEDES DEPENDER DE LA GENTE PORQUE...

...todos se van. Los desconocidos mueren.

...los conocidos mueren. Los amigos mueren.

...unos matan a otros, como en los libros.

...hasta tus propios padres mueren.

Así que...

Douglas tomó dos veces aliento, dejó escapar lentamente un poco de aire, que siseó entre los dientes apretados, y terminó de escribir con letras mayúsculas:

*ASI QUE SI LOS TRANVIAS Y LOS COCHES Y LOS AMIGOS Y
LOS CASI AMIGOS SE VAN POR*

*UN RATO O PARA SIEMPRE, O SE OXIDAN O SE ROMPEN O
MUEREN, Y SI LA GENTE PUEDE*

*SER ASESINADA, Y SI ALGUIEN COMO LA ABUELA QUE IBA A
VIVIR SIEMPRE, PUEDE*

*MORIR... SI TODO ESTO ES CIERTO... ENTONCES... YO,
DOUGLAS SPAULDING, ALGUN DÍA DEBERE...*

Pero las luciérnagas, como extinguidas por los sombríos pensamientos de Douglas, se apagaron suavemente.

No puedo escribir más, pensó Douglas. No escribiré más. No quiero, no

quiero terminar esta noche.

Miró a Tom, que dormía con la cara apoyada en la mano. Le tocó la muñeca y Tom se derrumbó suspirando sobre la cama.

Douglas recogió el frasco de vidrio con sus oscuras manitas frías y las luces se encendieron otra vez como animadas por su mano. Acercó el frasco a la libreta. Había que escribir las últimas palabras. Pero fue en cambio a la ventana y empujó el marco con la tela de alambre. Desenroscó luego la tapa del frasco y arrojó las luciérnagas en un pálido rocío de chispas a la noche en calma. Las luciérnagas abrieron las alas y se alejaron.

Douglas miró cómo se iban. Parecían pálidos fragmentos en el último crepúsculo de la historia de un universo moribundo. Se alejaban como últimos jirones de esperanza. Le dejaban a oscuras las manos, la cara, el cuerpo, y el interior del cuerpo. Lo dejaban vacío como el frasco de vidrio que ahora, sin advertirlo, se llevaba con él a la cama donde trataría de dormir.

XXXVI

La mujer estaba en su ataúd de vidrio, noche tras noche, el cuerpo fundido por el resplandor de feria del verano helado en los fantasmales vientos del invierno, esperando con su sonrisa de hoz, y la nariz tallada, ganchuda y cerosa, suspendida sobre las manos de cera arrugadas y de un pálido color rosado, manos posadas para siempre sobre los antiguos naipes extendidos en abanico. La bruja del Tarot. Nombre delicioso. La bruja del Tarot. Uno pone una moneda en la ranura de plata y muy lejos, allá abajo, detrás, adentro, la maquinaria gruñe y mueve sus engranajes; golpean las palancas, giran las ruedas. Y en su caja, la bruja alza un rostro centelleante y lo traspasa a uno con una única y afilada mirada.

La implacable mano izquierda desciende y golpea enigmáticas calaveras, demonios, ahorcados cardenales, payasos, en las cartas del tarot, y la bruja inclina la cabeza indicando tu miseria o tu crimen, tu esperanza o salud, tus renacimientos, todas las mañanas, y la renovación de tus muertes, todas las noches. En seguida, una pluma caligráfica teje como una araña sobre el dorso de una tarjeta y la deja caer por la ranura, a tus manos. La bruja lanza luego una última y velada mirada, se reclina otra vez en su rincón eterno y espera durante semanas, meses, años, la moneda de cobre que la hará renacer del olvido.

Ahora, en su muerte de cera, espío la llegada de Tom y Douglas.

Douglas dejó en el vidrio la huella de un dedo.

—Ahí está.

—Es una muñeca de cera —dijo Tom—. ¿Por qué me traes aquí?

—¡Todo el tiempo preguntando por qué! —gritó Douglas—. ¡Porque sí, por eso! Porque... la luz de las arcadas se debilitaba... porque... Un día descubres que estás vivo.

¡Explosión! ¡Conmoción! ¡Iluminación! ¡Delicia!

Ríes, bailas, gritas.

Pero, no mucho después, el sol se pone. Cae la nieve, aunque nadie la ve en el mediodía de agosto.

En la película de cowboys de la tarde del último sábado un hombre había caído muerto en la cálida y blanca pantalla. Douglas había gritado. Durante años había visto a billones de cowboys matados a tiros, colgados, quemados, destruidos. Pero ahora, este hombre particular...

El hombre, pensó Douglas, nunca caminaría, correría, se sentaría, reiría, lloraría, nunca haría nada. Ya estaba enfriándose. A Douglas le castañetearon los dientes, el corazón le bombeó ciego en el pecho. Cerró los ojos y dejó que la convulsión lo sacudiera.

Tuvo que separarse de los otros chicos que no pensaban en la muerte. Se reían del hombre y le gritaban como si aún estuviese vivo. Douglas y el muerto estaban en un bote alejándose, mientras los otros quedaban en la costa iluminada, corriendo, saltando, con la alegría del movimiento, sin saber que el bote, el muerto y Douglas se iban, se iban perdiéndose en la oscuridad. Sollozando, Douglas corrió al cuarto de los hombres de olor de limón, donde una lengua de fuego pareció quemarle tres veces la garganta.

Y esperando que le pasara el malestar, pensó: ¡Todos los conocidos que murieron este verano! El coronel Freeleigh, ¡muerto! Nunca lo había advertido antes, ¿por qué? La bisabuela, muerta, también. Realmente. No sólo eso... Hizo una pausa. ¡Yo! ¡No, no pueden matarme! Sí, dijo una voz, sí, siempre que quieran podrán, no importa cómo patees o grites, te pondrán encima una manzana y tú... ¡No quiero morir!, gritó Douglas en silencio.

Tendrás que morir de todos modos, dijo la voz, tendrás que morir.

La luz del sol, fuera del teatro, brillaba sobre una calle irreal, edificios irreales, y gente que apenas se movía, como bajo un pesado océano de gas ardiente, y él, Douglas, pensó que ahora, ahora al fin, debía ir a su casa y

terminar la última línea de la libreta: ENTONCES...

YO, DOUGLAS SPAULDING, ALGUN DIA... DEBERE... MORIR.

Tardó diez minutos en animarse a cruzar la calle, el corazón más sereno, y allí estaba la arcada y la extraña bruja de cera acurrucada como siempre en una sombra polvorienta y fría, con los Hados y las Furias en las uñas. Un coche que pasaba iluminó con una explosión la arcada, apartando las sombras, mostrando a la bruja que le hacía rápidas señas indicándole que entrase.

Y Douglas había entrado obedeciendo a la bruja, y había salido cinco minutos más tarde, sabiendo que sobreviviría. Ahora debía mostrarle a Tom...

—Parece casi viva —dijo Tom.

—Está viva. Ya lo verás.

Metió una moneda en la ranura.

Nada ocurrió.

Douglas le gritó a través de la arcada al señor Black, el propietario, sentado sobre un cajón de botellas de soda, y que en ese momento descorchaba una botella y bebía un trago de un líquido castaño amarillento.

—¡Eh, algo le pasa a la bruja!

El señor Black se acercó arrastrando los pies, la respiración fuerte y entrecortada.

—Algo le pasa a la mesa de bolos, algo al aparato de las vistas, ¡algo a la máquina de «Electrocútate tú mismo por cinco centavos»! —Golpeó la caja de la bruja—. ¡Eh, muévete! —La bruja permaneció imperturbable—. Gasto en arreglarla más de lo que gana. —El señor Black buscó detrás de la caja y colgó un anuncio que decía: «No funciona» sobre la cara de la bruja—. No sólo ella no funciona. Yo, vosotros, este país, ¡el mundo entero! ¡Al diablo con todo! —Amenazó con el puño a la mujer—. Irás a la basura, entiéndelo, ¡a la basura!

Se alejó y se dejó caer otra vez en el cajón de soda y metió la mano en el bolsillo del delantal donde ponía las monedas, como si le doliera el estómago.

—No es posible... no es posible que no funcione —dijo Douglas, estupefacto.

—Es vieja —dijo Tom—. El abuelo dice que ya estaba aquí cuando él era

chico, y antes. Así que debía estropearse algún día y...

—¡Vamos! —susurró Douglas—. ¡Oh, por favor, por favor, escribe para que vea Tom! —Le mostró a la bruja otra moneda—. ¡Por favor!

Los niños se apretaron contra la caja, y los alientos dejaron unas nubes en el vidrio.

Y allí, muy adentro, un zumbido, un murmullo.

Lentamente, la bruja alzó la cabeza y miró a los niños, y había algo en sus ojos que los transformó en estatuas de hielo mientras la mano de ella pasaba casi frenéticamente por sobre los tarots y se detenía, y se apresuraba, y volvía. La cabeza se dobló hacia adelante, una mano quedó inmóvil, un estremecimiento sacudió la máquina y la otra mano escribió, hizo una pausa, escribió, y luego se detuvo al fin con un paroxismo tan violento que los vidrios tintinearón. El rostro de la bruja se dobló en una rígida miseria mecánica, cerrándose casi como una pelota. Luego la maquinaria jadeó, y se movió un único engranaje, y un naipecito de tarot bajó por un canal a las manos entreabiertas de Douglas.

—¡Está viva! ¡Funciona otra vez!

—¿Qué dice el naipe, Doug?

—¡Lo mismo que me escribió el sábado! Escucha...

Y Douglas leyó:

¡Sólo los tontos desean morir!

¿No es hermoso cantar y bailar

cuando se oyen las fúnebres campanas?

¿No es hermoso en vino nadar

y girar en puntas de pie

y cantar alegremente

cuando sopla el viento

y corre el mar?

—¿Sólo eso? —dijo Tom

—Abajo hay un mensaje: Predicción: vida larga y rica.

—¡Eso es mejor! ¿Y si pedimos una tarjeta para mí?

Tom puso una moneda. La bruja se estremeció. La tarjeta cayó a la mano del niño.

—El último que llegue a la calle es el trasero de la bruja —dijo Tom.

Corrieron tanto que el propietario se sobresaltó y apretó cuarenta y cinco monedas en una mano y treinta y seis en la otra.

Afuera, bajo el resplandor de las móviles luces de la calle, Douglas y Tom hicieron un terrible descubrimiento.

El naipe de Tarot estaba en blanco. No había mensaje.

—¡No puede ser!

—No grites, Doug. Es sólo un cartón viejo. No perdimos más que una moneda.

—No es un cartón viejo, y vale más que una moneda. Es cuestión de vida o muerte.

Bajo la aleteante luz de polilla de la calle, Douglas miraba la tarjeta con un rostro lechoso, y la daba vuelta, haciéndola crujir, como si quisiese poner en ella alguna palabra.

—Se quedó sin tinta.

—¡Nunca se queda sin tinta!

Douglas miró al señor Black que terminaba su botella y maldecía, sin comprender qué afortunado era al vivir en la arcada. Por favor, pensó, que no caiga también la arcada. Ya era bastante que desaparecieran los amigos, que muriera la gente; pero que la arcada siga siempre así, por favor, por favor...

Ahora Douglas sabía por qué la arcada lo había atraído tanto, y lo atraía aún esta noche.

Pues era un mundo totalmente en su sitio, predecible, cierto, seguro, con sus brillantes ranuras de plata, su terrible gorila detrás de un vidrio, apuñalado para siempre por un héroe de cera para salvar a una heroína de más cera. Y luego los aleteantes y lluviosos movimientos de los policías de Keystone, en eternos carretes fotográficos que giraban en la oscuridad con una moneda de cabeza de indio, bajo la luz de lámparas desnudas. Los policías, chocando siempre o a punto de chocar con trenes, camiones, tranvías, cayendo de muelles al océano donde no se ahogaban, pues corrían en seguida a chocar con trenes, camiones, tranvías, y caían otra vez desde viejos muelles hermosamente familiares. Mundos dentro de mundos, el mundo de las vistas donde uno hacía girar la manivela y repetía fórmulas y

ritos viejos. Allí, cuando uno quería, aparecían los hermanos Wright, y volaban en vientos arenosos en Kittyhawk; Teddy Roosevelt exhibía sus brillantes dientes; San Francisco se alzaba y ardía, ardía y se alzaba, mientras monedas sudorosas alimentaran las máquinas hambrientas.

—Douglas miró alrededor el pueblo nocturno, donde podía ocurrir cualquier cosa. Allí; de noche o de día, qué escasas eran las ranuras donde uno pudiera meter su dinero, qué pocas tarjetas venían a manos de uno, y, cuando se leían esas tarjetas, qué pocas tenían sentido.

Un mundo de gente a la que se podía dar tiempo, dinero, palabras y recibir muy poco o nada como respuesta.

Pero aquí en la arcada uno podía tener el trueno en la mano con la máquina eléctrica.

¿RESISTE USTED? Apartabas las manijas de cromo y la energía de aguijón de avispa te chamuscaba, te cosía los dedos vibrantes. Golpeabas una bolsa y veías de cuántos centenares de kilos de músculo disponía tu brazo para golpear el mundo, si había que golpear. Aquí, poniendo tu mano en una mano de robot, podías dar rienda suelta a tu furia y encender las lámparas de un tablero numerado, donde unos fuegos artificiales en la cima declaraban tu violencia suprema.

En la arcada hacías esto y esto, y ocurría aquello y aquello. Salías a la calle en paz como de una iglesia desconocida.

¿Y ahora? ¿Ahora?

La bruja que se movía aún, pero que había callado, y que pronto moriría quizá en su ataúd de vidrio. Douglas miró al señor Black que dormitaba desafiando todos los mundos, incluso el suyo. Algún día la delicada maquinaria se estropearía por falta de cuidado, los policías de la Keystone se quedarían helados para siempre, saliendo a medias de las aguas del lago o hundiéndose a medias, a medias atropellados, a medias golpeados por una locomotora, y la máquina de los Wright nunca dejaría el suelo.

—Tom —dijo Douglas—, tenemos que ir a la biblioteca y encontrar una solución.

Se fueron calle abajo, pasándose la tarjeta blanca.

Se sentaron en la biblioteca a la luz de las lámparas verdes, y luego se

sentaron afuera en el león de piedra, con pies que colgaban del lomo del animal, el ceño fruncido.

—El viejo Black, todo el tiempo gritándole, amenazando matarla.

—No puedes matar lo que nunca vivió, Doug.

—Amenaza a la bruja como si estuviese viva o hubiese estado viva, o algo parecido. La gritó tanto que al final ella renunció. O quizá no renunció, y nos dirá de algún modo que su vida corre peligro. Con tinta invisible. ¡Jugo de limón quizá! ¡Nos mandó un mensaje que no quiere que lea el señor Black! Pues el señor Black puede mirar mientras estamos en la arcada. ¡Ten la tarjeta! Encenderé un fósforo.

—¿Y por qué va a escribimos a nosotros, Doug?

—Ten la tarjeta. ¡Así!

Doug encendió un fósforo y lo pasó bajo el cartón.

—¡Ay! El fuego me quema los dedos, Doug, aparta el fósforo.

—¡Ahí está! —gritó Douglas.

Y allí estaba, un débil garabato como el hilo de una tela de arañas que empezó a volverse sobre sí mismo en una espiral de caligrafía increíblemente adornada, sombra y luz... una palabra, dos palabras, ...

—¡La tarjeta! ¡Se quema!

Tom dio un grito y la dejó caer.

—¡Apágala con el pie!

Pero cuando se incorporaron para plantar los dos pies sobre el pétreo espinazo del viejo león, la tarjeta era ya una ruina negra.

—¡Doug! ¡Nunca sabremos qué decía!

Douglas puso las tibias cenizas en la palma de la mano.

—No, vi. Recuerdo las palabras.

Las cenizas se le deshicieron entre los dedos, susurrando.

—¿Recuerdas aquella comedia de Charlie Chase de la primavera pasada cuando un francés se ahogaba y gritaba algo en francés y Charlie Chase no sabía qué era? ¡Secours, secours! Y

alguien le dijo a Charlie qué significaba eso y Charlie saltó y salvó al hombre. Bueno, lo vi en esa tarjeta, con mis propios ojos. ¡Secours!

—¿Y por qué la bruja lo escribió en francés?

—¡Para que no entendiera el señor Black, tonto!

—Doug, era una marca de agua lo que apareció cuando chamuscaste la tarjeta. —Tom vio la cara de Douglas y se detuvo—. ¡Oh, bueno, no te enojés! Era "seguro" o algo parecido. Pero había otras palabras... Madame Tarot, decía. Tom, ¡ahora me doy cuenta! Madame Tarot existió realmente, vivió hace mucho tiempo, echaba las cartas. Vi una vez su retrato en la enciclopedia. La gente iba a verla desde toda Europa. Bueno, ¿no comprendes ahora? ¡Piensa, Tom, piensa!

Tom se sentó otra vez en el lomo del león, y miró allá abajo la arcada de luces temblorosas.

—¿Esa no es la verdadera señora Tarot?

—¡Si, dentro de esa caja de vidrio, bajo toda esa seda roja y azul, y esa cera fundida, sí!

Hace un tiempo, quizá, alguien se puso celoso y le echó tierra encima, y así hasta llegar aquí, siglos más tarde, a Green Town, Illinois. ¡Donde trabaja para monedas de cabeza de indio en vez de las cabezas coronadas en Europa!

—¿Villanos? ¿El señor Black?

—El nombre es negro, la camisa es negra, los pantalones son negros, la corbata es negra.

Los villanos de las películas visten de negro, ¿no es así?

—¿Pero por qué no gritó el año pasado, o el otro?

—¡Quién sabe! Escribió mensajes durante años en jugo de limón, pero todos leyeron el otro mensaje. Nadie pensó como nosotros en pasar un fósforo por el revés de la tarjeta y revelar así el verdadero mensaje. Por suerte sé lo que quiere decir secours.

—Muy bien. ¡Socorro!, dijo ella. ¿Y ahora?

—La salvaremos, por supuesto.

—¿Sacándosela al señor Black debajo de las narices, eh? ¿Y convertirnos nosotros mismos en brujas encerradas diez mil años en cajas de vidrio?

—Tom, aquí está la biblioteca. Nos armaremos con fórmulas de encantamiento y filtros mágicos para combatir al señor Black.

—Hay sólo un filtro mágico que pueda dominar al señor Black —dijo Tom—. Cuando una noche haya conseguido bastantes monedas... Bueno,

veamos —Tom sacó algunas monedas del bolsillo—. Esto bastará. Doug, tú lee los libros. Yo iré y veré los policías de la Keystone, quince veces. Nunca me canso. Cuando vayas a la arcada es posible que el viejo filtro esté ya trabajando para nosotros.

—Tom, supongo que sabrás lo que haces.

—Doug, ¿quieres o no rescatar a la princesa?

Douglas dio media vuelta y bajó del león.

Tom miró cómo se cerraban las puertas de la biblioteca. Luego saltó por encima del león y se perdió en la noche.

En los escalones de la biblioteca las cenizas del naípe de tarot revolotearon y se alejaron.

La arcada estaba en sombras. Adentro, las máquinas de bolos yacían pálidas y enigmáticas como letras de polvo en la caverna de un gigante. En las máquinas de las vistas estaban Teddy Roosevelt o los hermanos Wright sonriendo bobamente o haciendo girar una hélice de madera. La bruja estaba en su caja, los párpados caídos. De pronto, le brilló un ojo. El rayo de una linterna tembló a través de las polvorientas ventanas de la arcada. Una pesada figura se agachó junto a la puerta, una llave buscó en la cerradura. Se oyó una pesada respiración.

—Soy yo, vieja —dijo el señor Black, tambaleándose.

Afuera en la calle, mientras caminaba con las narices hundidas en un libro, Doug se encontró con Tom escondido en una puerta cercana.

—¡Chist! —dijo Tom—. Resultó. Los policías de la Keystone, quince veces, y cuando el señor Black oyó que dejaba ahí todo mi dinero, se le saltaron los ojos, abrió la máquina, sacó las monedas, me echó a la calle, y se fue a la taberna clandestina a buscar el filtro mágico.

Douglas se subió a la ventana y vio allá adentro a las dos figuras de gorila: una completamente inmóvil, la heroína de cera en los brazos; la otra, el señor Black, de pie en medio del salón, balanceándose ligeramente.

—¡Oh, Tom —susurró Douglas—, eres un genio! Está lleno de filtro mágico, ¿no?

—Te lo aseguro. ¿Qué encontraste?

Douglas golpeó el libro con la punta de los dedos y dijo en voz baja:

—Madame Tarot, como dije. Hablaba de la muerte y el destino en los salones de la gente rica, pero cometió un error. ¡Le anunció a Napoleón la derrota y la muerte en la cara! Así que... —La voz de Douglas se apagó mientras miraba otra vez por la ventana polvorienta la distante figura, inmóvil en su caja de vidrio—. Secours —murmuró Douglas—. El viejo Napoleón llamó a la fábrica de muñecos de cera de madame Tussaud e hizo que echaran viva a la bruja del Tarot en cera hirviente, y ahora... ahora...

—¡Cuidado, Doug, el señor Black, adentro! ¡Tiene un garrote o algo parecido!

Era cierto. Adentro, maldiciendo horriblemente, se arrastraba la enorme figura del señor Black. Alzó la mano y un cuchillo se detuvo en el aire a diez centímetros de la cara de la bruja.

—Se mete con ella porque es lo único que se parece a un ser humano en todo el maldito lugar —dijo Tom—. No le hará daño. Se caerá en cualquier momento y se quedará dormido.

—No, señor —dijo Douglas—. Sabe que ella nos avisó y que vamos a rescatarla. No quiere que descubramos su secreto criminal, y quizá va a destruirla para siempre.

—¿Cómo puede saber que nos avisó? Ni siquiera lo sabíamos nosotros, cuando nos fuimos de aquí.

—Hizo que ella se lo dijera. Con todos esos craneos y huesos, madame Tarot no puede mentir. Le dio una tarjeta, seguro, con dos figuritas, dos niños, ¿ves? Esos somos nosotros, calle abajo.

—¡Por última vez! —gritó el señor Black desde el interior—. ¡Por última vez, maldita sea, dimelo! ¿Haré dinero alguna vez con esta maldita arcada o me declararé en quiebra? Ahí estás, igual a todas las mujeres, fría como un pescado, mientras un hombre se muere de hambre. Dame el naipe. ¡Vamos! ¡Dámelo!

Alzó la tarjeta a la luz.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró Douglas—. Prepárate.

—¡No! —gritó el señor Black—. ¡Mentirosa! ¡Mentirosa! ¡Toma! — Lanzó un puñetazo a la caja.

El vidrio estalló como en un gran rocío de estrellas errantes y cayó en la

oscuridad. La bruja apareció al aire, serena y callada, esperando el segundo golpe.

—¡No! —Douglas corrió a la puerta—. ¡Señor Black!

—¡Doug! —gritó Tom.

El señor Black dio media vuelta al oír el grito de Tom. Alzó ciegamente el cuchillo como si fuera a herir a Douglas. Douglas se detuvo. En seguida, con los ojos muy abiertos, pestañeando una vez, el señor Black se volvió y cayó lentamente de espaldas. Pareció que tardaba mil años en golpear el piso. La linterna se le escapó de la mano derecha. El cuchillo le resbaló como un pez de la izquierda.

Tom entró lentamente y miró la larga figura extendida en la oscuridad.

—Doug, ¿está muerto?

—No, fue la emoción al leer las predicciones de madame Tarot. Tiene mirada de espanto.

Algo horrible había seguramente en las tarjetas.

El hombre dormía ruidosamente en el piso.

Douglas recogió las desparramadas cartas de tarot y se las metió, estremeciéndose, en el bolsillo.

—Vamos, Tom. Saquémosla antes que sea demasiado tarde.

—¿Raptarla? ¡Estás loco!

—¿No querrás que te acusen de ocultar y amparar un crimen peor? ¿Asesinato, por ejemplo?

—¡Por Dios, no puedes matar a una vieja momia!

Pero Doug no escuchaba. Había metido las manos en la caja abierta, y ahora, como si hubiese esperado demasiados años, la bruja de cera del Tarot se inclinó hacia adelante con un crujiente suspiro, y cayó lentamente, lentamente, en brazos de Douglas.

El reloj de la plaza dio las diez menos cuarto. La luna, alta, cubría el cielo con una luz cálida, pero invernal. La acera era plata sólida, donde se movían unas sombras negras. Douglas caminaba con la figura de terciopelo y cera rosada en los brazos, deteniéndose para ocultarse en estanques sombríos bajo árboles temblorosos. Escuchó mirando hacia atrás. Un sonido de ratones que corrían. Tom dobló la esquina y alcanzó a Douglas.

—Doug, me quedé atrás temiendo que el señor Black estuviese, bueno... de pronto empezó a vivir... jurando... ¡Oh, Doug, si te ve con su muñeca! ¡Qué pensarán en casa! ¡Robando!

—¡Cállate!

Escucharon el río de la calle, iluminado por la luna.

—Mira, Tom, puedes ayudarme a rescatarla, pero no si dices "muñeca" o gritas o tengo que arrastrarte como peso muerto.

—¡Te ayudaré! —Tom tomó la mitad de la carga—. ¡Dios, qué liviana es!

—Era realmente joven cuando Napoleón... —Douglas se detuvo—. Los viejos son pesados.

Como te dije.

—¿Pero por qué? Dime por qué correr tanto detrás de ella, Doug. ¿Por qué?

—¿Por qué? —Douglas parpadeó y se detuvo. Todo había sido tan rápido. El mismo había corrido excitado de un lado a otro, y había olvidado por qué. Sólo ahora, mientras caminaban otra vez por la acera, con sombras como mariposas negras sobre los ojos, con el aroma espeso de la cera polvorienta en las manos, tuvo tiempo de pensar por qué. Y lo dijo, lentamente, con una voz tan rara como la luz de la luna.

—Tom, hace dos semanas descubrí que yo estaba vivo. Dios, cómo salté de un lado a otro.

Y entonces, la semana pasada, en el cine, descubrí que un día moriría. Nunca lo había pensado realmente. Y de pronto fue como saber que cerrarían la Y.M.C.A. o la escuela, que no es algo tan malo si se piensa que ya no existe, y que todos los árboles de las afueras del pueblo iban a secarse, y que la cañada se llenaría de agua y no habría donde jugar, y que yo estaría en cama mucho tiempo, y todo estaría oscuro. Tuve miedo. De modo que quise ayudar a madame Tarot. La esconderé unas pocas semanas o meses mientras busco en los libros de magia negra cómo deshacer el encantamiento y sacarla de la cera para que ande por el mundo otra vez. Y ella se sentirá tan agradecida que me echará las cartas con esos demonios y copas y espadas y huesos, y me dirá cuáles son los días de salir a pasear y cuándo debo

quedarme en cama. Así viviré siempre, o casi.

—No lo crees de veras.

—Sí, lo creo, o algo por lo menos. Cuidado, llegamos a la cañada. Cortaremos camino por el basural, y...

Tom se detuvo. Douglas lo había detenido. No se volvieron, pero oían detrás los golpes de las pisadas. Cada pisada parecía un tiro en el lecho de un lago seco y próximo. Alguien gritaba y maldecía.

—¡Tom, dejaste que te siguiera!

Cuando echaban a correr, una mano gigantesca los alcanzó y apartó. El señor Black golpeó a derecha e izquierda, y los niños, llorando, vieron que escupía el aire entre los dientes apretados y los labios entreabiertos. El señor Black tomó a la bruja por el pescuezo y un brazo y miró con ojos brillantes a los niños.

—¡Es mía! ¡Para hacer con ella lo que quiero! ¿Qué es eso de llevársela? Todas mis dificultades nacen de ella, dinero, malos negocios, todo. ¡Y ésta es mi respuesta!

—¡No! —gritó Douglas.

Pero como una gran catapulta de hierro, los enormes brazos alzaron la figura contra la luna, e hicieron girar el frágil cuerpo bajo las estrellas, y lo arrojaron con una maldición y un viento siseante a la cañada. La bruja rodó arrastrando basuras; hasta el polvo blanco y las cenizas.

—¡No! —dijo Douglas, sin moverse, mirando hacia abajo.

El hombrón subió la loma, jadeando.

—Agradece a Dios que no te haya arrojado a ti —dijo, y se fue tambaleándose, cayendo una vez, incorporándose, riéndose, jurando, hasta desaparecer.

Douglas se sentó a orillas de la cañada y lloró. Al cabo de un largo rato se sonó la nariz.

Miró a Tom.

—Tom, es tarde. Papá debe de haber salido a buscarnos. Nos esperaban en casa hace una hora. Corre por Washington Street, busca a papá y tráelo.

—No vas a bajar a la cañada.

—Madame Tarot es propiedad del pueblo ahora, en el basural, y a nadie

le importa lo que pase, ni siquiera al señor Black. Dile a papá para qué lo queremos, que es necesario que no nos vean volver. Yo la llevaré por detrás de la casa y nadie se dará cuenta.

—No te servirá ahora, con la maquinaria rota.

—No podemos dejarla aquí y que la moje la lluvia, ¿no entiendes, Tom?

—Claro.

Tom se alejó lentamente.

—Douglas bajó la loma, caminando sobre pilas de cenizas, periódicos viejos y latas. A mitad de camino se detuvo y escuchó. Espió en la multicoloreada oscuridad, allá abajo.

—¿Madame Tarot? —suspiró casi—. ¿Madame Tarot?

Al pie de la loma, a la luz de la luna, le pareció ver una blanca mano de cera, que se movía.

Era sólo un pedazo de papel, pero Douglas se acercó...

El reloj de la plaza dio las doce. Las luces de las casas de alrededor estaban casi todas apagadas. En el taller del garaje los dos niños y el hombre se alejaron de la bruja, sentada ahora, arreglada y en paz, en una vieja silla de mimbre ante una mesita cubierta con un hule. Sobre la mesa, en fantásticos abanicos, papas y payasos y cardenales y muertes y soles y cometas: las cartas de tarot que la bruja tocaba con la mano.

—...se como son estas cosas —decía el padre—. Cuando era niño, cuando el circo dejaba el pueblo, yo corría de un lado a otro y coleccionaba un millón de carteles. Más tarde fue la cría de conejos, y la magia. Fabriqué ilusiones en el altillo y no pude hacerlas salir. —Señaló a la bruja con un movimiento de cabeza—. ¡Oh, recuerdo que una vez me dijo la fortuna, hace treinta años! Bueno, limpiadla bien, y luego a acostarse. El sábado le haremos una caja especial.

Fue hacia la puerta del garaje, pero se detuvo cuando Douglas habló suavemente.

—Papá, gracias. Gracias por habernos acompañado.

—Gracias al diablo —dijo el padre, y desapareció.

Los dos niños se quedaron solos con la bruja y se miraron.

—¡Dios!, vinimos por la calle principal, los cuatro, tú, yo, papá y la bruja.

¡Papá vale un millón!

—Mañana —dijo Douglas— iré y le compraré el resto de la máquina al señor Black, por diez dólares, antes que él tire todo.

—Claro. —Tom miró a la vieja en la silla de mimbre—. ¡Caray!, de veras parece viva. ¿Qué habrá adentro?

—Huesitos de pájaro. Eso es todo lo que quedó de madame Tarot luego que Napoleón...

—¿Ninguna maquinaria? ¿Por qué no la cortamos y vemos?

—Hay tiempo para eso, Tom.

—¿Cuándo?

—Bueno, dentro de un año, o dos, cuando tenga catorce o quince. Entonces sí. Por ahora no quiero saber nada; sólo que está ahí. Y mañana empezaré a trabajar en los encantamientos para que pueda librarse. Una noche oirás decir que alguien vio en el pueblo una muchacha italiana muy hermosa, vestida de verano, mientras compraba un billete para el Este. Todos la verán en la estación, y en el tren al irse, y dirán que nunca habían visto una muchacha mas hermosa, y nadie sabrá de dónde vino o a dónde va. La novedad correrá muy rápidamente. Y cuando oigas eso, Tom, créeme, tú sabrás que he roto el encantamiento, y la he liberado. Y luego, como digo, un año o dos más tarde de esa misma noche del tren, será hora de cortar la cera. Como ella se habrá ido, sólo encontraremos engranajes y ruedas y paja adentro. Así es.

Douglas tomó la mano de la bruja y la movió sobre la danza de la vida, las travesuras de la muerte de huesos blancos, las citas y destinos, los hados y desatinos, tocando, acariciando, rozando con los dedos de gastadas uñas. La cara de la bruja se movía manteniendo un secreto equilibrio y miró a los niños y los ojos brillaron a la luz de la lámpara desnuda, sin parpadear.

—¿Te dice la fortuna, Tom? —preguntó Doug, serenamente.

—Sí. Sí.

De la voluminosa manga de la bruja cayó un naipe.

—Tom, ¿viste? Una tarjeta, oculta, ¡y ahora la saca para nosotros! —Douglas alzó la tarjeta a la luz—. En blanco. La pondré en una caja con sustancias químicas. ¡Y mañana a la mañana abriremos la caja y ahí estará el

mensaje!

—¿Qué dirá?

Douglas cerró los ojos para ver mejor las palabras.

—Dirá: Gracias de vuestra humilde servidora y agradecida amiga madame Floristan Mariani Tarot, la quiromántica, curadora de almas, y adivinadora de destinos y furias.

Tom se rió y sacudió el brazo de su hermano.

—Sigue, Doug, ¿qué más, qué más?

—Déjame ver... Y dirá: ¿No es hermoso bailar y cantar; cuando suenan las fúnebres campanas?... Y girar en puntas de pie... Y dirá: Tom y Douglas Spaulding, todo lo que queráis en la vida, en toda vuestra vida, lo tendréis... Y dirá que viviremos siempre, tú y yo, Tom, viviremos siempre.

—¿Y todo en esta sola tarjeta?

—Todo, Tom, sin que falte nada.

A la luz de la lámpara eléctrica se inclinaron, los dos niños y la bruja, hacia adelante y clavaron los ojos en la hermosa tarjeta en blanco, pero llena de promesas, y los ojos brillantes buscaron las palabras increíbles que pronto se alzarían de un pálido olvido.

—Oh... —dijo Tom en la más suave de las voces.

Y Douglas repitió en un glorioso suspiro:

—Oh...

XXXVII

Débilmente, la voz cantó los números bajo los ardientes árboles del mediodía.

—... nueve, diez, once, doce.

Douglas avanzó lentamente por el césped de la acera.

—Tom, ¿qué cuentas'?

—... trece, catorce, quince, cállate, dieciséis, diecisiete, cigarras, dieciocho, diecinueve.

—¿Cigarras?

—¡Oh, demonios! —Tom abrió los ojos—. ¡Demonios!

—¡Cuidado, que te van a oír!

—¡Demonios mil veces! —gritó Tom—. Ahora tengo que empezar otra vez. Contaba cuántas veces cantan las cigarras cada quince segundos —alzó su reloj de dos dólares—. Cuentas las veces, luego restas veinte y tienes la temperatura de ese momento. —Miró el reloj con un ojo, torció la cabeza y susurró otra vez—: Uno, dos, tres...

Douglas dio media vuelta, escuchando. En alguna parte, en el cielo ardiente de color de hueso, rascaban y sacudían un gran alambre de cobre. Una y otra vez las agudas vibraciones metálicas caían como paralizantes descargas eléctricas desde los árboles inmóviles.

—Siete —contó Tom—. Ocho.

Douglas subió lentamente los escalones del porche. Espió trabajosamente el interior del vestíbulo. Se quedó así un momento y luego volvió al porche.

Llamó a Tom débilmente.

—Hay exactamente ochenta y siete grados Fahrenheit... ¡Eh, Tom!, ¿me oyes?

—Te oigo... treinta, ¡treinta y uno! ¡Vete! Y dos, y tres ¡treinta y cuatro!

—Puedes dejar de contar, en el viejo termómetro de adentro hay ochenta y siete y subiendo, sin necesidad de bichos.

—¡Cigarras! ¡Treinta y nueve, cuarenta! ¡No bichos! ¡Cuarenta y dos!

—Ochenta y siete grados, pensé que te gustaría saberlo.

—Cuarenta y cinco, ¡adentro, no afuera! Cuarenta y nueve, cincuenta, ¡cincuenta y una!

¡Cincuenta y dos, cincuenta y tres! Cincuenta y tres más treinta y nueve... ¡noventa y dos grados!

—¿Quién lo dice?

—¡Yo lo digo! ¡No ochenta y siete grados fahrenheit! ¡Noventa y dos grados Spaulding!

—Lo dices tú.

Tom dio un salto y se volvió enrojecido de cara al sol.

—¡Yo y las cigarras! ¡Yo y las cigarras! ¡Somos más que tú! ¡Noventa y dos, noventa y dos, noventa y dos grados Spaulding!

Los dos se quedaron mirando el cielo implacable y sin nubes, como una cámara rota que mirara al pueblo inmóvil y caído, sudoroso y moribundo.

Douglas cerró los ojos y vio soles idiotas que bailaban del otro lado de los párpados rosados y traslucidos.

—Uno... dos... tres...

Douglas sintió que se le movían los labios.

—... cuatro... cinco... seis...

Esta vez las cigarras cantaban aún más rápidamente.

XXXVIII

Desde el mediodía a la puesta del Sol, desde medianoche al amanecer los veintiséis mil trescientos cuarenta y nueve habitantes de Green Town, Illinois, veían alguna vez a un hombre, su caballo y su carro.

En la mitad del día, por razones no en seguida aparentes, los niños se detendrían y dirían:

—¡Ahí viene el señor Jonas!

—¡Ahí viene Ned!

—¡Ahí viene el carro!

La gente más vieja miraría al norte y al sur, al este y al oeste, y no vería señales de un hombre llamado Jonas, un caballo llamado Ned, o un carro Conestoga, parecido a aquellos que habían navegado las mareas de la pradera para anclar al fin en el desierto.

Pero entonces, si uno le pedía prestada una oreja a un perro, y la estiraba duramente y apuntaba a lo lejos, se podía oír a kilómetros y kilómetros de distancia, del otro lado del pueblo, un canto parecido al de un rabino en tierras perdidas, un musulmán en su torre. La voz del señor Jonas se le adelantaba siempre, de modo que todos tenían media hora, una hora, para prepararse a recibirlo. Y cuando llegaba el carro, los niños ya se alineaban a lo largo de la calle, como para un desfile.

Llegaba el carro, y en su alto asiento de madera, bajo una sombrilla color de níspero, las riendas como una corriente de agua en las manos suaves, venía cantando el señor Jonas:

—¡Trapero! ¡Trapero!
¡No, señor, trapero no!
¡Trapero! ¡Trapero!
¡No, señora, trapero no!
¡Bagatelas, chucherías!
¡Baratijas, gollerías!
¡Fruslerías y rarezas!
¡Antiguallas y finezas!
Pero... ¡trapero! ¡Trapero!
¡No, señor, trapero no!

Y cualquiera que escuchase las canciones que el señor Jonas inventaba al pasar, podía decir sin duda que no era un trapero común. En apariencia, sí; pues se vestía con unos andrajos de corderoy y una gorra de fieltro con botones. Pero había en él algo insólito: no sólo comerciaba a la luz del sol. Muy a menudo uno podía verlo con su carro en las calles bañadas por la luna, dando vueltas una y otra vez a las islas de la noche, las manzanas donde vivía toda la gente que había conocido en su vida. Y en el carro había cosas recogidas aquí o allí y que llevaba un día, una semana, o un año, hasta que alguien las quería y necesitaba. Entonces sólo había que decir: "Quiero aquel reloj" o "¿Qué hay de aquella manta?" Y Jonas alcanzaba lo que uno pedía, no esperaba el dinero, y se marchaba inventando la letra de otra canción.

Ocurría así que muy a menudo era el único hombre que ambulaba por las calles de Green Town a las tres de la mañana, y a veces la gente con dolor de cabeza, al verlo pasar con su carro a la luz de la luna, corría a ver si por casualidad tenía una aspirina, y el señor Jonas la tenía. Más de una vez había ayudado a traer al mundo a algún bebé a las cuatro de la mañana y sólo entonces había notado la gente qué limpias tenía las manos y uñas, manos de un hombre rico que en otra parte tenía otra vida que nadie podía imaginar. A veces llevaba a gente a trabajar al otro lado del pueblo, y cuando los hombres no podían dormir, subía a sus porches con cigarros, y se sentaba y fumaba y hablaba.

Quienquiera que fuese o dondequiera que estuviese, y por más diferente o loco que pareciera, no estaba loco. Como él mismo decía a menudo, se había

cansado de los negocios en Chicago muchos años atrás y había buscado otro modo de vivir. No pudiendo soportar las iglesias, aunque las apreciaba de algún modo, y algo inclinado a predicar y trasegar conocimiento, compró el carro y el caballo y decidió pasar los días viendo si una parte del pueblo podía aprovechar lo que había desechado la otra. Se consideraba a sí mismo una especie de proceso, una ósmosis, que dentro de los límites del pueblo facilitaba el intercambio de culturas. No toleraba el derroche, pues lo que algunos despreciaban, sabía, era para otros un lujo.

Así que todos, y especialmente los niños, se subían al carro para indagar aquellos vastos tesoros.

—Recordad —decía el señor Jonas—, podéis llevaros lo que queréis, si lo queréis realmente.

La prueba es preguntarse a sí mismo: ¿Lo deseo de todo corazón? ¿Puedo vivir sin eso? Si os parece que vais a morir antes de ponerse el sol, tomad y corred. Me hará feliz que os lo llevéis, sea lo que sea.

Y los niños buscaban en los grandes montones de pergaminos y brocados y rollos de papel de pared y ceniceros de mármol y patines de ruedas y grandes y gordas sillas tapizadas y mesitas y candeleros de cristal. Durante un rato sólo se oían murmullos y crujidos y tintineos. El señor Jonas miraba chupando cómodamente la pipa, y los niños sabían qué miraba. A veces extendían las manos para tomar un juego de damas o un collar de abalorios o una vieja silla, y en ese momento alzaba la cabeza y allá estaban los ojos del señor Jonas, que interrogaban dulcemente. Y apartaban entonces las manos y seguían buscando. Hasta que al fin todos ponían la mano sobre algo y la dejaban allí. Volvían las caras, y eran tan brillantes que el señor Jonas se reía. Alzaba la mano, como para que el brillo no lo encegueciera, y se cubría los ojos un momento. Los chicos daban gracias entonces, a gritos, y tomando sus patines o sus azulejos se lanzaban a la calle.

Un instante después, estaban de vuelta con algo propio: una muñeca o un juguete del que se habían cansado, algo que ya no era divertido, como una goma de mascar que ha perdido el sabor, y que era mejor llevar al otro lado del pueblo. Allí lo verían por primera vez, y parecería animarse, y animaría a otros. Estos objetos de intercambio eran arrojados tímidamente por encima de

los bordes del carro al montón de riquezas invisibles, y el carro se alejaba, con ruedas como grandes girasoles centelleantes, y el señor Jonas cantaba otra vez:

—¡Trapero, trapero!

¡No, señor, trapero no!

¡No, señora, trapero no!

Al fin se perdía de vista y sólo los perros en los estanques de sombra bajo los árboles escuchaban al rabino en el desierto, y movían la cola.

—...trapero...

Un sonido que se apagaba.

—...trapero...

Un susurro.

—...trapero...

Nada más.

Y los perros se dormían.

XXXIX

En las aceras ambulaban los fantasmas de polvo, convocados por un viento cálido, balanceándose y tendiéndose suavemente sobre las cálidas especias de las hierbas. Las pisadas de los últimos transeúntes sacudían los árboles polvorientos. Desde medianoche, parecía como si un vol. cán de las afueras del pueblo arrojase chispas rojizas en todas direcciones, cubriendo serenos somnolientos y pe. rros irritables. Las casas eran desvanes amarillos que humeaban espontáneamente a las tres de la mañana.

Al alba, las cosas intercambiaron sus elementos. El aire corrió como cálidas y silenciosas aguas de primavera, a ninguna parte. El lago era una capa de vapor inmóvil y alta sobre valles de peces y arena que se cocinaban lentamente. El asfalto era un almíbar vertido en las calles: los ladrillos rojos eran cobre y oro; los techos, bronce. Los cables de alta tensión donde centelleaban el rayo dormido, amenazaban las casas.

Las cigarras cantaban más y más alto.

El sol no se elevó; inundó el pueblo. En su cuarto, la cara una masa burbujeante de transpiración, Douglas se fundía en la cama.

—¡Eh! —dijo Tom entrando—, vamos, Doug. Nos pasaremos el día en el río.

Douglas inspiró. Douglas espiró. La transpiración le corrió por el cuello.

—Douglas, ¿duermes?

El más leve movimiento de cabeza.

—¿No te sientes bien, eh? Parece que se quemara la casa.

Tom, puso la mano en la frente de Douglas. Era como tocar la tapa de una estufa encendida. Sacó la mano, sorprendido. Se volvió y bajó las escaleras.

—Mamá, Douglas está realmente enfermo.

La madre, que sacaba unos huevos de la refrigeradora, se detuvo, dejó que una rápida sombra de preocupación le cruzara la cara, puso otra vez los huevos en su sitio, y siguió a Tom escaleras arriba.

Douglas no había movido un dedo.

Las cigarras chillaban ahora.

Al mediodía, corriendo y jadeando como si el sol fuese a aplastarlo contra el suelo, el doctor llegó a la puerta del porche, y le dio el maletín a Tom.

A la una, el doctor salió de la casa, sacudiendo la cabeza. Tom y su madre se quedaron detrás de la puerta de alambre mientras el doctor hablaba en voz baja, diciendo una y otra vez que no sabía, no sabía. Se puso el sombrero panamá, miró la luz del sol que ampollaba y marchitaba los árboles, titubeó como un hombre que va a lanzarse a los abismos del infierno, y corrió hacia el coche. El caño de escape dejó un gran palio de humo azul que flotó en el aire palpitante cinco minutos.

Tom tomó el martillo del hielo, transformó medio kilo de hielo en prismas y lo llevó arriba.

La madre estaba sentada en la cama, y sólo se oía el sonido de Douglas, que aspiraba vapores y espiraba fuego. Envolvieron el hielo en pañuelos y se lo pusieron en el cuerpo y la cara. Bajaron las persianas, e hicieron del cuarto una cueva. Se quedaron allí hasta las dos, trayendo más hielo. Luego tocaron otra vez la frente de Douglas y era como una lámpara que hubiese quedado encendida toda la noche. Uno la tocaba y se miraba los dedos, esperando verlos chamuscados.

La madre abrió la boca para decir algo y la cerró. Las cigarras cantaban con tanta fuerza que un polvo fino caía desde el cielo raso.

Adentro un mundo rojo, adentro un mundo ciego. Douglas se escuchaba, acostado, el débil pistón del corazón y las mareas y corrientes barrosas de la sangre en piernas y brazos.

Los pesados pensamientos caían lentamente como en un reloj de arena, uno a uno. ¡Tic!

Un tranvía se balanceó avanzando por una brillante curva de rieles de acero, lanzando una ola desmigajada de chispas centelleantes, con una campana que clamó diez mil veces hasta confundirse con las cigarras. El señor Tridden saludó con la mano. El tranvía dio vuelta ruidosamente la esquina como una salva de cañonazos y se desvaneció. ¡Señor Tridden!

¡Tic! Cayó una semilla. ¡Tic!

En la terraza un chico imitaba una locomotora, tirando de la cuerda invisible de un pito, y luego se quedaba inmóvil como una estatua.

—¡John! ¡John Huff! ¡Te odio, John! ¡John, somos amigos! No te odio, no.

John cayó por la avenida de los álamos como alguien que cae en el pozo sin fondo del estío, alejándose.

¡Tic! John Huff. ¡Tic! Una piedrecita que cae. ¡Tic! John...

Douglas movió la cabeza a un lado y a otro, aplastando la almohada blanca, tan blanca, terriblemente blanca.

Las señoras de la Máquina Verde navegaban acompañadas por el ladrido de una foca negra, y alzando unas manos blancas como palomas. Las dos señoras se hundieron en las aguas profundas del césped, y los guantes todavía saludaban a Douglas mientras las briznas se cerraban sobre ellas.

—¡Señorita Fern! ¡Señorita Roberta!

¡Tic! ¡Tic!

Y en seguida, el coronel Freeleigh se asomó a la ventana con una cara de reloj, y el polvo de los búfalos se alzó en la calle calurosa. El coronel Freeleigh crujió y rechinó, abrió la boca, y en vez de lengua salió un muelle que se quedó vibrando en el aire. El coronel se desplomó como un muñeco en el alféizar, saludando aún con una mano...

El señor Auffmann pasó en algo brillante, parecido al tranvía y a la Máquina Verde, arrastrando nubes de gloria y encendiéndole a uno los ojos, como el sol.

—Señor Auffmann, ¿la inventó? —gritó Douglas—. ¿Hizo al fin la Máquina de la Felicidad?

Pero notó en seguida que la máquina no tenía piso. El señor Auffmann corría por el suelo, llevando la increíble armazón sobre los hombros.

—¿La felicidad, Doug? ¡Aquí va la felicidad!

Y el hombre desapareció como el tranvía, John Huff y las señoras de dedos de paloma.

Arriba, en el techo, un golpeteo. Tap–rap–bum. Pausa. Tap–rap–bum. Clavo y martillo.

Martillo y clavo. Un coro de aves. Y una anciana que cantaba con una voz débil pero animada.

—Sí, nos reuniremos en el río... río... río... No reuniremos en el río que baña el trono de Dios...

—¡Abuela! ¡Bisabuela!

¡Tap!, suavemente. ¡Tap, tap!, suavemente. ¡Tap!

—...río... río...

Y ahora eran sólo los pájaros que alzaban las patitas y volvían a ponerlas en el techo. Un cascabeleo. Una rascadura. ¡Pip! ¡Pip! Suave. Suave.

No oyó a su madre que entraba corriendo en el cuarto.

Una mosca, como la ceniza ardiente de un cigarrillo, le cayó sobre la mano insensible, zumbó y se alejó.

Las cuatro de la tarde. Las moscas morían en el pavimento. Los perros humedecían trapos en sus casillas. Las sombras se apretujaban bajo los árboles. Las tiendas habían cerrado las puertas. No había nadie a orillas del lago. En el lago, millares de hombres y mujeres con el agua al cuello.

Las cuatro y cuarto. A lo largo de las calles de ladrillo vino el carro del trapero, y en él el señor Jonas, cantando.

Tom, empujado fuera de la casa por la calcinada mirada de Douglas, se acercó lentamente a la acera. El carro se detuvo.

—¡Hola, señor Jonas!

—¡Hola, Tom!

Tom y el señor Jonas estaban solos en la calle y hubiesen podido mirar todas las hermosas cosas usadas en el carro, pero no las miraban. El señor Jonas no habló. Encendió la pipa y chupó sacudiendo la cabeza como si supiera antes de preguntar que algo no marchaba bien.

—¿Tom? —dijo.

—Mi hermano —dijo Tom—. Doug.

El señor Jonas alzó los ojos hacia la casa.

—Está enfermo —dijo Tom—. ¡Se muere!

—¡Oh, no, no puede ser! —dijo el señor Jonas mirando ceñudamente aquel mundo muy real, el día calmo donde no podía haber nada que se pareciese a la muerte.

—Se muere —dijo Tom—. Y el doctor no sabe qué pasa. El calor, dijo, nada más que el calor.

¿Puede ser, señor Jonas? ¿Puede el calor matar a la gente, aún en una habitación oscura?

—Bueno —dijo el señor Jonas, y se detuvo.

Pues Tom lloraba ahora.

—Siempre me pareció que lo odiaba... eso me parecía... nos peleábamos la mitad del tiempo... quizá lo odié a veces... pero ahora... ¡oh, señor Jonas!, si por lo menos...

—¿Si por lo menos qué, muchacho?

—Si por lo menos tuviese usted algo en el carro... Algo que yo pudiera llevar arriba y que curase a Doug.

Tom lloró otra vez. El señor Jonas sacó su pañuelo de badana roja y se lo alcanzó. Tom se secó los ojos y la nariz.

—Ha sido un verano duro —dijo—. A Doug le pasaron muchas cosas.

—Cuéntamelas —dijo el trapero.

—Bueno —dijo Tom, tomando aliento, sin llorar ahora—. Perdió a su mejor amigo, una maravilla. Y además alguien le robó su guante de béisbol, que le había costado un dólar noventa y cinco. Luego aquel mal cambio que hizo con Charlie Woodman: le dio su colección de piedras y conchas fósiles por esta estatua de arcilla de Tarzán que se consigue juntando cajas de macarrones. La estatua de Tarzán se le cayó en la vereda al otro día.

—¡Qué lástima! —dijo el trapero, viendo realmente todos los pedazos en el cemento.

—Luego en vez del libro de pruebas mágicas que quería para su cumpleaños le regalaron un pantalón y una camisa. Eso es bastante para arruinar cualquier verano.

—Los padres olvidan a veces esas cosas —dijo el señor Jonas.

—Sí —dijo Tom y continuó en voz baja—: Luego, una noche, olvidó afuera el par de esposas legítimas de la torre de Londres y se le oxidaron. Y además yo crecí tres centímetros y casi lo alcancé.

—¿Eso es todo? —preguntó serenamente el trapero.

—Podría contarle diez docenas de otras cosas, todas tan malas o peores. En algunos veranos hay rachas de mala suerte. Bichos que le comen a uno su colección de revistas, o moho en los zapatos nuevos de tenis.

—Recuerdo años así —dijo el trapero.

Alzó los ojos al cielo y allí estaban todos los años.

—Pues así es, señor Jonas. Por eso se muere Douglas.

Tom calló y apartó los ojos.

—Déjame pensar —dijo el señor Jonas.

—¿Puede hacer algo, señor Jonas? ¿Puede hacer algo?

El señor Jonas miró las honduras del carro y sacudió la cabeza. Ahora, a la luz del sol, tenía un rostro cansado, y empezaba a transpirar. Miró otra vez los montones de floreros y pantallas para lámparas y ninfas de mármol y sátiros de cobre verde. Suspiró. Se volvió, recogió las riendas, y las sacudió suavemente.

—Tom —dijo, mirando el lomo del caballo—, te veré luego. Tengo un plan. Buscaré algo y vendré después de la cena. Aun entonces, ¿quién sabe? Por ahora... —El señor Jonas se inclinó y recogió un juego de cristales japoneses—. Cuelga esto en la ventana de arriba. Hace una hermosa música fresca.

Tom se quedó con los cristales en la mano mientras el carro se alejaba. Los alzó y no había viento, no se movían. No daban ningún sonido.

Las siete. El pueblo parecía un vasto hogar a donde llegaban los estremecimientos del calor, una y otra vez, desde el oeste. Unas sombras del color del carbón se extendían al pie de todas las casas, todos los árboles. Pasó un hombre pelirrojo. Tom, al verlo a la luz moribunda, pero aún feroz del sol, pensó en una antorcha que se llevaba orgullosamente a sí misma, un zorro salvaje, un demonio que atravesaba sus dominios.

A las siete y media, la señora Spaulding salió por la puerta de atrás para echar unas cáscaras de melón a la lata de basura y vio al señor Jonas.

—¿Cómo está el muchacho? —preguntó el señor Jonas. La señora Spaulding esperó un momento con la respuesta temblándole en los labios.

—¿No podría verlo, por favor? —dijo el señor Jonas.

La mujer no pudo hablar.

—Conozco bien al chico —dijo el señor Jonas—. Lo he visto casi todos los días desde que empezó a caminar. Tengo algo para él en el carro.

—No está... —La señora Spaulding iba a decir "consciente"—. No está despierto, señor Jonas.

El doctor dijo que no se lo moleste. ¡Oh, no sabemos qué pasa!

—Aunque no esté despierto —dijo el señor Jonas—, me gustaría hablarle. A veces lo que se oye en sueños importa más. Uno escucha mejor.

—Lo siento, señor Jonas, pero no podemos correr riesgos. —La señora Spaulding se tomó fuertemente del pestilío de la puerta de alambre—. Gracias, gracias de todos modos por haber venido.

—Sí, señora —dijo el señor Jonas.

No se movió. Se quedó mirando la ventana de arriba. La señora Spaulding entró en la casa y cerró la puerta de alambre.

Arriba en su cama, Douglas respiró.

Era como el sonido de un cuchillo que entrara en la vaina y saliera de la vaina, una y otra vez.

A las ocho, el doctor vino y se fue de nuevo, sacudiendo la cabeza, en camisa, la corbata floja. Parecía haber perdido quince kilos en el día. A las nueve, Tom, el padre y la madre sacaron un catre afuera y bajaron a Douglas para que durmiese en el patio debajo del manzano. Si se levantaba viento lo encontraría allí más pronto que en los terribles cuartos de arriba. Fueron y vinieron y a las once pusieron el despertador para despertarse a las tres y cortar más hielo.

La casa estaba en sombras y tranquila al fin.

A las doce y treinta y cinco, Douglas entreabrió los ojos.

Salía la luna. Y muy lejos cantó una voz.

Era una voz alta y triste que subía y caía. Era una voz clara y afinada. No se entendía la letra.

La luna se elevó sobre el lago y miró a Green Town, Illinois, y lo vio todo

y lo mostró todo: todas las casas, todos los árboles, todos los perros que rememorando la prehistoria se retorcían en sus simples sueños.

Y parecía que cuanto más alta la luna, más claramente se oyese la voz y más cerca.

Y Douglas se volvió en su fiebre y suspiró.

Quizá faltaba una hora para que la luna hubiese derramado toda su luz sobre el mundo, quizá menos. Pero la voz estaba ahora de veras más cerca, y se oían los latidos de un corazón que eran realmente el sonido de unos cascos en las calles de ladrillo, y que el espeso follaje apagaba.

Y había otro ruido, como una puerta que se abre o cierra con lentitud, chillando, chillando a veces suavemente. El ruido de un carro.

Y en el extremo de la calle, a la luz de la luna, apareció el caballo que arrastraba el carro, y el carro que llevaba el cuerpo delgado del señor Jonas, sentado cómodamente en el alto asiento. Llevaba sombrero, como si estuviese todavía bajo el sol del estío, y movía las manos de cuando en cuando, rizando las riendas como una corriente de agua en el aire, sobre el lomo del animal. Muy lentamente, el carro bajó por la calle con el señor Jonas, y pareció que Douglas, dormido, dejaba de respirar y escuchaba.

—Aire, aire... quién quiere comprar este aire... Aire como agua y aire como hielo...

cómprelo una vez y lo comprará siempre... aquí aire de abril... aquí una brisa otoñal... aquí el viento papaya de las Antillas... Aire, aire, aire dulce y punzante... hermoso... raro... de todas partes... embotellado y perfumado con tomillo, ¡todo el aire por una moneda!

El carro llegó a la acera, y alguien bajó, arrastrando su sombra, llevando dos botellas de color verde insecto, que brillaban como ojos de gato. El señor Jonas miró el catre y llamó al niño una vez, dos veces, tres veces, quedamente. Se balanceó indeciso, miró las botellas, se decidió, y se adelantó furtivamente. Se sentó luego en la hierba y observó al niño aplastado por el gran peso del verano.

—Doug —dijo—, no te muevas. No digas nada, ni abras los ojos. Ni me muestres que escuchas. Pero yo sé que me oyes, adentro, y que sabes que soy el viejo Jonas, tu amigo.

Tu amigo —repitió asintiendo con un movimiento de cabeza.

Se incorporó y arrancó una manzana de un árbol, la hizo girar, la mordió, y continuó:

—Algunas personas se vuelven tristes cuando son aún terriblemente jóvenes. Sin motivo especial, parece. Casi como si hubiesen nacido así. Se lastiman más fácilmente, se cansan más pronto, lloran más, y recuerdan más. Y, como digo, se vuelven tristes antes que nadie en el mundo. Lo sé, pues soy uno de ellos.

Dio otro mordisco a la manzana y masticó.

—Bueno, ¿dónde estábamos? —preguntó—. Una noche calurosa, sin una brisa, en agosto —se respondió a sí mismo—. Un calor mortal. Y el verano ha sido largo y con demasiados incidentes, ¿eh? Demasiados. Y pronto será la una de la mañana, y no hay huellas de viento o lluvia. Y dentro de un momento me levantaré y me iré. Pero cuando me vaya, y recuérdalo claramente, dejaré aquí dos botellas. Espera entonces un poco y luego abre los ojos lentamente, siéntate, extiende la mano, alcanza las botellas, y bébetelas. No con la boca, no. Con la nariz. Sacude las botellas, descórchalas, y deja que el aire entre directamente en la cabeza. Lee los marbetes primero, por supuesto. Pero permite que antes te los lea yo.

Alzó una botella a la luz.

—Marca Crepúsculo Verde de Sueños. Aire puro del Norte —leyó—. Sacado de la atmósfera del Ártico blanco en la primavera del año 1900, y mezclado con el viento del valle superior del Hudson del mes de abril de 1910, y con partículas de polvo que brillaron a la puesta del sol en los prados de Grinnel, Iowa, cuando se alzó un viento fresco que pasó sobre un lago, un arroyo y un manantial.

—Ahora las palabras más chicas —dijo el señor Jonas. Frunció los ojos—. Contiene asimismo moléculas de vapor de mentol, lima, papaya, y melones, y muchas otras frutas de olor a agua y sabor fresco, y árboles como el alcanfor y hierbas perennes y una brisa que venía del río Des Plaines. Garantizamos frescura. Para tomar en las noches de verano cuando el calor pasa de los noventa.

Tomó la otra botella.

—En ésta lo mismo, pero he puesto además un viento de las islas de Aran y otro de la bahía de Dublín con un poco de sal y una cinta de niebla de algodón de las costas de Islandia.

Dejó las dos botellas en el catre.

—Una última indicación. —Se incorporó y se inclinó hablando en voz baja—. Cuando lo bebas, recuérdalo. Lo embotelló un amigo. La compañía embotelladora de S. J. Jonas, Green Town, Illinois, en agosto de 1928. Año de buenas cosechas, muchacho, de buenas cosechas...

Casi en seguida se oyó el golpe de las riendas en el lomo del caballo a la luz de la luna, y el traqueteo del carro que se alejaba calle abajo.

Poco después, Douglas apretó nerviosamente los ojos y, muy lentamente, los abrió.

—¡Mamá! —susurró Tom—. ¡Papá! ¡Doug! ¡Doug se va a curar! Bajé a verlo y...

Tom salió corriendo de la casa. Los padres lo siguieron. Douglas estaba dormido. Tom hizo señas con una ancha sonrisa. Los tres se inclinaron sobre el catre.

Una espiración, una pausa, una espiración, una pausa. Los labios de Douglas estaban ligeramente entreabiertos y de la boca y de la nariz le salía suavemente un aroma de noche fresca y agua fresca y nieve blanca y fresca y moho verde y fresco, y fresca luz de luna sobre guijarros plateados que dormían en el lecho de un río manso, y agua fresca y clara en el fondo de un pequeño manantial de piedras blancas.

Era como juntar las cabezas un breve momento sobre los latidos de una fuente de aroma de manzano que subía fresca en el aire y les mojaba las caras.

Durante un rato no pudieron moverse.

XL

La mañana siguiente fue una mañana sin orugas.

El mundo que había estado lleno hasta reventar de ataditos de piel negra y castaña que se abrían paso hacia las hojas verdes de los árboles y las trémulas briznas de hierba, estaba de pronto vacío. El sonido que no era sonido, el billón de pisadas de las orugas que golpeaban su propio universo, había muerto. Tom, que decía poder oír ese sonido, minúsculo como era, miró maravillado un pueblo donde no se movía un solo bocado de pájaro. Las cigarras habían callado también.

Luego, en el silencio, se oyó un enorme y susurrante suspiro, y supieron entonces por qué habían desaparecido las orugas y habían callado las cigarras.

La lluvia de verano.

La lluvia cayó levemente. Un roce. La lluvia creció luego y cayó pesadamente. Las aceras y los techos sonaron como grandes pianos.

Y arriba, Douglas, adentro otra vez, como nieve en el lecho, volvió la cabeza y abrió los ojos para ver el cielo fresco que se derrumbaba, y lentamente, lentamente, extendió los dedos hacia la libreta y el lápiz amarillo...

XLI

La agitación de una bienvenida. En alguna parte sonaron las trompetas. En algún cuarto, pensionistas y vecinos se reunieron a tomar el té. Había llegado una tía, y se llamaba Rose, y uno podía oír su sobresaliente voz de clarín, y uno podía imaginarla encendida y grande como rosa de invernadero, exáctamente como su nombre, ocupando todo el cuarto. Pero para Douglas, las voces, la conmoción de la bienvenida, no eran nada. Acababa de llegar de su casa, y estaba ahora espionando la cocina de la abuela, justo cuando ella, luego de excusarse y dejar el gallinero del vestíbulo, se había retirado a sus propios dominios y había empezado a preparar la cena. Vio allí a Douglas, le abrió la puerta de alambre, le besó la frente, le sacó el pelo claro de los ojos, lo miró a la cara para ver si la fiebre se había reducido a cenizas, y viendo que así era, volvió cantando al trabajo.

Abuela, había querido decirle muchas veces Douglas, ¿es aquí donde empezó el mundo?

Pues seguramente empezó en un lugar parecido. La cocina, sin duda, era el centro de la creación, todas las cosas giraban alrededor; era el frontón que sostenía el templo.

Con los ojos cerrados, dejó que vagara la nariz; aspiró profundamente. Se hundió en los vapores infernales y en la nieve que se movía de pronto en el polvo de hornear, en el maravilloso clima donde la abuela, con la mirada de las indias en los ojos, y la carne de dos firmes y cálidas gallinas en el corpiño, la abuela de mil brazos, golpeaba, azotaba, cortaba, pelaba, envolvía, salaba,

sacudía.

Douglas se abrió paso a ciegas hasta la despensa. Del vestíbulo llegaron unos chillidos de risa; unas tazas de té tintinearón. Pero Douglas estaba en un país de nísperos espinosos, un fresco y verde país submarino donde las bananas claras y perfumadas que colgaban y se balanceaban maduraban en silencio y le golpeaban la cabeza. Los mosquitos zumbaban agriamente alrededor de las vinagreras y en los oídos de Douglas.

Abrió los ojos. Vio pan, que esperaba ser cortado en rodajas de cálidas nubes de verano; buñuelos dispuestos como cuellos de payaso para algún juego comestible. Aquí en la parte de la casa a la sombra de los ciruelos, con hojas de arce que golpeaban los vidrios como aguas de un arroyo, Douglas leyó los nombres de las especias.

¿Cómo agradeceré al señor Jonas, se preguntó, lo que hizo? ¿Cómo le daré las gracias, cómo se lo pagaré? No, no hay modo. Eso no se paga. ¿Qué se puede hacer entonces?

¿Qué? Transmitirlo de algún modo, pasárselo a alguien. Hacer que continúe la cadena.

Buscar a alguien, encontrarlo, y pasárselo. No hay otro modo...

—Pimentón, mejorana, canela.

Los nombres de perdidas y fabulosas ciudades donde habían florecido tormentas de especias, que luego se habían apagado.

Douglas sacudió los clavos de especias que habían venido de algún continente oscuro, donde se los había desparramado sobre mármoles de leche, como piedrecitas que arrojan unos niños de manos de regaliz.

Y mirando un marbete, sintió que daba una vuelta al calendario y volvía a aquel día íntimo que había mirado el mundo de alrededor y se había descubierto en su centro.

El marbete decía Salmuera.

Y Douglas se alegró de haber decidido vivir.

¡Salmuera! Qué nombre especial para las sustancias desmenuzadas y dulcemente apisonadas que había en el frasco de tapa blanca. El que las había bautizado, qué hombre debía de haber sido. Dando voces, moviéndose de un lado a otro, debía de haber cazado todas las alegrías del mundo y luego de

meterlas en ese frasco había escrito sin duda con su manaza: SALMUERA. Pues el solo sonido de la palabra sugería una carrera por campos verdes en caballos alazanes de bocas con barbas de pasto, y zambullidas en aguas profundas, donde el mar suena cavernosamente dentro de la cabeza.

Douglas extendió la mano. Allí estaba: Condimento.

—¿Qué cocina la abuela para esta noche? —dijo la tía Rose desde el mundo real del atardecer, en el vestíbulo.

—Nadie sabe qué cocina —dijo el abuelo que había vuelto de la oficina mas temprano para atender esta enorme flor— hasta que nos sentamos a la mesa. Hay siempre expectación y misterio.

—Bueno, siempre me ha gustado saber qué comeré —gritó la tía Rose, y se rió.

Los prismas de la araña de cristal del vestíbulo sonaron dolorosamente.

Douglas se hundió un poco más en la sombra de la despensa.

Condimento... una hermosa palabra. Y albahaca y betel. Pimiento. Curry. Todas hermosas.

Pero Salmuera. Salmuera con S mayúscula. Era la mejor, sin discusión.

Arrastrando velos de vapor, la abuela vino y se fue y vino otra vez con fuentes cubiertas, de la cocina al comedor, mientras los comensales esperaban en silencio. Nadie alzó las tapas para echar un vistazo a las vituallas ocultas. Al fin la abuela se sentó, el abuelo dijo una oración, y los cubiertos de plata se alzaron inmediatamente en el aire como una plaga de langostas.

Cuando las bocas de todos estaban absolutamente llenas de maravillas, la abuela se reclinó en su asiento y dijo:

—Bueno, ¿les gusta?

Y los parientes, incluso la tía Rose, y los pensionistas, con los dientes deliciosamente cimentados, enfrentaron un terrible dilema. Hablar y romper el encanto, o seguir sintiendo cómo aquella ambrosía se disolvía gloriosamente en la boca. Parecía como si dudaran entre reír o llorar. Parecía como si fueran a quedarse eternamente inmóviles, sin que un incendio o un terremoto o un tiro en la calle, o una masacre de inocentes en el patio pudiesen perturbarlos. Parecían abrumados por efluvios y promesas de inmortalidad. En aquel momento de hierbas tiernas, dulces apios, deliciosas

raíces, todos los villanos eran inocentes. Los ojos se paseaban por campos de nieve con salpicones, ensaladas, quimbombós, potajes recientemente inventados, guisados, cazuelas. No se oía otro sonido que el burbujear primigenio de la cocina, y el tintineo de campanilla de reloj de los tenedores y cuchillos en los platos. Un tintineo que anunciaba los segundos en vez de las horas.

Y entonces la tía Rose aspiró profundamente, concentrando en sí misma su fuerza, su salud y su indomable color rosado, y, con un tenedor que apuntaba al aire como si empalase el misterio, habló con una voz demasiado alta.

—Oh, magnífica comida, ciertamente. ¿Pero qué es?

La limonada dejó de retintinear en los vasos helados, los tenedores dejaron de relampaguear y descansaron en la mesa.

Douglas miró a tía Rose con esa mirada que el ciervo dedica al cazador antes de morir. Una sorpresa herida apareció en todos los rostros. La comida se explicaba a sí misma, ¿no? Era su propia filosofía, se hacía y respondía sus propias preguntas. ¿No bastaba que la sangre y el cuerpo se contentaran con estos rituales e inciensos raros?

—Parece —dijo la tía Rose— que nadie me ha oído.

Al fin la abuela movió imperceptiblemente los labios y dejó que saliera la respuesta.

—Llamo a esto Jueves Especial. Lo comemos todas las semanas.

No era cierto.

Ningún plato, en años, se había parecido a otro. ¿Había salido éste de las verdes profundidades del mar? ¿Era ésta una comida nadadora o una comida voladora, había tenido sangre o clorofila, había caminado o se había arrastrado ya puesto el sol? Nadie lo sabía. Nadie preguntaba. A nadie le importaba.

La gente se contentaba con asomarse a la puerta de la cocina y espiar las explosiones de la harina, disfrutar de los golpes, retintines, cascabeleos de aquella fábrica en completo desorden, mientras la abuela movía los dedos a ciegas, abriéndose paso entre latas y ollas.

¿Tenía la abuela conciencia de su talento? Difícilmente. Si alguien le

hablaba de cocina, la abuela se miraba las manos que algún glorioso instinto enguantaba alguna vez con harina, o sondeaban pavos destripados, hundiéndose hasta las muñecas en busca del alma animal.

Los ojos grises parpadeaban tras anteojos retorcidos por cuarenta años de ráfagas de horno, y oscurecidos por salpicaduras de sal y pimienta, de modo que echaba a veces granos de almidón sobre las carnes, asombrosamente suculentas y tiernísimas. Y a veces dejaba caer albaricoques en la sartén, cruzando carnes con hierbas, frutas, vegetales, sin prejuicios, sin atender fórmulas o recetas. Pero al fin, en el momento de la entrega, las bocas se hacían agua, la sangre respondía con un trueno. Las manos de la abuela, como antes las manos de la bisabuela, eran su misterio, su delicia, su vida. La miraba asombrada, pero dejaba que viviesen a su antojo.

Y ahora, por primera vez luego de innumerables años, aparecía una interruptora, una inquisidora, casi una investigadora de laboratorio, hablando cuando el silencio era una virtud.

—Sí, sí, ¿pero qué has puesto en este Jueves Especial?

—Bueno —dijo la abuela, evasiva—, ¿a qué te sabe?

La tía Rose olió el bocado del tenedor.

—¿Vaca o cordero? ¿Jenjibre o canela? ¿Jamón? ¿Arándanos? ¿Algún bizcocho?

¿Cebollinos? ¿Almendras?

—Eso es, exactamente —dijo la abuela—. ¿Alguien repite?

Se alzó un clamor, hubo un entrechocar de platos, un enjambre de brazos, un torrente de voces que deseaba acabar para siempre con las preguntas blasfemas. Douglas hablaba más alto y hacía más ruido que nadie. Pero uno podía ver en las caras que el mundo cotidiano se tambaleaba, que la dicha estaba en peligro. Pues eran los privilegiados miembros de una casa que dejaban corriendo el trabajo o el juego cuando la campana que anunciaba la cena apenas había tañido una vez. Habían entrado en el comedor durante años como si estuviesen jugando frenéticamente a las sillas musicales, desplegando aleteantes servilletas blancas, empañando los cubiertos como si hubiesen estado muriéndose de hambre en algún confinamiento solitario y esperaran la liberación para caer en una masa de codos entrelazados sobre la

mesa. Ahora gritaban nerviosamente, hacían chistes obvios, lanzando ojeadas a la tía Rose como si ésta ocultara una bomba en aquel amplio pecho que la empujaba con su tictac al destino final.

La tía Rose, sintiendo que el silencio era realmente una bendición, repitió tres veces aquello que había en el plato, y luego fue arriba a soltarse el corset.

—Abuela —dijo la tía Rose ya de vuelta—, qué cocina tiene usted. Es realmente un revoltijo, no puede negarlo. Botellas y platos y cajas por todas partes, y faltan casi todos los marbetes. ¿Cómo puede saber qué usa? Me sentiré culpable si no me deja que la ayude a arreglar las cosas mientras estoy aquí de visita. Permita que me arremangue.

—No, muchas gracias —dijo la abuela.

Douglas las oyó a través de la pared de la biblioteca y el corazón le golpeó en el pecho.

—Esto es un baño turco —dijo la tía Rose—. Abramos las ventanas y los postigos, así podremos ver.

—La luz me lastima los ojos —dijo la abuela.

—Traeré la escoba. Lavaré los platos y los guardaremos, limpios. Voy a ayudarla, así que no abra la boca.

—Ve a sentarte —dijo la abuela.

—Pero abuela, piense cómo aliviará su trabajo. Es usted una cocinera maravillosa, es cierto, pero si lo es en este caos, este puro caos, piense en lo que conseguirá una vez que tenga las cosas en su sitio.

—No se me había ocurrido —dijo la abuela.

—Piénselo entonces. Los métodos modernos pueden mejorar sus platos en un diez y hasta un quince por ciento. Sus hombres son ya casi puros animales en la mesa. La próxima semana morirán como moscas por exceso de alimentación. Una comida tan buena y sabrosa que no podrán dejar los cubiertos.

—¿Lo crees realmente? —dijo la abuela, interesada.

—¡Abuela, resístase! —le dijo Douglas a la pared.

Pero, horrorizado, las oyó barrer y limpiar, arrojando viejos paquetes, poniendo nuevos marbetes en las latas, ordenando platos y ollas y sartenes en armarios que habían estado vacíos durante años. Hasta los cubiertos, que

habían quedado siempre —como un cardumen de peces de plata— en las mesas de la cocina, fueron metidos en cajones.

El abuelo había escuchado detrás de Douglas durante casi cinco minutos. Un poco inquieto se rascó la barbilla.

—Ahora que lo pienso, esa cocina ha sido siempre un verdadero revoltijo. Un poco de orden es siempre necesario, sin duda. Y si lo que la tía Rose dice es cierto, Doug, muchacho, la cena de mañana será una rara experiencia.

—Sí, señor —dijo Douglas—. Una rara experiencia.

—¿Qué es eso? —preguntó la abuela

La tía Rose mostró el regalo envuelto en papel.

La abuela abrió el paquete.

—¡Un libro de cocina! —gritó. Lo dejó caer en la mesa—. ¡No lo necesito! Un poco de esto, otro poco de aquello, una pizca de alguna otra cosa, y no preciso mas...

—La ayudaré a hacer las compras —dijo la tía—. Y me he fijado en sus lentes, abuela. ¿Dice usted que se ha pasado todos estos años con esa armazón torcida y esos cristales gastados? ¿Cómo puede caminar sin caerse de narices en el cajón de la harina? Le compraremos en seguida unos nuevos anteojos.

Y salieron, la abuela estupefacta, apoyada en el hombro de la tía, a la tarde de verano.

Volvieron con comestibles, anteojos nuevos, y un peinado nuevo en la cabeza de la abuela.

Parecía que la abuela hubiese estado corriendo por todo el pueblo. Entró jadeando a la casa, ayudada por Rose.

—Aquí estamos, abuela. Ahora podrá encontrar todas las cosas. ¡Ahora podrá ver!

—Vamos, Doug —dijo el abuelo—. Demos un paseo para abrir el apetito. Esta será una noche histórica. Una de las mejores cenas del mundo, o me comeré el sombrero.

Hora de cenar.

Gente sonriente dejó de sonreír. Douglas masticó un bocado durante tres minutos, y luego, pretendiendo que se secaba la boca, lo echó en la servilleta.

Vio que Tom y el padre hacían lo mismo. La gente jugaba con la comida, haciendo caminos y trazando figuras, dibujando en la salsa, transformando las papas en castillos, pasándole secretamente al perro pedazos de carne.

El abuelo se excusó.

—Estoy lleno —dijo.

Los pensionistas estaban pálidos y silenciosos.

La abuela hurgaba nerviosamente en su propio plato.

—¿No es una hermosa comida? —le preguntó a todos la tía Rose—. Y la hemos traído a la mesa media hora más temprano.

Pero los otros pensaron que el lunes seguiría al domingo, y que el martes seguiría al lunes, y así pasaría toda una semana de tristes desayunos, almuerzos melancólicos y cenas funerales. Pocos minutos después, el comedor estaba vacío. Arriba los pensionistas meditaban en sus cuartos.

La abuela volvió lentamente, abrumada, a la cocina.

—¡Esto ha durado bastante! —exclamó el abuelo. Fue al pie de las escaleras y llamó hacia arriba en la polvorienta luz del sol—: ¡Bajen, todos!

Los pensionistas charlaron en voz baja en la oscura y cómoda biblioteca. El abuelo pasó serenamente el sombrero.

—Para el gatito —dijo. Luego dejó caer la mano pesadamente sobre el hombro de Douglas—. Douglas, tenemos una gran misión para ti, hijo mío. Escucha...

Y el abuelo murmuró cálida y amablemente en el oído del niño.

Douglas encontró a la tía Rose, sola, a la tarde siguiente. La mujer cortaba flores en el jardín.

—Tía Rose —dijo con voz grave—, ¿por qué no damos un paseo? Te mostraré las mariposas de la cañada.

Caminaron por todo el pueblo. Douglas hablaba rápidamente, nerviosamente, sin mirar a la mujer, escuchando sólo las campanadas del reloj en la tarde.

Cuando volvían, bajo los cálidos olmos del verano, la tía Rose ahogó un grito y se llevó la mano a la boca.

Allá, al pie de los escalones del porche, estaba su equipaje, ordenadamente dispuesto.

Encima de una valija, aleteando en la brisa estival, se veía un billete verde de ferrocarril.

Los pensionistas, los diez, estaban sentados en el porche, muy tiesos. El abuelo, como el conductor de una locomotora, como un alcalde, como un amigo, bajó solemnemente los escalones.

—Rose —le dijo a la mujer tomándole la mano y sacudiéndosela hacia arriba y abajo—, tengo algo que decirte.

—¿Qué? —preguntó la tía Rose.

—Tía Rose —dijo el abuelo—, adiós.

Oyeron el tren que se alejaba cantando en las últimas horas de la tarde. El porche estaba desierto. El equipaje había desaparecido. El cuarto de la tía Rose estaba desocupado. El abuelo, en la biblioteca, buscó detrás de un volumen de E.A. Poe una botellita medicinal, sonriendo.

La abuela llegó de vuelta de una solitaria expedición a las tiendas.

—¿Dónde está la tía Rose?

—La despedimos en la estación —dijo el abuelo—. Todos lloramos. Odiaba irse, pero te dejó sus cariños y dijo que volvería dentro de doce años. —El abuelo sacó su reloj de oro macizo—. Y ahora sugiero que nos reunamos todos en la biblioteca a tomar un reparador vaso de jerez mientras esperamos a que la abuela prepare uno de sus asombrosos banquetes.

La abuela se retiró a los fondos de la casa.

Todos hablaban y reían, y escuchaban... los pensionistas, el abuelo, y Douglas, y oían los suaves sonidos que venían de la cocina. Cuando la abuela tocó la campanilla, se lanzaron en rebaño hacia el comedor abriéndose paso a codazos.

Todos tomaron un gran bocado.

La abuela miró las caras de los pensionistas. Los hombres miraron los platos silenciosamente, con las manos en los regazos, dejando que la comida se les enfriara en las bocas.

—¡Lo he perdido! —dijo la abuela—. ¡He perdido mi arte!

Y se echó a llorar.

Se incorporó y se metió en la ordenada cocina, moviendo fútilmente las manos.

Los pensionistas se fueron hambrientos a la cama.

Douglas oyó que el reloj de la alcaldía daba las diez y media, las once, luego la medianoche, y oía que los pensionistas se agitaban en sus lechos, como una marea que se moviese bajo el techo iluminado por la luna. Sabía que estaban todos despiertos, pensativos, y tristes. Al fin se sentó en la cama, y le sonrió a la pared y al espejo. Se vio a sí mismo sonriendo, con una mueca, mientras abría la puerta y se arrastraba escaleras abajo. El vestíbulo estaba a oscuras, y olía a vejez y soledad. Retuvo el aliento.

—Se deslizó en la cocina y esperó un instante.

Luego empezó.

Sacó el polvo de hornear de su hermosa y nueva lata y lo puso otra vez en la vieja bolsa donde había estado siempre. Derramó la harina blanca en una vieja olla de barro. Pasó el azúcar del recipiente de metal donde se leía azúcar a una serie de frascos pequeños donde se leía especias, piedras de afilar, cordeles. Puso los ajos donde habían estado durante años: el fondo de media docena de cajones. Llevó los platos y cuchillos y tenedores y cucharas de vuelta a las mesas.

Encontró los lentes nuevos de la abuela en la repisa de la chimenea y los escondió en el sótano y luego encendió un gran fuego en la vieja estufa, con páginas del libro de cocina. A la una de la mañana un gran estruendo sacudió la estufa negra, un estruendo tal que la casa (Si había dormido) despertó. Douglas oyó el sonido arrastrado de las zapatillas de la abuela, que bajaba al vestíbulo. La abuela apareció en la puerta de la cocina, y miró parpadeando el caos. Douglas se había escondido en la despensa.

A la una y media, en la profunda y oscura madrugada de verano, los olores de la cocina subieron por los aireados corredores de la casa. Escaleras abajo, uno a uno, llegaron mujeres con rizos de papel, hombres en bata, que se acercaban de puntillas y espiaban la cocina... iluminada por los resplandores de la estufa siseante. Y allí, en la cocina negra, a las dos de la cálida madrugada de estío, flotaba la abuela como una aparición, entre golpes y choques, medio ciega otra vez, adelantando instintivamente los dedos en la oscuridad, sacudiendo nubes de especias sobre ollas burbujeantes y marmitas que se cocinaban a fuego lento, con el rostro encendido, mágico, y encantado,

mientras movía y sacudía y vertía los sublimes alimentos.

En silencio, en silencio, los pensionistas tendieron los mejores manteles y pusieron la plata brillante y encendieron velas. Pues las luces eléctricas podían romper el hechizo.

El abuelo, que se había retrasado en la imprenta con un trabajo, llegó a la casa y oyó estupefacto que alguien daba gracias en el comedor iluminado por candelabros.

¿Y la comida? Aparecieron las carnes condimentadas, las salsas curry, las verduras cubiertas de dulces mantecas, los bizcochos bañados en mieles enjoyadas; todo sabroso, delicioso, y tan maravillosamente refrescante que se oyó un suave bramido, como el de una bestia en un campo de trébol. Todos y cada uno expresaron su gratitud envueltos en sus sueltas ropas nocturnas.

A las tres y media de la mañana del domingo, con la casa animada por devorados alimentos y reconfortados espíritus, el abuelo echó hacia atrás su silla y gesticuló magníficamente.

Trajo de la biblioteca un ejemplar de Shakespeare, lo puso en un plato, y se lo presentó a su mujer.

—Abuela —dijo—, sólo te pido que mañana a la noche nos prepares como cena este hermoso volumen. Aseguraría que cuando mañana llegue a la mesa será tan delicado, succulento, tostado y tierno como la pechuga de un faisán otoñal.

La abuela apretó el volumen en sus manos y lloró de alegría.

Se quedaron abajo hasta el alba, con postres fríos, vino de las flores silvestres que crecían frente a la casa, y luego, cuando los primeros pájaros volvieron a la vida y el sol amenazó el cielo oriental, todos subieron las escaleras. Douglas escuchó como se enfriaba la estufa en la lejana cocina. Oyó a la abuela que se iba a la cama.

Trapero, pensó, señor Jonas, quienquiera que usted sea, le he dado ya las gracias, le he pagado. He hecho lo que usted hizo, estoy seguro de que así fue...

Se durmió y soñó.

En el sueño sonaba la campanilla y todos bajaban corriendo y gritando a desayunar.

XLII

Y entonces, de pronto, terminó el verano.

Lo supo mientras caminaba calles abajo. Tom lo tomó por el codo y apuntó ahogando un grito al escaparate de la tienda. Se quedaron así un rato, sin poder moverse. En el escaparate veían aquellas cosas de otro mundo, dispuestas tan ordenadamente, tan inocentemente, tan terriblemente.

—¡Lápices, Doug, diez mil lápices!

—¡Oh, Dios mío!

—Libretas, anotadores, borradores, acuarelas, reglas, compases, ¡cien mil de ellos!

—No mires. Quizás sea sólo un espejismo.

—No... —gimió Tom, desesperado— La escuela. ¡La escuela ante nosotros! ¿Cómo, cómo las tiendas exhiben estas cosas antes que haya terminado el verano? ¡Nos arruinan la mitad de las vacaciones!

Volvieron a la casa y encontraron al abuelo en el césped marchito de la acera, con manchas blancas, que recogía los últimos y escasos dientes de león. Trabajaron con él silenciosamente un rato, y al fin Douglas dijo, inclinado sobre su propia sombra: —Tom, si este año ha sido así, ¿cómo será el próximo, peor o mejor?

—No me lo preguntes —Tom tocó una melodía en un tallo florecido—. Yo no hice el mundo —Pensó un rato—. Aunque algunos días siento como si lo hubiera hecho.

Escupió alegremente.

—Tengo un presentimiento —dijo Douglas.

—¿Qué?

—El año próximo será todavía más grande, los días serán más brillantes, las noches más largas y oscuras, morirá más gente, nacerán más bebés, y yo estaré en medio de todo.

—Tú y dos billones de otras personas, Doug, recuérdalo.

—Un día como hoy —murmuró Douglas— siento que estaré... solo.

Si necesitas ayuda —dijo Tom— da un grito.

—¿Qué puede hacer un hermano de diez años?

—Un hermano de diez años tendrá once el año próximo. Desenrollaré el mundo como la banda de una pelota de golf todas las mañanas, y lo pondré como antes todas las noches.

Te mostraré cómo, si quieres.

Estás loco.

—Siempre lo estuve. —Tom se puso bizco y sacó la lengua—. Siempre lo estaré.

Douglas se rió. Bajaron al sótano con el abuelo y mientras él decapitaba las flores miraron todo el verano en los estantes, las resplandecientes corrientes inmóviles de las botellas de vino. Numeradas del uno al noventa, casi todas llenas ahora, las botellas ardían en el crepúsculo del sótano, una por cada día de verano.

—Caramba —dijo Tom—, qué buen modo de conservar: junio, julio y agosto. Práctico realmente.

El abuelo alzó los ojos, pensó un momento, y sonrió.

—Mejor que llevar al altillo las cosas que nunca se usarán otra vez. De este modo uno puede vivir el verano durante un minuto o dos, aquí o allí, a lo largo del invierno, y cuando las botellas estén vacías, el verano habrá desaparecido, y no habrá lamentos ni embarazosos restos sentimentales durante cuarenta años. Limpio, sin humo, eficiente, así es este vino.

Los dos niños apuntaron a las filas de botellas.

—Allí está el primer día de verano.

—Allí está el día de los nuevos zapatos de tenis.

—¡Sí! ¡Y allí está la Máquina Verde!

—¡El polvo de los búfalos y Ching Ling Soo!

—¡La bruja del Tarot! ¡El Solitario!

—No ha terminado realmente —dijo Tom—. Nunca terminará. Siempre recordaré qué pasó cada uno de estos días.

—Terminó antes de empezar —dijo el abuelo, abriendo la prensa—. No recuerdo que haya ocurrido nada excepto un tipo de césped que no necesitaba cortarse.

—¡Bromeas!

—No, señor. Doug, Tom, descubriréis cuando seáis viejos que los días se confunden, y que no se distinguen unos de otros.

—Pero, diablos —dijo Tom—. El lunes de esta semana patiné en el Electric Park, el martes comí torta de chocolate, el miércoles me caí en el arroyo, el jueves de una viña. ¡La semana estuvo llena de cosas! Y recordaré el día de hoy porque las hojas de los árboles están poniéndose rojas y amarillas. ¡Nunca olvidaré el día de hoy! ¡Lo recordaré siempre, estoy seguro!

El abuelo miró por la ventana del sótano los árboles de los últimos días del verano, que se movían en el aire fresco.

—Claro que lo recordarás, Tom —dijo—. Claro que sí. Y los tres dejaron la luz suave del vino de diente de león, y subieron para llevar afuera los últimos escasos rituales del verano, pues sentían ahora que había llegado el último día, la noche final. A medida que pasaban las horas recordaron que en las dos o tres noches últimas los porches habían estado desiertos.

El aire tenía un olor distinto, más seco, y la abuela hablaba ya de café caliente en vez de té helado; se cerraban las ventanas de cortinas blancas; los fiambres cedían ante las carnes calientes. Los mosquitos habían desaparecido del porche, y si abandonaban el campo de batalla eso significaba sin duda que la guerra con el tiempo había terminado. Sólo quedaba ahora que los mortales olvidaran también el conflicto.

Tom y Douglas y el abuelo salieron al porche como habían salido hacía tres meses, o hacía tres siglos. Y en el porche que crujía como un barco que dormitaba de noche sobre las olas, olfatearon el aire. Los huesos de los niños eran tiza y marfil en vez de barras de menta verde y, regaliz como a

principios de año. Pero el nuevo frío tocó primero el esqueleto del abuelo, como una mano dura que tocara las teclas amarillas y graves del piano del comedor.

Y como giran las brújulas, así giró el abuelo, hacia el norte.

—Me parece —dijo lenta y deliberadamente— que ya no volveremos aquí.

Y los tres desprendieron las cadenas de los ganchos del porche y llevaron la hamaca al garaje, como un ataúd gastado por el tiempo, seguidos por una brisa que arrastró las primeras hojas amarillas. Oyeron a la abuela que preparaba un fuego en la biblioteca. Una ráfaga repentina sacudió las ventanas.

Douglas pasó una última noche en la cúpula de la casa de los abuelos y escribió en la libreta:

Todo corre hacia ahora. Como las películas de las matinés, algunas veces, cuando la gente salta desde el agua a los trampolines. Llega setiembre y uno cierra las ventanas que ha abierto, se saca las zapatillas que se puso hace un rato, se pone los zapatos que se sacó en junio último. La gente corre por la casa como pájaros que dan un salto atrás y entran en los relojes. Un minuto antes, la gente llena los porches, charlando sin descanso. Un minuto después, se golpean las puertas, para la charla, y las hojas caen a cientos. Douglas miró por la alta ventana las tierras donde los grillos yacían como higos secos en el lecho de los arroyos, el cielo donde los pájaros giraban hacia el sur al oír el grito de los somorgujos otonales, y donde los árboles subían en una gran hoguera de color hacia las nubes aceradas. De más allá, del campo, venía el olor de las calabazas que maduraban hacia el cuchillo y los ojos triangulares y la vela interior. Aquí, en el pueblo, aparecían las primeras bufandas del humo en las chimeneas, y se oía un débil y lejano rumor de hierro: el río de carbón negro y duro que caía en altos y oscuros montículos en los depósitos de los sótanos.

Pero era tarde y estaba haciéndose más tarde.

Douglas en la alta cúpula sobre el pueblo movió la mano.

—¡Desnúdense todos!

Esperó. El viento sopló enfriando los vidrios.

—¡Cepíllense los dientes!

Esperó otra vez.

—Ahora —dijo al fin—, ¡apaguen las luces!

Parpadeó. Y el pueblo apagó sus luces, aquí y allí, somnoliento, mientras el reloj de la alcaldía daba las diez, las diez y media, las once, y la amodorrada medianoche.

—Las últimas ... allí... allí...

Se tendió en la cama y el pueblo durmió a su alrededor y la cañada estaba en sombras y el lago golpeaba suavemente la orilla, y todos, su familia, sus amigos, los viejos y los jóvenes dormían en una calle u otra, en una casa u otra, o en los lejanos cementerios.

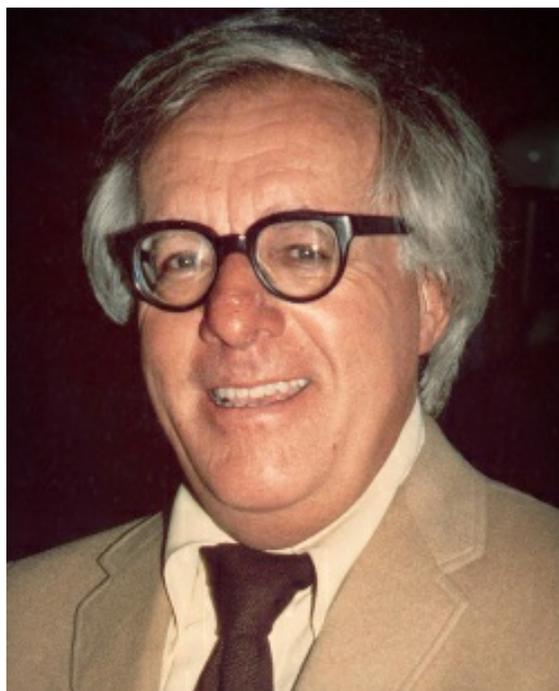
Cerró los ojos.

Las albas de junio, los mediodías de julio, las noches de agosto habían terminado, concluido, desapareciendo para siempre, pero quedándose allí, en el interior de su cabeza.

Ahora, todo un otoño, un invierno blanco, una primavera fresca y verde para sacar las sumas y totales del verano pasado. Y si olvidaba, allí estaba el vino almacenado en el sótano, numerado de día en día. Iría allí a menudo, miraría el sol de frente hasta que no pudiera mirar más, y luego cerraría los ojos y estudiaría las manchas, las cicatrices que le bailarían en los párpados tibios. Y arreglaría una y otra vez todos los juegos y reflejos hasta que el dibujo se aclarara.

Así, pensando, Douglas se durmió.

Y, durmiendo, dio fin al verano de 1928.



RAY BRADBURY, (1920–2012). Su familia vivió alternativamente entre Waukegan y Tucson, hasta establecerse definitivamente en Los Ángeles. Se graduó en Los Ángeles High School, y no pudiendo pagar sus estudios universitarios, tuvo una formación autodidacta en base a la lectura, y se ganó la vida vendiendo periódicos. Publicó relatos en varios fascines, y en 1938 publicó en *Imagination!*, creando a continuación el suyo propio, *Futura Fantasia*, de escasa duración. Desde 1943, se dedicó en exclusiva a la escritura, y fue en el año 1950, tras la publicación de *Crónicas Marcianas*, cuando obtuvo reconocimiento mundial. Desde 1940 a 1947 escribió en la revista cinematográfica *Script*, y también escribió guiones de televisión. Varias de sus obras han sido llevadas a radio, televisión y cine. Fue nombrado Gran Maestro Nebula.